

Juan Modesto Castro

CORDILLERA
ADENTRO



J. M. CASTRO

*CORDILLERA
ADENTRO*

ES PROPIEDAD

SANTIAGO DE CHILE

RAÚL Y HÉCTOR BENAPRÉS

CARMEN 121

1937

“El Rapto de la Sabina”

*A la memoria de los
infortunados andinistas*

Ruperto Freile

y

Humberto Solari,

*víctimas de su audacia en la
conquista del Aconcagua*

Febrero de 1937

G. M. Castro

M. Castro S.

Mi Generoso Protector.

La soledad me tenía abrumado. Se iban a cumplir cuarenta y ocho horas desde que "El Chico Alvarado" había partido con la rúca de mulas en busca de "prevenciones", como decía él, y habiéndole ordenado que regresara inmediatamente, aún no llegaba, siendo que el viaje de ida y vuelta no podía durar más de veinte horas.

Arrebujado en mi poncha chillaneja, inútilmente mis ojos indagaban en la huella tratando de divisar a "El Chico". En mi impaciencia por su regreso, salí a su encuentro y así había avanzado, sin darme cuenta, más de una legua; me paré, tuve temor; el viento, un Puelche raro por la hora, arrastraba cajón abajo una espesa y mojadora neblina que todo lo iba absorbiendo y que aumentaba momento a momento. Ante el peligro de no dar con el camino decidí volver sobre mis pasos en busca de "la casa de madera".

Cuesta arriba y contra el viento la marcha se me hizo penosa; descorazonado, molesto, seguí adelante entre esa bruma escarchada que me quemaba la cara y no me dejaba cerciorarme si había extraviado mi ruta o si iba bien. La brújula, que tan indispensable había considerado, no me servía de nada, porque el cajón continuamente cambiaba de orientación: así el S., el N., el E. o el O., no podían ayudarme. Me senté tras un peñasco guareciéndome del viento y, hombre de la ciudad, sin ninguna experiencia de cordillera, me puse a pensar: ¿cómo podía seguir en ese mundo de neblinas, que nada me dejaba divisar?

En estas cavilaciones estaba cuando me pareció oír un ladrido. Creyéndome ilusionado no quise dar fé a mis oídos, pero, tuve que rendirme a la evidencia. Cerca de mí, un quiltro peludo y de orejas caídas me ladraaba moviendo la cola. Fué tanto mi contento que sin dominarme, espontáneo le dije:

—¡Bienvenido! ¡Ven acá! — y el perro agazapándose se arrastró pendiente arriba hasta que pude acariciarle la cabeza, y entonces, poniéndose patas al cielo, dió unos ladridos cariñosos y se quedó en sociogo, "haciéndose el muerto".

Me hizo gracia y sin atender a lo extraño del acontecimiento me puse de pié y le dije:

—¡Vamos, Bienvenido! ¡Vamos a casa! — y el quiltro, como si fuese un antiguo conocido, hendió su negro y mojado hociquillo hacia tierra y husmeando, buscando rastros talvez, me fué guiando hacia mi campamento; poco después reconocí la huella; entrábamos al "ojillo", vertiente en la ladera que había convertido en pantano unos ochenta metros a lo largo en esa parte del cajón.

Bienvenido, siguiendo la pista, me guió y "La Tembladera", mi terror, la pasamos sin peligro. Al otro lado "Negrura", mi mula de silla, cabeza gacha nos interrumpía el camino, mientras sus quijadas sonaban triturando el pasto que tan generoso le había dejado en mi viaje hacia abajo; con unos orcones, junto a una roca, le había hecho un cobertijo. Ahí capeando la ventisca me propuse esperar a Alvarado. No me cabía duda de que ese perro era suyo y que era la vanguardia que anunciaba la llegada de las provisiones.

Largo rato esperé con el oído atento, engañándome a veces, pues creía percibir el sonido del cencerro de la "yegua madrina"; la niebla se había tragado al cajón y parece que hasta el ruido del estero; nada se sentía y sólo se veía lo que estaba muy cerca de uno. Resolví no esperar más y llamando a Bienvenido partí rumbo en busca de mi rancho. Pronto llegué a una pirca de piedra que yo pacientemente había hecho amontonando pedazos de roca; no podía conformarme con que mis dos piezas de madera, enclavadas en el lecho de la inmensa

quebrada, no tuviesen cerco que indicase hasta dónde llegaban los límites de su sitio; me parecía que trasponiéndolo ya estaba en mi casa.

Me extrañó cierto reflejo como de fuego que divisé en la "mediagua" que hacía de cocina y temeroso, llevando la mano al revólver, avancé con premura. Mi extrañeza llegó al estupor. Junto al fuego crepitante, un hombre acurrucado se calentaba las manos; al divisarme se puso de pié y sacándose un astroso y grasiento sombrero me dijo:

—Floilán Urrutia, pá servir a su mercé.

Autoritario lo interrogué:

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—On Armando, en la puerta, me ijo qui'ban a ponel laboreo. Entonces yo que soy minero me ije: ¡pá algo puée servir este viejo!, y ayer mañana me la eché cajón arria junto con Cursiento.

—¿Que es eso de ayer mañana y de Cursiento?

—¡Vaya su mercé! Ayer mañana es ayer muy tempranoso.

—¡Ah!, ayer en la mañana.

—Así será pú su mercé!... Cursiento e el quiltro e moleera que s'está apataguando etrá e usté.

Efectivamente, Bienvenido agazapado parecía esconderse a mi lado, temiendo de algo que presumía podía yo defenderlo.

—Ese nombre es muy feo y sucio. Yo lo he bautizado de nuevo, se llama Bienvenido — le respondí sonriéndome.

—¡Ei tá!, entuavía no me á traajo y me levanta el quiltro. ¡Güen dar qui'es el patroncito!

—¿Por dónde te viniste que no te ví pasar? — le pregunté conteniendo la risa.

—Me vine por el alto, patrón. No aguanto correr l'arraigón en este tiempo e pasar por "la charca el ojo".

—¡Bah! Yo no sabía que existiese la huella del alto—repliqué extrañado.

—¡Son muy habilosaso los niño Alvarao! — me contestó con maliciosa picardía.

Mi extraño visitante era un viejo chico, de cara sucia e inverosímilmente arrugada, mal cubierta por una pon-

cha raliada; se podía ver su sucia chaqueta de mezclilla y una camisa de saco harinero llena de picadas de pulgas; sus pantalones de diablo fuerte tenían grandes parches de otra tela en las rodillas y sentaderas; doblados abajo dejaban ver la sucia canilla que se perdía, junto con los pies, en unos calamorros, que quizás por qué milagro se sostenían amarrados y remendados por todas partes. En su cara cochina, costriente en las arrugas, brillaban sorprendentes dos ojillos negros de ratón, que denotaban viveza, astucia y malicia; una bocaza desdentada iba de oreja a oreja, debajo de un ralo bigote amarillento por el tabaco. Su cuello largo, flácido, hacía resaltar más su enorme nuez, "la manzana de Adán, que se movía al hablar, desde su barba hasta el cuello de su camisa semi-abierta y apercalinada por los excrementos secos de las pulgas. Sus manos sarmentosas, de dedos chatos y torpes, negriantes, terrosas, parecían las zarpas de un ser de pesadilla más que las extremidades de un "homo sapiens". Contrahecho, más bajo de un hombro, hacía repugnante su figura al andar con sus piernas arqueadas; ¡era un sucio Cuasimodo sin joroba!

A pesar de su figura extravagante se me hizo simpático. Me creaba un problema, no sabía qué determinación tomar. Por último decidí diferir la solución para el otro día; quería que Alvarado me diese informes sobre él. Dirigiéndole la palabra le dije:

—¡Bien, pues, Urrutia! Ya que tanto has caminado buscando ocupación no te diré por ahora ni sí, ni nó. Mañana hablaremos.

—Como guste su mercé. Yo he y venío pa servile — fué su respuesta humilde.

—Calienta agua — le ordené, mientras me iba a mi pieza a tomarme un poco de coñac para el frío y el cansancio. Bienvenido me siguió y premié su amistad con una galleta, golosina que con seguridad, jamás había probado con tal amo. Me saqué la poncha y me tendí en mi camastro, pensativo, mientras Urrutia calentaba el agua para el té.

Extraño destino era el mío, que me tenía aislado en esa abrupta región cordillerana. Aumentó mi pena y me puse

a pensar en los últimos veintiún días que tan violentamente habían quebrado el ritmo de mi vida apacible.

Soy solo, nada me liga al pasado, no tengo ni padre ni madre; inclusero, ignoro toda ascendencia; así en mi corazón sólo se anida gratitud para mi generoso protector. Cuando tenía cuatro años me sacó de los "Huérfanos"; hombre casado y sin familia podía hacer esta obra de bien sin menoscabo para su fortuna y sin compromisos para nadie; no he sidó adoptado; ocupo en su casa un sitio intermedio entre el más querido de sus criados y lo que talvez hubiese sido un hijo. Me ha educado y me ha vestido con esmero, nada me ha faltado, llevo hasta su nombre: Nicanor Contreras; no como con ellos, pero tampoco con la servidumbre, una mesita en una especie de repostería ha sido el solitario comedor de mi posada.

Víctima del exantemático no puede dar mi Bachillerato en Marzo; decidí por esto, para no perder del todo el año, entrar al Bellas Artes. Me gusta el dibujo y la talla en madera.

Hace como dos meses atrás me llamó mi protector a su escritorio y en tono confidencial me dijo:

—Te voy a poner al frente de unos trabajos, para los cuales necesito una persona de toda confianza y honradez, y creo que tú eres el más indicado. Sólo podrás compenetrarte como es debido de lo que se trata, oyéndome narrar una especie de pequeña historia:

—Hace muchos años atrás, tenía yo como capataz en mi fundo, a un guaso cordillerano que es el hombre más de a caballo que he conocido. A este hombre le presté muchos favores y el último fué sacarle de la cárcel a su único hijo, que se había desgraciado en unas topeaduras. Días después llegó Peña, que así se llama mi capataz, a mi casa aquí en Santiago. Traía un envoltorio que dejó encima de mi escritorio y me dijo:

"Oiga patrón, po no sé si Ud. sabe que siempre he sido aficionado a los guanacos. Tengo un compadre en el Cajón del Arrayán con el que siempre he salido a cazarlos, ya sea por nuestra cuenta o llevando gringos cordillera aentro pá Semana Santa. Un año, por el mes de Marzo, nos internamos con él y otro amigo a "guanaquiar". Yo

me aparté de ellos siguiendo a un guanaquito nuevito que se internó por unos pelaeros enormes; como no lograrse pillarlo, cansado me bajé del caballo a tomar un trago de agua de un planchón de nieve que tuavía aguantaba el sol; taba tomando agua cuando divisé unas piedras amarillentas que brillaban como oro. Me acerqué y entonces ví que de un peñasco negruzco otra piedra, rodada de lo alto, había sacado un pedazo. Recogí el cacho de piedra, brillante por un lado y negruzco por el otro y lo despeacé en una especie de alacena que hay entre las rocas. Envolví los peazos en el pañuelo y los eché en la bolsa del cocaví y me fui, fijándome bien donde había hecho el encuentro. Después en Barnechea se los mostré a un guaina entendío en minas y me ijo que era cobre muy ricazo y que le ijera dónde estaba para hacer el pedimento para nosotros dos. Lo ví tan coicioso que no le quise decir ná, por más que me rogó. Han pasado como ocho años y todas las veces que voy a la cordillera, paso por ahí y siempre está cubierto de nieve. Aquí le traigo las piedras que esa vez recogí y estoy a sus órdenes para decirle donde está el reventón de donde las saqué. Yo, pa mí, no quero ná”.

Sus palabras talvez no fueron las mismas. Yo no sé hablar como esos guasos, pero lo que me dijo es lo que te cuento. Yo por mi parte he hecho averiguaciones y he llegado a los siguientes resultados:

—El año que él dice que hizo el encuentro fué el último año seco de un período de esa índole, lo que hace verosímil que la nieve en Marzo se hubiese derretido dejando a la vista el reventón. El año pasado lo mandé a ver; me dijo que estaba cubierto de nieve, y que de la alacena donde había quebrado la primera piedra traía pedacitos que ahí habían quedado. Un químico y geólogo eminente, profesor universitario, me asegura que los dos grupos de muestras son de la misma formación geológica. Los ensayos de estas piedras, que no son un común, indican una riqueza fabulosa.

Todo lo anterior me ha obligado a tratar de encontrar esta mina y con este objeto, para que nadie se imponga de mis trabajos, he arrendado el “Cajón” con el pretexto de engordar ovejas; así nadie podrá molestarme, ni informarse

de mis actividades. No quiero poner un técnico al frente de estas labores; por razones que me reservo, no me conviene. Tú con una cuadrilla de hombres de confianza, harás cortes en la nieve hasta encontrar el afloramiento, entonces se verá qué se hace. Mañana temprano partiremos en nuestro primer viaje.

Me retiré silencioso, extrañado de la codicia en un hombre que siempre había conocido tan generoso.

.....

La faena está en marcha. El la ha organizado, sin dejarme a mí ninguna iniciativa.

A los pies de unos imponentes farellones cubiertos de nieves eternas y en la parte más alta del costado oriente del cajón, cuatro hombres laboran escarpando la nieve. En las tardes, casi al ponerse el sol, silenciosos, cansados, zigzagueando bajan al cajón, donde en una chata ruca de piedra los espera un muchacho con la comida; ahí duermen. Yo, cómo a quince kilómetros de ellos, cajón abajo, vivo en dos piezas de madera que don Nicanor se ha hecho para alojar cuando viene a revisar los trabajos. Mi obligación es ir todas las mañanas, lo más temprano posible, a las labores y volverme a media tarde, anotando en un libro especial todo lo que se ha hecho y ha pasado.

Hace tres días, viendo que los víveres estaban por escasear, me traje de las nieves a "El Chico Alvarado" y al cuke, que hace de marucho; alojaron aquí y fué para mí motivo de contento tener con quienes conversar. Al otro día, al alba ellos partieron con la recua de mulas cajón abajo y yo en Negrura a las nieves.

Ayer no fui. Preferí esperar a Alvarado que no llegó. Hoy, esperándolo, tampoco he ido; son ya las cinco de la tarde y la neblina que cubre esta parte de la cordillera es tan espesa y tupida que es capaz de desorientar al más hábil de los maruchos. Creo que la llegada de Alvarado, por hoy, debe descontarse.

Y ahora a mi problema. Don Nicanor ha hecho lo posible para que nadie se entere de nuestros asuntos, y ya

se habla de laboreos en la puerta de Las Condes. ¿Qué hacer?

Creo que lo mejor será retener aquí a Urrutia hasta que él venga, así este viejo estafalario no podrá ir a hablar abultando lo que no sabe.

Tomada esta resolución, me bajo de mi camastro y poniéndome la poncha me dirijo a la mediagua donde preparo mi comida.

Urrutia enclauquillado espera soñoliento, a la orilla del fuego, que hierva la tetera; llego callado y sentándome en la piedra, que con este objeto tengo, espero en silencio que él provoque la conversación. La tetera empieza a sonar y a moverse en el extremo del alambre que la mantiene suspendida sobre los tizones ardiendo; sólo entonces Urrutia me habla:

—Yempesó a gorgorotiar, ¿onde están los tachos, patrón?

Sin contestarle me alzo y acercándome a una especie de armario que tengo formado en una partidura de la roca, tomo el tarro con té y dos panes grandes, de ese antiguo francés que llamaban "Guaso". Del fuego sacó las brasas más grandes y las pongo a un lado, retiro la tetera y mojé con el agua caliente los endurecidos panes, que en seguida coloco en el rescoldo que tengo preparado. La receta es infalible: el vapor del agua al calentarse el pan lo reblandece y queda fresco, esponjado, calentito, como recién cocido. Desde hace un momento el té ya preparado se enfría un poco; traigo mi medio litro de porcelana y en él me preparo una reconfortante bebida, arreglada con azúcar, té, limón y coñac. Todo lo hago sin hablar, mientras Urrutia me mira ir y venir con sus ojillos negros, brillantes, expectativos como los de un guareno encuevado, capeándole al gato.

—¡Aprovecha, pues, hombre! Ahí tienes té, pan y azúcar.

—¡Baquienaso el patrón pa cuidarse! No s'echa ná a morir por esta serranía. Güeno, pué, su mercé, aprovecharé su licencia — y todo lo hablaba con una picardía fascinante.

Desdobló perezosamente sus piernas arqueadas y ya

de pié extrajo de un pringoso saco que tenía a su lado, el inseparable tacho y su cuchara de hojalata. Cuando lo hubo llenado, empezó a remojar pedazos de pan y en esa forma se sirvió casi las tres cuartas partes de la bebida; entonces picó todo el pan que le quedaba e hizo una especie de sopa espesa y gritó:

—¡Cursiento! ¡Cursiento!

El perro haciéndose el leso llegó agazapándose y se comió su merienda en el mismo tacho en que había comido su amo.

La lección me dejó taciturno y malhumorado. No podía perdonarme el egoísmo que me hizo olvidar a Bienvenido; ¡en fin!, me consolé pensando que se debía a que nunca había tenido perro que cuidar.

Después de un rato le pregunté a Urrutia:

—¿Por qué le pusiste Cursiento?

—Es muy golosaso el quiltro. Too el tiempo andaa cursiento, empolcando por toas parte, dei le queó el apelatio. ¿Va a creer, patrón, qui'este perro es letriao? ¡Sabe leer lo mesmo que yo!

Me reí por la chispa. Comprendí que ninguno sabía nada.

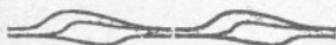
—Nu'es ná pa la risa; traiga un papel escribio y verá.

Como no le hiciese caso, él mismo tomó una hoja de diario que había botada y llamando a Cursiento, que desde ahora adelante llamaremos Bienvenido, se lo mostró con las letras al revés. El perro ladró y no dejó de hacerlo hasta que la hoja de diario no fué colocada en condiciones de poder leerla; sólo entonces se calló y se quedó con el hocico afirmado en el papel.

Se iba haciendo tarde y había que preparar la comida. Traje jabón y le ordené a Urrutia que se lavase las zarpas sucias que tenía en lugar de manos.

Sacó del rescoldo un poco de ceniza y mojàndola empezó a lavarse con ella. Le hice repetir tres veces la operación usando ceniza y jabón, pero, ¡fué inútil! Ni con el jabón, ni con la ceniza cambiaron las manos de Urrutia; siguieron, estando limpias, en la más sucia apariencia.

Después de comer y lavados todos los útiles que habíamos usado, ambos sentados a la orilla del fuego, y rodeados de neblinas nos pusimos a conversar. Le pedí a Urrutia que me contase algo de su vida, y sin hacerse de rogar empezó..... ..



La casa e piedra e Velez

—Nu'hay naiden más conoceor d'estos cajones que yo. Nací, m'hey criaor, hey de morir en ellos. Nu'hay traajo que si'haga por estos campos que yo no me li'haiga apegao. Hey sío marucho, apil, ayuante e fragua, herraor e mula, leñaor, carbonero, cabrero, quesero, catiaor, pirquinero, guía, dotol en mula, carretero, barretero, cargaoi, barretero, a toilito l'he puesto el hombro y no mi' acuerdo las veces que m'hey queao invernao. Conosco toos los cajones d'esta cordillera y toos los laboreos, ya sean viejos, nuevos u abandonaos; pregunte a quien quiera por Froilán Urrutia, soy tan conoceor d'estos cerros qui'hey servío de baquiano pa los cajones e Dolores, La Yerba Loca, El Infiernillo, Las Condes, El Plomo, Los Piuquenes, pa los potreros e Lo Castro y la sierra El Guanaco, ¡es pa cansarse la jeta hablando! ¡Estas conversas lo ejan sin resuello a uno!

—Bien, Urrutia, te vaciaste entero contando tus méritos. ¡Eso sí que se te olvidó que eras profesor de perros! De todos los oficios en que has trabajado no entiendo ese de doctor en mulas.

—Dotol en mula es cuidao e mula apulmoná.

Para no confesar mi ignorancia sobre mulas apulmonadas, le dije:

—Tú que sabes tanto, estará entre tus recuerdos lo que pasó en la mina "La Porvenir", que está casi aquí al frente, al otro lado del estero; los Alvarados algo me han hablado, pero no conocen bien la historia.

—¡La suerte suya, patrón! José Pascual, mi hermano, qué el último que murió por “el perro negro e la pieira e Velez”.

Traajé por mi cuenta pirquiniando “La Porvenir” más de dos años, cangallero los llaman pal norte, espues llegó un viejo patillúo que ijo qui'era la ley y nos prohibió entral a la mina. El niñaso ijo qui'ahora era di'un tal Lindolfo Ortega. Eramos tres los que pirquiniábamos; sólo a mi alcansó a verme el jutre e la ley, los otros cum pas oyeron lo que ecía sin salil del socavón, intonces la endilgaron pa entro y tapiaron l'estocá onde pirquiniáamos. Traajamos en la abandoná mi hermano Erasmo, el viejo Rosale el pueta, y yo. Entre tanta galería no pudieron dar con la veta que nosotros habíamos encontrao; la mina queó casi abandoná. Yo no sé cómo el viejo Rosale consiguió quear de cuidaol y seguiol di'una galería que habían lansao a medio cerro. Empesamos e nuevo a pirquiniar, hasta qui' “el loco Alvarao” nos echó al agua y nos pillaron sin perro, cincela que cincela clavitos de plata... ¡Por la maraca e mi maire! ¡Qué tunda más grande nos dieron!...

El finao Rosale casi dió la última boquiá en la casa e pieira e Velez; dei mesmo lo lleamos pa la puerta, allá se nos queó. Erasmo, antes e partir, ijo las trece palabras reoblá al révés, a lo magia negra, maldiciendo al pi-que “Entonao” onde nosotros pirquiniáamos. ¿Va a creer, patrón? ¡Tres días espues la veta que traajáamos a cincel se agotó y murió en ná! ¡Lo qui'es la coicia!

Espues supimos qui'el loco Alvarao había dao el dato e que nosotros seguíamos sacando metales en “La Polvenil”. ¡Cien pesitos le dió On Lindolfo por la nombrá!

—¡Güen dar, Urrutia!, te despeñaste por tus recuerdos y no hay quien te sujete. Yo quiero que me cuentes lo de las siete cargas de plata.

—¡P'allá voy, patrón! Nu'es qui'haya perdió la hue-lla, es que m'enmontañé un poquito contando lo mío.

—Atiza el fuego y échale leña que el frío está apretando y vengan historias de godos, patriotas, cargas de plata y asesinatos.

—¡Nu'es ná pa la chuña, patrón! Lo que le cuento, mecón qui'es reciertito.

—¡Claro, pues hombre! y si no te creyera ¿para qué iba a estar aquí al frío en lugar de encamarme y leer? Cuenta con confianza que yo en los libros de Historia algo he leído de estas cosas.

—Si'hará como su mercé lo pie. Y'esto que nu'es cuento no puée empezar: "oir pa aprender, aprender pa contar".....

Los metales de "La Polvenil" los traajáan end'el tiempo e los indios. El de Vitacura era el dueño, y'él se los dió a los españoles pa que le ejaran tranquila a una hija muy regalá que tonía. En tiempo e la guerra e los goos s'estaa brociando la mina; la traajaan tres goos y'un guaina qui'era emparentao con on Peiro Velez, el ricaso qui'era dueño e toos estos campos. Ya esalentaos un día diéron con un filón de plata que se cortaa a cincel. ¡¡Güeno la riqueza grande!! On Peiro se juntó con los otros tres paisanos y con el guaina, su pariente. El tenía un perraso negro, lanúo, muy grandote, que parecía ternero; no se separaban renunca, siempre se les véida juntos. L'alcance que habeidan hecho en la mina jué tan regüeno qui'en tres días tenían siete cargas e plata. Por esos días dieron la nombrá e la batalla e Chacabuco y los godos icieron embalarlas pa l'Argentina. En la casa e pieira esa misma noche acondicionaron las siete cargas y ejaron la recua amarrá y lista pa cargar y partir al otro día.

El guaina se queaba en la mina pa cuidarla y traajarla; On Peiro le ejaba encargos pa sus piones.

Icen que espúes e la media noche el perraso negro llegó too mojado y sangriando a la boca-mina onde ornia el guaina. Al verlo herió, sapió que algo grave pasaa, y callando siguió al perro qui'apenas andaa. Si'armó de un güen cuchillo y un traúco boquerón y atraesó el estero, que casi estaa seco.

Callandito llegó a la casa de pieira y' él vió qui' a la luz di' un chonchón los tres goos se jugaban a las cartas la última carga e plata, que nu' habían querido

partirse, mientras On Peiro Velez se esangraba un poco más allá.

Al guaina, qui'era corajúo, le dió una d' esas rabias temblonas que convierten en fiera al cristiano y sin recordarse del traúco, cuchillo en mano, siguió el perraso atropelló a los goos escuidaos, ejándolos juera e pelea antes e que se dieran cuenta e lo que pasaa. El perraso negro se murió al lao el finao On Peiro...

Espués e la pelea el guaina tuo mieo e las consecuencias, pués poían acusarlo e qui'el habéida hecho tóo el desaguisao y por esto ecidió envelarlas pa l'otro lao.

Abrió una zanja ondoná y'ei echó los cuatro muertos y el perraso que también las habéida terminado, y después e taparlo aparejó las mulas y con las siete cargas e plata se las echó pá Mendoza. Allí trocó la plata y déi se jué pá las España y pasó una vía reguena.

La mina se aterró al poco tiempo y naiden supo e la veta que se cortaa a cincel, hasta que yo con Erasmo y' el pueta Rosale la escubrimos con l'estocá "Entoná", hace d'esto como unos veintiún años.

El perraso negro enterraó junto con humanos tiene que oecerles, a pesar qui'está muerto, y por eso se aparece a toos los cristianos que pasan espués e la oración junto a la casa e pieira e Velez. Les avisa qui'hay hombres enterraos en tierra mora.

Comprendiendo qui'Urrutia había terminado su historia le tendí un trago de ponche que preparaba mientras él hablaba. Se pegó un trago bién firme y después me dijo:

—¡Criaturero el gloriao, patrón! Nu'hay ná que reprocharle a la bebia. ¡Me tinca que su mercé es bien alentao pa las niñas! Pu'aquí gustan los gallo entallaos, de linia y bién a las erechas pa lo qui'es ponerle y refrescar el gasnate. El minero es rangoso su mercé, y'en cuando en la fiesta le toca pagal, pá él, es su más grande alegría. El que no nos conoce, ni nos quiere, ni nos compra, pero el hombre que nos entiende, ¡putas qui'es hombre, patrón! El minero qui'es de cepa no busca amigo ni amistad; llegan solo y cuando caen en gracia, ¡hágase a un lao, patrón!

—Hombre, me has desorientado. Había leído que los mineros eran callados, taciturnos, y que criados y viviendo entre abruptos peñascos, como ellos eran inmutables, al parecer insensibles y a ti desde que has llegado no te ha parado el fonógrafo.

No sé qué le hizo gracia; su boca abierta, desdentada, mostrando dos colmillos sucios, jamás cuidados, se movía en estrepitosa risa, mientras sus ojos apenas brillaban escondidos entre las arrugas de su cara. Por fin terminó esa risa sin motivo; entonces le dije:

—Eres muy mentiroso, Urrutía. Empesaste con tu hermano Juan Pascual y después lo transformaste en Erasmo, mira que: "para mentir y comer pescado hay que tener mucho cuidado".

—¡Sé pasó e largo, pués, patrón! Yo l'hey d'esenrrear la maeja d'estas cosas tan claras que usté vé en tiñieblas. L'estoy viendo mal intencionao conmigo, me pone tacha por lao y lao y pá que no siga pensando mal e mi, se la voy a esenrrear altirito.

La muerte del pueta Rosale no podía quear sin castigo, pá eso nos pusimos a campiar al loco Alvarao. Lueguitito le pillamos el rastro, si'habéida io a invernial a "El Choclo". A pesar qui'era más e la mitá e Mayo la echamos cajón arriá. Del primer empujón llegamos a la vega "El Tigre", éi nos cambalachiamos alojamiento. Tuímos qui'esperar como tres días pá poel seguil aelante, taa muy reguelto el tiempo y nos podía pescar una nevá, y entonce ¡adiós mi'alma!

Llegamos a "El Choclo", nos dieron traajo y'ei encontramos al loco Alvarao qui'habéida hecho collera con mi hermano Juan Pascual; éste no sabía ná la gracia qui'habéida hecho el loco. P'acortar l'história le iré qui'a fines di'Agosto nos cansó la niee, y las echamos pá la puerta e "Las Conde". Nu'habéida ná e tráfico tuavía, déi qui'el viaje juera un arreigón muy grande. Yo y Erasmo las echamos por "Las Conde" abajo y Juan Pascual s'escolgó pá "El Plomo" y déi pá l'Arrayán. Harto sufrimos lidiando con la niee, pero llegamos a la puerta, escansamos un poco y'apenas repüesto empesamos las averiguaciones por Juan Pascual. Como naide sabéida d'el,

nos metimos Arrayán p'arriba campeándolo. Nos tincaa el corazón qui'algo malo le poia haber pasao. ¡Así mesmito era! En el bajo e "Las Torcazas" éi lo encontramos. Taa malo e la caeza y rejuertaso. ¡Si había ensuciao solo el pobrecito!

Erasmo lo tuo que llevar casi a la juersa, cajón abajo; déi yo segui campeando p'arria polque había peldio casi toas lasriendas que tréida; la tendalá jui recojiendo hasta la casa e pieira e Velez. Ei encontré las prevenciones, el tacho y la bolsa el tabaco. Cuando nos juntamos en "Las Condes, ¡taba pá nunca! Tuimos que llevarlo pá la casa e los locos.

Como al año espues recuperó el ser. Cuando supimos lo jui a buscal; taa reflacaso, li'habéida entrao la tisis. No me dejaron trerlo, lo mandaron pal San José, y éi mesmo murió. Cuando hablé con él me contó lo que li'habéida pasao en la casa e pieira.

El caso es, pues patrón, que Juan Pascual, rendió, con los pies espiaos e tanto caminar llegó a la casa e pieira e Vélez al qué la noche; como era guaina muy corajúo y medio tirao a diablo no l'impqrtaban ná las ánimas en pena. Ei deció pasar la noche. Si'acomoó con las pilchas un niál, prendió juego, echó niee en el tacho y se tomó su güena cachá e té y se sentó a l'orilla el juego a pitar hechiso e hoja e choclo, ¡ni las paró cuando se queó dolmío!

Cuando espertó taa ríoscuro, si habéida apagao el juego y ya s'entumía e frío, acomooó el rescoldo y'empesó a prendél nueo juego. Ice que sentía una especie e recelo. Pá tomal valol se dió vuelta a buscal una botella que tenía con aguardiente, entonces lo que vió lo ejó hasta sin resuello, ice que casi s'esmayó y la traspiración e la muerte l'empesó a correr por toitito el cuelpo; el suol helao lo empapó. Como a dos pasos más allá d'él, un perraso negro, retinto, del pórté di'una mula, sentao en las patas traseras lo moraa con ojos llamiano; del hocico le quéida una baba blanquisca, brillante como luz en l'oscuriá. ¡Era una aparición pa espantal al más valiente! Mi hermano no ejó oración que no rezó, pero ¡en vano!, el perraso no se movía. Ice que no sabe di'onde sacó valól pá agarrar las pilchas y salil isparao cajón aba-

jo. Corrió hasta queál sin aliento. Ya se créida salvao, cuando vió qui'el monstruo taa etracito d'él. End'entónce ya no lo ejó más ... P'arria, p'abajo, pá los laos, pá toititas paltés lo seguía moviendo un largo rabo pelao que parecía obra del demonio.

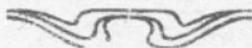
Signió corriendo e nueo Juan Pascual, el perro siempre etracito y sin meter ningún ruido, ¡parece que no pisaa en tierra! Por éi en el bajo e "Las Torcazas", ¡ya no puo más!, el cansancio lo botó y'éi queó tendio como muerto. El perro le pasó tres veces por encima y se mió y se ensució en él; espues lanzó un aullío tan juerte y'espantoso que retumbó por toa la quebrá. Icen qui'es como el grito esesperación di'uno que recien sabe qui'es condenao a Infierno. El pobre al oírlo perdió el sentío y queó loco; ¡es un aullío que naiden puee oír sin perder la cabeza! ¡Es cosa di'otro mundo!...

Mi hermano no sae más hasta que golvió en su juicio pa morise tísico.

La historia de Urrutia había terminado, estimé prudente callar un rato y después de un largo y embarazoso silencio le pregunté:

—¿Y el loco Alvarado?

—Se lo lleó "La Lola", patrón. Lo encontraron en Setiembre los paliadores e niee. Taa entautito, sólo le faltaan los intestinos...



“Mi Generoso Protector”

(CONTINUACION)

Bienvenido dió un ladrido sorpresivo que me hizo saltar de susto, y de entre las neblinas espesas llegó a mis oídos el tintinear del cencerro de la yegua madrina. Llegaba Alvarado...

Tristes son las primeras horas del alba cordillera adentro, donde ya la vegetación no levanta más allá de una palma, y sólo por milagro, en las charcas que forman los ojos de agua. Si uno se mueve por el fondo de los cajones, de arriba abajo viene la luz fundiendo las sombras, y la palidez cadavérica del cielo sin nubes, hace más helados los amaneceres de los días que se anuncian con sol. No hay ruidos que rompan el silencio, ni ruidos peculiares que anuncien el día; las sombras se van como llegan, calladas y más calladas. De pronto sobre el más alto farellón que da cara al este, el sol pone su mancha dorada y como por encanto, como si fuesen velones de un inmenso altar, empiezan a dorarse uno por uno los altos picachos, mientras la nieve, mantel sagrado, se hace más blanca. Los ojos sin quererlo mirando a las alturas, comparan las pendientes abruptas, los peñascos inaccesibles, la solidez milenaria de las rocas impenetrables con la pequeñez despreciable de la mula nerviosa, en que uno, más débil que ella, desafía impávido la soledad de un mundo que espera resurrección. Más allá los restos de un rodado funden sus últimas nieves sucias. ¡Dan pesar las manchas en la blancura inmaculada!...

En las laderas estériles, los planchones rojos, ocre, pardo-ferrosos y calcáreo-blancuecinos se alternan con los

mantos de nieve, mientras que en los bajos, enormes pedregales, últimos restos de una guerra ciclópica, se acumulan en inverosímil desorden. Arriba, enhiestos, desafiándolo todo, los farellones triunfantes acumulan a sus pies la nieve vencida, mientras los vientos implacables, impotentes atacan tanta fiereza.

De pronto las charcas traidoras nos traen a tierra y entonces sólo tenemos ojos para mirar la pata de la mula, que precavida va buscando su ruta.

En la casa colorada tuvimos que detenernos. Se había aflojado la cincha delantera de mi mula; mientras Urrutia la apretaba, cadencioso me dió un consejo:

—Oiga, patrón:

—CUANDO VA E SUBIA
LA DI'ARRIA,
Y CUANDO VA E BAJA
LA DI'ATRA.
TU MULA TE LLEVARA LEJOS
SI NO L'APRETAY PAREJO.

—¿Te golviste pueta? — le interrumpió “El Chico Alvarado”.

—No, guaina. Son del finao Rosale. Cuando juimos campañistas muleros a too lo concerniente e mula le puso verso.

—¡Guenaso, p'Urrutia! El patrón es aficionao a poner en letras lo que le cuentan. Dile otros versos.

—¡Vaya hombre! ¿qué ti'avís figurao?, o que no sabís:

TOA COSA EN SU OCASION
ES COMO FRUTA EN SAZON.
NAA IGAS CONTRAPELO,
QUI'ES GOLPIARSE CON EL SUELO...

—¿No le ecía, su mercé, qui'este viejo es muy laino. Casi jué mi pariente.

—Cállate Chico y:

NO TE METAS CON MULERO,
QUE TE PUEE EJAR EN CUERO.

Todos celebramos la oportunidad de Urrutia, y montando de nuevo seguimos cajón adentro.

Adelante el marucho con su yegüa madrina, seguían las tres mulas cargadas con las provisiones, después "El Chico Alvarado", en seguida yo, y por último Urrutia sentado en el aparejo, con las piernas por delante, al lado del cogote de la mula que guiaba con un cordel; era tan risible el conjunto que no podía mirarlo sin soltar una carcajada...

Poco habíamos andado cuando la voz de Alvarado sonó:

--¡Ya, pus, Urrutia! Cuéntale al patrón el rapto e la Sabina.

—Cuéntalo vos no má. Yo te enmendaré la plana si te salís e cauce.

Así autorizado, Alvarado empezó:

—Este viejo artiloso y más feo qui'un piuchén...

—¡Párale! ¿Habís visto los piuchenes?

—No, pero me figuro que son como vos.

—¡Puchas qui'habís aelantao!

...Es casao con una de las mujeres más guenamoza qui'hay por estos laos. Yo no sé como ña Josefa lo púo tragar.

—Es que vos mirai l'engoltura no má. Sos muy cerrac e mollera pá que veai pá entro.

—Güeno, así será. Sabinita...

—¡Párale! ¡¡Sabinita!!... ¿pol qué no le icís así elante e on Romo pá que t'eslome a palo por confiansúo?

—¿Me vay a ejar contar? o no me vay a ejar contar. En too mete su cuchara este viejo brociaio.

—Espúlgate, espúlgate y si te pica ráscate...

—Sabinita, hace como seis años atrás era la pella más rebonita que poía imaginarse. Toititos andaamos etrás d'ella ¡Con icirle qui'hasta los parientes del dueño e'hacienda la rondaan! El viejo Urrutia ese verano andaa por "El Infiernillo" o por "El Cajón e Dolores". ¿Por onde era, Urrutia?

—Eso no importa al cuento. Síguele no má.

—Aprovechando que ña Josefa es comaire con mi vieja, me lo lleaa en la ranca di'Urrutia, mirándola y

dándole converse a Sabinita, que pasaa toilito el día como araña, teje que te teje.

Terminaa Abril cuando llegó la nombrá que ya llegan los mineros e los cajones di'aentro. No me gustó ná la noticia. Sabéida qui'este me tenía tirria y m'iba a corretiar.

—¿Polqué no le icís al patrón lo que hiciste pá tenerte tirria?

—¡La ocurrencia d'este!... ¿qué tiene que saber leceras el patrón?

—Güeno, ya te aclararé al final.

—Llegaron los minero. Ei venía mi guen Urrutia, cumpa al partir di'un uña con los hermanos Meneses y el tuerto Macabeo.

—¿Macabeo?, ¿que es eso? — pregunté por el bíblico nombre.

—Yo no sé, patrón, pol qué lo mentan así. Urrutia qui'es pueta lo sabrá.

—Yo no soy ná el pueta. Las versainas qui'hey dicho son del finao Rosale, y que no se güelva más sobre lo mesmo, "Chico Alvarao". Y'en cuanto al apelatio de Macabeo es refácil, y'allá va:

El tuerto Macabeo además e ser tuerto era cegatón de l'otro ojo. Déi cuando guainita se lleaa a caa rato: Má ecá veo, por eso le pusieron Macabeo.

—Pá mi, on Contrera, qui'eso es invención di'Urrutia, déi qui'es más mejól que no lo apunte.

—¿Ya llegaste alaraqiento, ¡pión di'hacienda entallao a minero, cuando no servís ni p'apíl!

—¡Cállese oh!, que yo no soy sufrío pa que me venga a palabrial un taúre pirquinero como usté.

Todavía no terminaba de hablar cuando la mula de Urrutia, sacando arrestos quizás de donde, se fué contra la de Alvarado. Felizmente Negrura es buena a las cabal. De una atropellada desmonté a Urrutia que cayó a uno de los capachos y revolviéndola contra Alvarado grité furioso:

—¡Qué se han figurado rotos de mierda! ¡Hijos de puta! ¿Soy mono yo que vienen a pelear en mi presencia? Los dos se vuelven de aquí mismo y me esperan en la

casa de madera. Mañana se las entenderán con don Nica.

Di la orden de continuar y el marucho guiando y yo cerrando la marcha nos internamos cajón arriba.

Luego me puse a reflexionar y comprendí que mi rigor estaba fuera de lugar, y la medida tomada no tenía nada de sensato.

Yo había sido el motivo inconsciente del disgusto y ordenarles que volvieran a la casa de madera era darles oportunidad para que continuasen su reyerta. Pensando estaba en volverme a buscar a uno de ellos, cuando sentí que al trote de sus mulas trataban de alcanzarme. Urrutia habló:

—¡Iscúlpenos, patrón! Lo vimos tan jovencito, tan sin cordillera y tan sin bigote que creímos que, sin ejar e tenerle respeto, poíamos palabriarnos elante e usted. El guaina Alvarao, qui'harto ha sufrido por mi familia, no me quere mal, pero es muy lesaso el bruto éste; déi siempre que nos encontramos tenemos que chocar no más. L'hey pegao varias veces y siempre guelve por otra, ¡es cristiano muy sufrido y polfiao!

No había concluido Urrutia cuando empezó Alvarado:

On Contrera, yo nunquita hey sío escomeío con usted. Este viejo orejío me saca e la silla con sus pullas toas las vece que lo encuentro; toa la rabia que le tengo a la Sabinita se la cargo a él no pueo contenerme, ¿va a creer, patrón, qui'entuía la quero? Eso e las peleas son puras feramallas, resulta que yo soy más elicao y se me notan los golpes, mientras qui'él tiene toítito el cuerpo encalleció e tanto golpe que li'han dao.

Generosamente disculpé y dije:

—¡Bien!, pelos a la mar, y a olvidar repican. Siga Alvarado su historia y afine sus controles Urrutia.

—Tréidan plata los Menese, y'él viejo Romo como e costumbre los aguachó pá que le gastaran en su espacho toos los riales. ¿Conoce a on Romo, patrón?

—No, hombre. Sólo conozco a don Alfredo Aránguiz, con quien estamos en negocio y muy contentos por ello.

—¡On Romo es muy raraso! Hace como quince años atrás una partía e minero y carretonero se juntaron on

el negocio d'él, qui'está en saliendo del Arrayán, laite allá del Mapocho. Esos gallos, qui'eran hombres qui'a veces andan con la recortá (1), se las arreglaron pá quearse hasta tarde pá meterle susto a on Romo.

Le llearon la barbaría e plata, y pá que no metieran bulla, le mataron a la señora y'a un güainita qui'era el único hijo que tenían. A él lo ejaron por muerto. ¡Hombre con suerte ese on Romo! Sanó y lograron pillar a la banda y recuperó casi too lo robao.

En d'entonce no eja que naiden entre a su casa, y'el negocio lo cierra a l'oración. Espués d'esa hora si'alguien va a compral, lo ice en un embuo que tiene, y'entrega las cosas por una ventana chica, y como las ventanas son varias y nunca entrega por la misma, no lo pueen sorprender. Es gallo muy prevenio. Espués del salteo, como queó sólo, lo sirve una vieja guarena más fea qui'Urrutia.

En la mediagua que tiene on Romo ante el'espacho se aquerenciaron Urrutia, los Menese y'el tuerto Macabeo. Tres días l'estuvieron poniendo tragos y más tragos, causeos, cazuelas y'otros comistrajos. La Sabinita se lleaba en viajes del espacho a la casa, llevando cosas pa ña Josefa y pa los chiquillos. ¡No se puée negal qui'el viejo Urrutia es bién voltario y rajativo cuando tiene con qué!

A los tres días pararon la fiesta y'al viejo hubo que llevarlo en peso pá la ranchar. Taa tan curao que no se poía tener en pié.

Dos días espués corrió la nombrá que la Sabinita no s'encontraa por ningunita parte. El viejo seguía urmiendo la mona. La campiamos por toititas las amistades; naiden nos supo dar noticias y ya naiden duaba: Los Menese se la habéidan llevao.

¡Por Diosito el odio, la pena, la rabia y la esesperación bién regrandel! ¡Créame, patrón que lloraba como un chiquillo! Ña Josefa me ijo:

Oye Alvarao, nu'hay más remedio que espertar a Froilán.

En tuavía no me lo habéida dicho cuando ya l'estaa remeciendo. Por fin conseguí ivisarle un ojo en esa cara

más mugrienta que pelero traspirao. Lo sacamos pá jue-
ra, y espúes de remojale hartaso la pelambreira lo tuvi-
mos medio vivo y le contamos la pérdida e la Sabinita.
Ña Josefa e tanto llorar hipeaba ya, y'este bruto e viejo
¿sabe lo que le ijo pa consolala?

—¡No se te é ná, Josefa!, lleva unos calzones e tela
e buque que nu'hay quien se los raje en no queriendo ella,
y si'es su querer, nu'hay más que casorio — y'echó unas
rabeliá e cogote tan graciosa qui'hasta ña Josefa entre
las lágrimas se rió.

Esa mesma noche cayó una nevá l'hedionda e gran-
de. Ña Josefa, Urrutia y yo, espúes de muchas averigua-
ciones, logramos dar con el tuerto Macabeo y por él su-
pimos que la mesma noche que se había separao e Urru-
tia, los Menese l'habían echao pa la Demasia a invernar.
E la Sabinita no sabían ná.

Se dió cuenta al juez, pero ¡jué inútil!, nu'había me-
dios sin perder la vía, pa internase cordillera aentro.

Tuimos qui'esperar Setiembre. Apenas se púo, dos
guardianes e "Las Condes" y yo las echamos pá entro.
¡Jué demorosa la repechá, pero llegamos de los primeros!
Los hermanos Menese habeidan invernao traajando too el
tiempo; e Sabinita ijeron que no sabían ná. E toos moos
amarráitos tuvieron que seguirnos cajón abajo. ¡Yo no
sé como se corrió la voz!, pero cuando llegamos a la puer-
ta la tupición de guasos jóvenes y de mineros encachaos
era la regrande. Nos costó efender a los Menese. En el
cuartél siguieron negando; los apaliaron hasta ecir bas-
ta, ¡jué inútil!, ecían que no sabían ná.

Al Domingo se vino a saér la barbariá...

La Sabinita y on Romo se casaron en Barnechea, ella
andaa a jujar por el bulto en los cuatro mese.

¡La grandisima puta! ¡Había invernao en el espacho
e on Romo!

¡Por Diosito, patrón, que rabia más regrande! Es pá
hecerse asesino, y lo piól que ña Josefa taba recontenta
y jué al matrimonio con vestío nueo, ¡y yo le habéida re-
galao el género! ¡Nu'hay como ecir los sufrimientos que

pasé... No me maté sólo con l'esperanza e jugársela a on Romo.

Calló el pobre Alvarado y Urrutia como cantando empezó:

—SI ESPUES E TANTOS AÑOS
TE ESCUECE Y TE ESCUECE,
ES QUE JAMAS EN TU VIA
TENDRAS CARIÑO COMO ESE.

Y'allá vá otra:

EJATE E MURMURAR
CON RECUERDOS, ¡MAL PENSAO!,
SI QUERIS QUI'EL SANTO CRISTO
TE PERDONE TUS PECAOS

Y'allá vá otra:

MUJEL QUE NO QUERE A TONTO
DA PUEBA COMO UN LETRAO,
QUE NØ ES LLEGAR Y CASARSE
CON UN CHICOCO ALVARAO.

Tuve que intervenir y, autoritario, de mal modo, ordené a Urrutia que no siguiera con sus tallas.

Alvarado se cubrió con la charlina; parece que lloraba, mientras que Urrutia cansado iba de güata en el apa-rejo de la mula, ¡semejaba una araña gigantesca!

“Mi Generoso Protector”

(CONTINUACION)

Pronto llegamos a "la cabeza del negro", y desde allí divisamos los cortes que hacíamos en el planchón de nieve; al verlo Urrutia exclamó:

—Si es en los farellones del cóndol onde anda catiando, su mercé! Ei hay metales, pero es inútil perseguirlo sin matai al cóndol.

—Explicáte — lo interrogué molesto.

—Patrón, en esos farellones con seguríá qui'hay una riqueza grande, pero no la conseguirá si no mata al cóndol que la cuida. Cuando va a dar con ella, el cóndol avisa y'el maldito se la cambia.

Patrón, usté no puee saber las veces que'hey querido catiar estas cerrañas pero ¡inútil! Ei esperao semanas enteras, pero apenas me metía en la encrucijá, se levanta una ventisca d'esas que ciegan: ¡Nunquita púe ni llegar a las niees! Una vez que conseguimos con el finao Rosale internarnos algo, el maldito cóndol casi nos sacó los ojos a aletaso.

El maldito cambia el derrotero.

Patrón, hay que matar al cóndol, si nó too es inútil.

La algazara de los hombres que nos divisaron interrumpió la charla.

Han pasado varios días y como hoy es Domingo no se vá a la nieve; no hay que madrugar y tendré así un día entero para aburrirme. Trato de pensar en qué aprovecharlo, y, de golpe cae sobre mí el recuerdo de la carta que ayer me trajeron de don Nicanor. Salto de mi camastro y me apresuro a lavarme y a vestirme; tengo que contestar y resolver lo que he de hacer.

Me repugna la ingratitud; nunca quisiera ser tachado de tener tal defecto. Esto es en mí una obsesión que

parece me afectará toda la vida; todo lo que pueda ser lo deberé a la preparación que he recibido hasta ahora: carácter, cultura, moral, sentido de la responsabilidad y de la vida. ¡Y todo es una obra de caridad de un hombre generoso! No tengo derecho a ser ingrato sin; embargo, algo en mi interior quiere protestar, ¡ya van a ser tres o cuatro meses que estoy en estas serranías!

La Pascua, el Año Nuevo los he pasado solo, sin novedades de ninguna especie; se han olvidado hasta de enviarme un saludo; no tengo amigos, mi situación ambigua en la que llamo mi casa, me impedía invitarlos, se prestaba para equivocaciones molestas.

No hay en mi vida actual, más variación que la del clima; hasta el paisaje ya conocido, familiarizado con él, no tiene interés para mí. Estoy cansado, la tarea es monótona y aburridora, no puedo comprender los móviles que guían la conducta de mi protector. No puedo explicarme esa desconfianza codiciosa en que ha envuelto todos los trabajos de cateo y me desespero, me parece que mi espíritu de crítica es una ingratitud y quiero callar, quiero impedir mi razonamiento, quiero ir contra la lógica, pero ¡es inútil!, la crítica se subleva e implacable me indica que estoy siendo víctima de un torpe egoísmo. Copio la carta que ayer recibí:

Nicanor:

“A la Victoria nuevamente le ha repuntado el reumatismo que el año pasado nos obligó a ir a “Las Termas de Chillán”. Mañana partiremos con ese destino, así es que tus cartas, que deben ser como te lo he ordenado cada tres días, envíamelas a esa dirección. Es necesario que nadie sepa que yo no estoy en Santiago; esto en bien de la disciplina; así temerán verme llegar de un momento a otro.

“Creo que estaremos en “Las Termas” alrededor de dos meses; por consiguiente a mediados de Marzo me tendrás de vuelta.

“En caso de que se produzca la novedad que espero y que estamos buscando, no permitas que ninguno de los

hombres baje del trabajo, y tú arréglatelas para mandar donde Aránguiz, rogándole me envíe el siguiente telegrama:

Nicanor Contreras.

“Termas de Chillán”.

“En su cumpleaños le deseo felicidades”.

Yo, recibido el telegrama, iré a la mina.

“La Victoria te envía saludos y una serie de libros que dice que tú le has pedido.

“Mucha actividad y discreción.

“Te saluda con un fuerte apretón de manos, tu

N. CONTRERAS.

“P. D.— Consulté con mi amigo de la Universidad y he conseguido que te matriculen en Leyes; eso sí que deberás dar tu Bachillerato en Agosto.

“Las clases comienzan en Abril. Esto no contradice en nada mis planes, pues en la primera o segunda quincena de Abril hay que suspender los trabajos”.

La carta no deja dudas posibles; debo continuar aquí hasta mediados de Abril sin ir a Santiago ni una sola vez; me abruma la perspectiva, creo que mi estado de ánimo va a ser desesperante. Tengo que buscar como combatir este desaliento, y pensándolo bien, creo que Urrutia podría darme un consejo, pero ni en él ni en nadie puedo fiarme, porque sería no cumplir las órdenes de don Nicanor. Voy a tratar indirectamente de buscar consejos en Urrutia, ¡pueda ser que él me preste ayuda sin saberlo!

“Un doble Reventon”

¡Urrutia! ¡Urrutia! — lo llamo inútilmente. Nadie contesta, mi perro Bienvenido tampoco se halla en ninguna parte. Por el calor de las pilchas en que duermen, comprendo que hace poco rato que han salido. El fuego está encendido, pero la tetera no está puesta a su calor. ¡Nuevas inquietudes! ¿Qué se habrán hecho? A donde habrán ido? Yo prepararé mi desayuno...

Concluía de almorzar cuando llegó Urrutia y Bienvenido, traía, el viejo, cadavérico de cansancio el rostro y en un brazo, sosteniéndolo a mi pobre perro con la lengua afuera y las patitas manchadas de sangre coagulada.

Urrutia se sentó en el umbral de la pieza que hace de comedor, y después de secarse el sudor y tomarse un trago del ponchecito que yo preparo acezando habló:

—Patrón, esta mañana cuando estaa prendiendo el juego Bienvenido se puso a lairar pá el alto, como yo conozco al quiltro y'estoy receloso de los Alvarao, me las eché por la cortá y le traigo la noticia: "El Chico Alvarao va pá la puerta y pá que no lo viéramos se jué por la cumbre. Yo al divisarlo lo quise conocer, y pa asegurarme las troté hasta estar como a tres cuairas d'él. Tiene qui'haber salio al aclarar de las nieves. Se me ocurre que el gallo va con alguna nombrá, aprovechando qui'usté no va hasta el Lunes.

La noticia es para mi sorprendente, casi la agradezco, ha quebrado la monotonía de esta vida que estaba llevando ¡tan siesta colonial!

Apenas concluído de almorzar y repuéstó Urrutia de su cansancio, lo hago ensillar las mulas y dejando a Bienvenido, como de costumbre, de dueño de casa, parto hacia las nieves.

Me extrañó el camino, nunca había pasado a esa hora por esas partes, ni con día de sol como el que había; reconocí los picachos, los farellones, las laderas con laja, las manchas, ahora desteñidas, de las cumbres. Los bajos con su desordenado amontonamiento de pedazos de roca, recuerdos de los rodados que los cubren en el invierno, y los peñascos que yo había bautizado y que me servían para indicar las vueltas de la tortuosa quebrada. El ambiente, el sabor era tan diferente que me causaba una agradable novedad.

Poco más de medio día, el sol implacable cae casi vertical sobre los cerros resecos, sólo en algunos caletones quedan manchas de nieve fulgurantes; de las rocas, de la tierra, parece que sale una especie de vaho, que trémulo se deja ver en la inmovilidad del aire; no levanta del suelo más de un metro, se pierde, se funde quizás en qué.

Me sacó la poncha y la coloco doblada sobre el arzón de mi silla, me empino desperezándome sobre los estribos y sin frío ni calor siento una quietud, una tranquilidad, desde hace muchos años olvidada. Estas cerranías estériles me están tonificando el alma, borrando mis vacilaciones, dando paz a mi espíritu que tan desalentado tenía esta mañana.

Cavilando ensemismado no me he dado cuenta como avanzamos, ya estamos por llegar a "la Casa de Piedra Negra". ¡Diablos!, Negrura ha hecho un brusco quite y casi caigo desmontado. Indagando la causa veo tres o cuatro matuastos que valientes, provocativos me cierran el camino, parados afirmados en su cola y patitas posteriores, audaces me amenazan con sus hocicos abiertos, señalando sus menudos y afilados dientecllos. La mula de Urrutia se ha detenido tras de la mía y él sigue durmiendo sin darse cuenta que no avanza.

¡Pobre viejo! ¡Como estará de cansado con la caminata de esta mañana! Le grito:

—¡Urrutia! — abre sus ojillos vivaces y exclama:

—¡Bah!, me habéida traspuesto, patrón! este sol de moleera me las jugó otra vez. Y como yo le señalase, indicando con el dedo a los matuastos prosiguió:

—¿No é, su mercé?:

EL MATUASTO ESTA VALIENTE
SOLO EN LA PIEIRA CALIENTE.

—Esa es obra de on sol. Ele un pencazo a la mula que no ebe estar acostumbra a estos bichos.

Efectivamente mañoció un poco Negrura, mientras los matuastos cercanos huían y los más lejamos se engallaban a su vez. Daba asco mirar esas lagartijas cortas y anchas, de color terroso, que huidizas se escurrian entre las lajas parduscas. Cerca de las charcas quebraba la monotonía del paisaje la yerba del güanaco con su ralienda, pero agradable mancha verde.

Ya ibamos a llegar. Entonces comprendí cuan necesario era ponerse de acuerdo con Urrutia, lo llamé.

—¿Estás completamente seguro que Alvarado no te ha visto?

—¡Claro pues, patrón! Me le adelanté por el bajo y lo vide pasar po la quebrá e “La Hoja Seca”.

—Bien, vamos a llegar como si no supiéramos nada y vamos a dar como pretexto que hemos venido a buscar azúcar, pues la que teníamos se nos quedó al alcance de Bienvenido.

No se divisaba a nadie; en la ruca todos dormían la siesta. Mi llegada imprevista los tomó de sorpresa a tal extremo que a mis preguntas sobre “El Chico” ninguno contestaba; por último taita Alvarado empezó a hablar:

—Ismael hizo ayer un escubrimiento di'un reventón de cobre, puro bronce amarillo, metal muy regüeno y como no está ná en los traajos del patrón, “El Chico”, que es el único que sabe onde vive jué a llevarle la nombrá. Como el día es d'el naa se pierde, estando mañana listo pa el traajo.

Indignado lo dejé que hablase y después a gritos le ordené:

—A mostrarme dónde está el reventón.

Callado, sin decir una palabra, empezó a subir falda arriba. Como a la hora, cansados llegamos a un caletón que estaba a la vuelta de nuestros trabajos, cuestión de

una cuadra en línea recta; todavía quedaba en él un poco de nieve. Sólo entonces habló Taita Alvarado, mostrando un manchón amarillo:

—¡Ei tá la riqueza!

Reluciente el manchón mostraba señales de haber sido golpeado para sacarle muestras; recogí unas colpas, extrañando la palidez del dorado y el cubo de su cristalización y sin decir palabra empezamos el descenso.

Cuando llegamos a la ruca, pasado ya el enojo, me hice servir una taza de té y les dije:

—En primer lugar, taita Alvarado, el reventón está en las pertenencias de don Nicanor y en segundo lugar, a pesar de no atreverme a asegurarlo, creo que lo que ustedes están llamando bronce no es más que piritita de hierro. ¡Dios quiera que me equivoque! Y de aquí en adelante no estoy dispuesto a tolerar que bajen a "Las Condes" sin consultarme, y el que no esté contento puede irse a trabajar a otra parte.

Como nadie hablase, montando en Negrura, partí de regreso. Un unísono: ¡Que le vaya bien! quedó tras de mí.

Me tenía extrañado el mutismo de Urrutia y como yo pensativo iba buscando qué resolución tomar, no quise dar motivo de conversación; largo rato después, no pudiendo mantener por más tiempo el silencio, Urrutia acercándose me dijo:

—¡Le pegó en los cachos, patrón! Ese bronce que encontró Ismael es puro fierro con azufre, no hay catiaor que no conozca este caletón. Si hay algo ebe ser ebajo el planchón onde están haciendo los cortes, a la vista está que esos farellones son muy metaleros, ¡si la quemasón de roca y esa escoria azufrá no lo engaña renunca a uno!

Calló Urrutia y yo sin contestarle seguí cavilando; lo que acababa de decirme me había orientado en mi resolución.

Ubicado en las pertenencias de don Nicanor, el descubrimiento estaba asegurado. Si era piritita como yo lo creía y Urrutia aseguraba, el engaño de los Alvarado era muy grande para querer compartirlo. Lo único que importaba era saber qué haría "El Chico" en "Las Condes",

cuando se encontrase que don Nicanor no estaba en Santiago.

—Urrutia, te vas a ir a la puerta de "Las Condes" y me vas a averiguar todo lo que haga Alvarado. Trata de que él no te vea, y si te vé haste el que ignoras en qué pasos anda.

Apuramos las mulas, ya que íbamos de bajada y llegando a la casa de madera nos separamos.

Ni Urrutia ni Alvarado han vuelto. Ir hoy para las nieves no tiene objeto, preferible es esperar. Aprovecharé el tiempo conociendo los alrededores de mi choza y si me es posible trataré de encontrar medios para pasar a "La Porvenir". Sé que allá vive González con su mujer, iré a visitarlos.

Voy por la orilla del estero de aguas blanquizas que se deslizan bulliciosas y espumeantes por entre los peñascos, que parecen pintados con el sedimento que las sales en suspensión van depositando en ellos. No hay manera de atravesar; la orilla opuesta, abrupta como costa bravía, no ofrece playa propicia a ninguna excursión. Sigo buscando; ahora un inmenso peñasco, una cabeza de piedra que quizás qué fantástico rodado bajó al fondo del cajón me interrumpe visual y camino, no la he rodeado por completo cuando tengo que detenerme sin saber definir mis sentimientos.

En una especie de poza, una mujer desnuda, completamente desnuda se está bañando. Siento que en mis venas la sangre juvenil hierve delatando al macho, y en el calor de mis mejillas veo como se me ha empurpurado el rostro, rubores de adolescente en el primer encuentro con la hembra. No sé si avanzar, tratando de hacer ruido para denunciar mi presencia, o retirarme en silencio para evitar un bochorno. Yo por mi gusto me quedaría contemplándola.

Desnuda dentro del agua, sin ningún gesto de pudor, muestra sus carnes maravillosas. Su rostro y cuello quemados por el sol daban con los pezones de sus senos erectos.

tos por el frío del agua, una tonalidad ocre oscura que traía a los labios sabor a caldo de huesillos; la negra cabellera cayendo sobre sus espaldas, se adhería a ellas con el agua, haciendo resaltar triunfante la blancura nacarada de su piel; opulentas sus caderas cadenciosas, no irrumpían precipitadas de su esbelta cintura, la armonía de las curvas no se había quebrado en esa hembra que ya debía haber sido madre; potentes los marmóreos muslos, mostraban en sus junturas los negros y crespos pelos de la pelviz, y abajo, cerca de los tobillos, el color oscuro de sus pies quebraba el ritmo glorioso de las formas.

Golpié fuerte las manos y ella al divisarme, sin saber dónde taparse el rubor, llevaba las manos indistintamente a los ojos, a los senos y al sexo. Corrió a la orilla y sin secarse se cubrió con una tosca camisa que no dibujaba las formas, volviéndome las espaldas siguió vistiéndose.

Me acerqué lo más que pude a la orilla del agua y le grité:

—¿Por dónde se pasa?

—Más p'allá tá el puente e pieira. ¡On Contrera, no venga!... Nu'está ná Gonzále, irá a llegar como a las cinco.

--Y dígame, mi gloria, ya que Ud. me conoce, ¿cómo se llama Ud.?

--No hice que Gloria, pues — me contestó riendo, mientras que huía ruborosa por los riscos, ladera arriba hacia "La Porvenir".

No me atrevo a escribir, mi turbación es demasiado profunda y yo no soy un Amiel, ni nada que se le parezca.

Ya me iba a acostar cuando los ladridos de Bienvenido me anunciaron que alguien llegaba. Efectivamente Urrutia venía cantando. Lo dejé que hiciese todos sus quehaceres, sin haber atravesado con él nada más que el "Buenas Noches". Aflojó las cinchas a la mula y la dejó

que se enfriase, mientras él cumplía golosamente con su estómago; concluyó de desaparecer la mula y soltándola se vino a sentar a la orilla del fuego, sólo entonces requeri noticias:

—Habla, hombre. ¿Cómo te ha ido?

—Bien y mal, patrón; bien polque le traigo toititos los datos que usté me ijo que le campiara, y mal polque tai como lo ecíamos las colpas son pura pirita.

Cuando lleguí a la puerta "El Chico" y'estaa e güelta del viaje a Santiago; taba tomando chacolo en onde on Romo, lueguitito se le calentó el hocico y le puso má e lo necesario. Cuando le veide así, entonce me le vine hacer presente, ivisándome me ijo:

—¿Qué anday haciendo pu'acá, Urrutia?

—¿Ya llegaste noeoso? ¿Cuales ná que yo te pregunto como anday por estos laos cuando te créida en las nieve ¡Pasando y pasando!

Las paré que a pesar e lo entonao poia sospecharla, entónces me le aconfiancé.

—El patrón me mal.dó onde on Aranguís a buscar los diarios, coñaque y'azúcar, pues el quiltro e moleera e Bienvenido se comió toitita la que tenia, y la que no se comió l'empolcó. Ei juera tengo la mula cargá, lista pa echarlas, no ilataré más rato qui'el que emore en salual a on Romo y'a la Sabinita.

Se tragó la esculpa como con aceite, y'alegre con l'esplificación me invitó a un trago y los cumpas qui'andaan con él también se silvieron. A mí me obligó al seco, ei espúes me ijo:

—Urrutia, halto la hemos peliao y siempre somos amigos; no te ejo ir hasta que no te sirvay con nosotros un causeo que on Romo mandó preparar; espúes te cuen.to por qui'ando por estos laos.

Acepté y piendo esculpa a la compañía entré pal'es-pacho.

Los causeo los hace repicante on Romo, déi llama trago. Junto con la juente e la peía llegué yo, y pa no ser menos; pensando en usté, su mercé, grité rajatio:

—Vengan tres litros d'ese reselvao pa los mineros
avertúos.

Nu'habeida concluio e grital, cuando se me encarachó Alvarao:

—¿No t'hey dicho que soy yo el que convío? Vos no tenís derecho a peíl ná, y si peís tiene que sel pol mi cuenta.

NO SE HABLE MAS SOBRE EL CASO,
MI GÜEN AMIGO, ALVARAO,
QUI'ES DE NEVERO RICASO,
NO EJAL PEIL POR LOS LAOS.

Se rió la compañía por la versaina que le habéida compuesto con retasos que son del finao Rosale. En dep salió uno de los cumpa.

—¿Pol qué le ecís nevero, Urrutia?

—Es qui'estos mineros se llean pu allá arriba, ale pala y ale pala con la blanca.

Alvarao arriscó la jeta y me miró e mal moo, ante que largara la sin recojía le ije:

ALE PALA CON LA BLANCA,
ALE PALA CON LA NEGRA,
SI LA CHIQUILLA T'ESBANCA
ILE A SU MAIRE SUEGRA.

Ei mesmito me pelotió y me ijo:

—Con el'olol del causeo resucitó en Urrutia el finao Rosale.

Los ejé reise. Endei les largué la soga:

—CON LOS MUERTOS NO TE JUEGUES
QU'INPRUDENCIA ES DE CURAO,
E L'ACORDION MOVER LOS FUELLE
DI'UN ROSALE YA FINAO.

Mineros los gallos respetan los muertos. Las pararon en seco y nos repartimos el causeo.

¡Traigo el cogote más resentío e trago que cuero sin curtir! ¡Pol Diosito que me costó no ponerle y volverle a

ponel! Si no juera por el gloriao que prepara su mercé, ei mesmo me curo!

No deseché la indirecta y respondí:

—Cuenta y acorta; el trago ahora lo estoy preparando con durazno. Urrutia se langüetió la jeta y sañoreándose se continuó:

—¡Se glorificaron los niños con el vino y el causeo!

—¿Qué es eso de glorificaron?

—¡Qui'estaban como en la gloria, pues, patrón! Y se pusieron a escutil, uno ecía una cosa, otro ecía otra y'el otro le salía con lo de la taita Pancha.

Total que yo ordené el reoltijo cuando les ije:

—QUE NOS CUENTE ALVARAO

QUI'ANDA HACIENDO POR ESTOS LAOS

Me aplaudió la concurrencia y'entonces Alvarao hablo:

—Ismael, qui'es el más minero e toititos nosotros, jué a echal una catiá en una fragocia e farellones qui'hay cerquita e onde estamos traajando, eso sí qui'hay que dar la guelta reyegua e grande pa llegal allá. ¡Andaa con suelte el gallo!; al primer sopetón se encontró con un reventón de bronce amarillo que llega a ser esconsieración la riqueza que tiene. Con lo que me toque toititos me an a tenel que sacal el sombrero.

—Cállate, tontón — le dije — cuando te lleen con los piés pa elante, pal Cementerio, entonce te sacarán el sombrero.

Como que se me quiso enojar el hombre; espues continuó:

—Le traje la nombrá a on Nicanor, pero el jutro sale los Domingos y nu'habéida naiden en la casa. Me polví con las colpas y on Romo las tiene gualdá ¡Le aseguro que la riqueza es más grande que la "El Choclo"

A la voz e mina los mineros pararon l'oreja y'hey empezó el rogueteo, hasta que consiguieron que Alvarao le piéra a on Romo las muestra.

Cuando los hubieron visto se produjo el segundo reventón, esta vez de risa. Toititos ecían.

¡Güenos los mineros brutos!... ¡Pirita por bronce!

¡Puchas los hombre sin corazón! ¡Por mi maire que se gurlaron del Chico! Lo tenían corrió a pullas, e tal moo que quería agarrarse a combos con toos pol que le ecían "El Bronciaio" a Ismael.

Yo me aproveché del tupi-tupí y me las campié pa aca.

“Mi Generoso Protector”

(CONTINUACION)

Urrutia nada sabe de mis preocupaciones, nada le he dicho. Aquí a mi lado, estando entre nosotros Bienvenido, cavilamos junto al juego mientras la noche avanza. De pronto me decido y hablo:

—Oye, Urrutia, fijate que don Nicanor me escribió diciéndome que no puedo moverme de aquí hasta mediados de Abril. ¿Qué diablos voy a hacer todo ese tiempo, cuando ya estoy de cordillera hasta la coronilla?

—Es que su mercé se ha hecho muy montaraz y no se visita con los pobres. Así, solo, toítito el tiempo solo, nu'hay cristiano que no se aurra. Al laito allá del estero tan González y su mujer; hace la cantía e tiempo que su mercé está por estos laos y nunquita ha atravesao palabra con ellos. El Viernes, González pasó pa abajo. Aquí s'estúo y nos tomamos sus güenos mates con sopaipas y mascá e arroyao. Usté me ivisó y no me ha p'eguntao quién era.

—Hombre, lo conocí, lo he divisado varias veces; no se debe indagar lo que se sabe.

—González es minero Coquimbano, por eso le gusta el mate. Cuando se acuerda e sus campos es guaina e labia muy callaora.

—¿Qué quieres decir con eso de muy calladora?

—¡Es que se planta a hablar y lo eja callao a uno no más! Aprovechando la luna, li'aseguro qui'en poco más pasa e guelta.

—Bueno, pues, Urrutia, lo esperaremos para ofrecer le té y entrar en relaciones. Para que no nos pesqué el sueño tú contarás algo de tu doctorado en mulas.

Urrutia Dotól en Mulas

—Se me alegró el corazón cuando me ijeron qui'el patrón Olguín quería hablar conmigo.

Ei año ante había guiao dos gringos a guanaquiar y habéidan traio dieciocho cueros e guanaco en seis días que andáamos. Yo habéida llevao a mi guaina Segundo y'al pueña Rosaie, y los túde que ejar aentro charquiando las carne.

Como los gringos eran recumpas con on Olguín, me prometieron recomendarme con él. Yo estaa e barretero, y'estaa en los laboreos cuando me ijeron que me esperaa, en la oficina.

Ei taba sentao, con la pierna arría, ño Olguín.

Lo que me ivisó le ijo al gringo qui'estaa con él:

—¡Si'este hombre lo conozco mucho!

—Claro, pues, patrón. Si ha éido dos veces a guanaquiar conmigo.

—Mira, me ijo Mistel Killa (Mc. Killip) ice que sabís de guanacos más que naiden. Me tenís que sacal di'un apuro. Me hey comprometio a regalar un guanquito. A ver si eres tan gallo y me lo conseguís. Píe en la pulpería lo que necesitís.

—Bien, pue, su mercé. Si'hará lo que se puea, le contesté.

Comu'estáamos en los primeros días e Diciembre, taba regüeno el encargo. Las guanacas paren la noche e Pascua por estos laos.

Tengo un saco donde guardo el chalqui y los cuero e guanaco, ta pasao al olol d'esas bestias.

Al quier la tarde e la noche e Pascua taa ensacao en los caletones coloraos "El Plomo". Ei sabéida yo por el guano, que se aquerenciaa una tropilla. Esa noche senti que tres guanacas parían. Cuando m'empecé a moer aentro el saco la e relincho jué la regrande; arrancaron pol los caletones p'arría como un cuspio. Las hembras se po-

nen aparte e la tropilla pa la parición y los guanaquitos recién parios quean botaos un montón de rato, espúes la maire cuando se muee los echa aelante y los va cubriendo di'atrás. Total que pesqué un recién nacio y a peñascazos corria a la maire, ¡pero esta bestia maldita me logró pegar una patá en esta, roilla que m'hizo ver más estrellas que las que habéidan! Cojiando, con el guanaquillo aentro el saco las eché p'abajo. ¡Por Diosito que sufrí haltasol!, ¡pero on Olguín tuo su guanaquillo y yo un mes di'hospital!

Cuando golví treida la pata arqueá como guadaña. On Olguín se portó rebien; me pagó como si'estuviera traajando hasta el mes de Abril; me ijo qui'era pa que me acostumbrara a la pata torcíá.

Por el mes e Marzo, en una conversa que túe con el pueta Rosale en el espacho e on Romo nos ijimos más o menos lo que oirá:

—¿Y qué pensai hacel pa esta inverná, Urrutia?

Si tuviera un cumpa capáz e curar mula, ¡táamos aseguraa! Me conseguiría con on Olguín que me diese una tropilla e mulas matá, ei durante el Invierno las curaría y pa Setiembre se treidan listas pa los carretones. Le an a uno vivere, una manta di'agua, un par de botas, el remedio pa las mulas, una paga mensual y'un tanto pol caa mula saná que treiga.

—¡Güeno que soy mal compaire, Urrutia! ¿Qui'habis olvidao que en el nolte gané más plata curando mulas que traajando en mina? ¡Si seré güeno pa esos trajines que la gente me conocia más por el dotol en mulas que por el pueta Rosale!

—¡En fin!, me convenció el pueta y me juí a onde on Olguín a conseguil que me recomendara, pa que con Rosale nos dieran una tropilla e mulas amolá.

—Ño Olguín—le ije—el pueta Rosale es mano e santo pa curar mulas apulmoná. Naiden como él pa sajal y pa sacal la rei del mal, espúes las cura con tanta suerte que naiden ha oío que se le muera una mula. Por más resabiá qui'estén, en llegando a sus manos puee ecirse qui'es mula sana. Li'aseguro, su mercé, que espué e la inverná le traímos las mulas como nueecitas.

Me jué bien con el jutre. Conseguí una tropilla e cuarenta mulas mala y dos güenas pa la montura. ¡Las enfermas llegaan a estar hedionda e poiria!

Bien cacharpiaos, con toos los elementos, suímos por los faldeos hácia la cumbre pa ejarnos caer al Arrayán con las mulas y'el mosquerio. En la quebrá e "La Hoja Seca", éi hicimos el primer campamento, éi decimos empesal al alba con las curaciones.

No esaparecían bien las estrellas cuando ya estaa campiendo mula. Enlacé una rosilla y se la traje al do-tol Rosale. Cuando me vido me ijo:

—¡Muy bien Urrutia!, así me gustan mi ayuante — y le tapó a la mula la caeza con un saco, la maniamo e pata y mano y'amarramos los lazos bien tirantes. Espués le metimos un palo en l'hocico y le hicimos el diablo. Espués tomando carrera e lejos, el pueta Rosale le dió un feroz estrellón a la mula, ¡pa qué ícirle!; la pobre qui' apenas se las aguantaa, pará se dió el costalazo regran-de y casi la siguió di'atrás el pueta que no tenía en qué sujetarse.

Del golpe a la pobre mula l'empezó a correr la pús del lomo y'el pueta con un palo engüelto en un peazo e saco la refregaba sin compasión, y'espúes con una bote-lla l'echó yoo. ¡Casi cortaa los látigos por arrancar la pobre bestia!

—Suelta la mula, Urrutia — me gritó Rosale y yo sin reprocharle la curación le aflojé el diablo y le aflojé las manea, e moo que di'un tirón la mula se veida libre. Antes que s'enderezara estaa yo etrás di'un peñasco; se paró la mula en las cuatro patas tembleque y movía la caeza como si no viera, miraa pa toos laos, cuando diisó al pueta se le jué a la carga como un bolio. Rosale ape-nita alcanzó a saltar evitando el primer encontrón, espúes como alma que llea el diablo corrió onde yo estaa. Apenas lo vide m'encaramé al peñasco y déei ví como el pueta co-rría con la mula di'atrás dando güelta al peñasco; me ten-dí e guata y le pasé las manos y'él pescándose di'un sal-to, lo ayué a treparse onde estaa yo. La mula siguió ando güelta y buscándolo, espúes se cansó y se las echó cajón arría.

Apenas recuperó el resuello, sentao a mi lao en el peñasco, me ijo:

—¿Polqué s'enojó la mula?

—¡Ebe ser por la mano e santo del méico nortino!— le repliqué con pica y no pudiendo más, le grité su inorancia y'el enreo en que me habéida metío. Le ije una hasta cien, y'él muy calmao me oía sin pestañar, ¡me tinca que entuaia taa asustao!, por último me salió:

—Cálmate, Urrutia, no toos curamos iguales. Yo uso el métoo e la inspiración: miro la mula, la veo y se me ocurre el remedio. Ahí tenís vos a la rosilla que nos tiene trepao en este peñasco; por inspiración le dí el feroz estrellón que le sacó la cochiná del lomo sin necesiá e tajarla. ¡Claro que yo no las paré que juera tan rencorosa! por eso me queé ei, tú qui'estai más cerca e los animales los conocis mejol y por eso le capiaсте l'atropellá y te salvaste y me salvaste a mí. ¡Yo no me doy cuenta cómo púe correr! ¡si'estos bototos nueos son refierazos, y ya no aba paso por lo apretao que me queaan!

Seguims largo rato iscutiendo arriá el peñasco, hasta que nos pusimos di'acuerdo: con los conocimientos que teníamos, él tajaría el puesto e dotol, yo ocuparía el suyo y'él, el mio; hecho el arreglo nos apiamos del risco.

Echamos too el día en limpiarlas y'hacerles la primera cura a las mula, no tajiamos a ninguna.

Al otro día se hebéidan desaparecio siete mulas, la rosilla y'otras seis e las más alentá, ¡quizá pa onde se habeidan íol, las campiamos remucho y no puimos dar con ellas.

Pa'acoltal l'istoria, le iré que a las dos semanas le tocaa a Rosale bajar a la pulpería a trer los vivere, a él le tocaan estos viajes por ser el ayuante. Arriamos las mulas pa un bajo qui'hay pal costao del cajón de "Las Condes", es como un potrerillo el tal bajo; éi me queé yo con las mulas mientras Rosale bajaa a la pulpería. El tiempo era regüeno, estáamos como en la mitá e Mayo y'entuaia no queida ni'una nevá.

Al lao di'un peñasco, entre unos talhuenes y olivillos retacos, éi me acondicioné pa pasal la noche, espué que hube comío me queé un güen rato a l'orilla del juego pi-

tando y'acordándome e tantísimas mentiras que me habeida contao el pueta, me tenía la caeza mala con sus fábulas e brujas, emonios, la mujel del diablo que tiene pezuñas en lugar de pié y qui'es rehedionda, los genios, la Lola y tantísimos otros seres di'otro mundo. ¡Yo no sé di'aonde sacaa memoria ese cristiano p'acordarse de tanta tupición de cosas! Toititas las noche estáamos hasta tarde, yo oyendo y'él conversa que conversa.

M'entró recelo y me pesó haberle ejaò que se lleara el quiltro, más mejol que la noche estaa re clara. Acomoe mis pilchas y mi'acosté a l'orilla el juego, me tapé bien la caeza pol que hay que temerle a la gota serena y me queé dolmío. Sería como la medianoche, creo yo, cuando esperté di'una patá en las costillas; no jué muy juerte, déi que me conformé con grital:

—¡Ah mula e moleera!... y'otros recaos pa su parentela. Creí que una mula noeosa me habeida topao. Taa ya medio dolmío, cuando ¡tás! otra patá pol las costillas, esta vez me dolió y me enderecé al retiro. ¡Más vale que no lo hubiera hecho! ¡Casi me morí de susto! No me queó más que tapalme, escondiendo bien la caeza y'empecé a rezal a toa boca. Pará, al lao e mis pilchas habeida una mujel relarga, esa era la que me habeida dao las dos patás.

Mientras más rezaa, más patá me daa y yo sin saber qui'hacer, traspira y que traspira e mieo. ¡N'ubo santo al que no me encomendara. ¡Clamaa a toititas las ánima del Purgatorio! ¡Le prometí a la Virgen del Cármen entral a ejercicio!, ¡enútil! las patá seguían lloviendo por mis costillas; di'un suór pasaa al otro, quería arme güelta pol que toas las patá me llegaan al costao izquierdo y'el otro castao lo tenía entautito, pero no me atreía a moerme. Se cansó al fin, la mujel del malo y ejó de martirizarme; al rato sentí el golpe di'una de las pezuña en el suelo onde se iba, l'otra pezuña no le sonaa ná.

Ei me queé botao, toitito dolorío y rogando a Dios que no se le ocurriese golber. Cuando me atreví a levantar la caeza taa el sol alto. Como púe preparé mi tacho, me puse una bisma en las costillas, pillé mi mula e montura

y dispuesto a no ser más dotol me las eché falda abajo pa "Las Condes".

Poco habeida andao cuando ivisé al pueta que con otros dos venía a mi encuentro, ecií por lo pronto no contai naa. Habeida sio muy régrande la patiaura pa que encima viniesen a hacer risa di'uno!

Apenas nos juntamos Rosale ijo:

—Urrutia nos va a dar la nombrá. ¡Oye! la loca del paraero e on Lucas se arrancó pa los cerros ayel y no se ha poío encontral; como a dos cuairas de aquí encontramos uno de los zuecos, déi que no ebe estar lejos d'estos laos. ¿La habeí visto?

Me quéé callao un güen rato, ¡puchas el empacho e rabia que tenía!, ¡me había ejao patial por la loca como un bendito!, ¡y el tremendo susto que me habeida metió!

—¡Habla, pus, Urrutia!

Túe que contestarles, rezongando les ije:

—Como al amanecer sentí que alguíen cojiando s'iba cajón arría; yo entre sueño lo sentí y no le di importancia pol seguil dulmiendo, no me gusta peldel el sueño del amanecer.

Siguieron campiendo los niños y yo me golvi con ellos hasta onde estaa el campamento, por éi encontraron huellas del otro zueco y yo les indiqué pa qué lao créida que se habeida ido.

Ese día suspendí las curaciones, y le tomé too el aguardiente que habeida traío el pueta; éste me miraa extraño pero no me icía na, tendío a l'orilla el juego no quise hacer ningunita cosa. Cualquier moimiento juerte me sacaa un ¡ay! Tantos ¡ay! ije qui'el pueta me preuntó:

—¿Qui'estay enfermo, Urrutia? Amurrao no hacís no más que ecir ¡ay!

—Sí, hombre. Tengo una lepiria la reyegua e grande.

—¡Qué raro!, ¿y no te muee la guata?

—No, son así las lepirias que me an a mí, pura puntá en el costao izquierdo, me duran dos o três días ,espúes se me quita solo.

Como a media tarde pasaron los otros galios con la loca, ibá llegando al alto cuando la vinieron alcansal.

Taba cacharpiá con una bata negra, parecia saco, ¡por eso que yo l'habeida visto tan regrande!

Pa otra ocasión, patrón, le contaré otros chascos que me pasaron por meterme en lo que no ebo.

En la cura e las mulas no jué rema; a fines de Agosto nos queaban vivas tres mulas, juera de las siete que se nos habeidan arrancao: teníamos un alto e cueros rehediondos, las escueramos pa que no nos tacharan e lairones.

En la primera semana e Setiembre teníamos que entregarlas, y no hallábamos como arreglarnos.

¡Dios se acuerda a veces e los pobres!

Una mañana que venía llegando el pueta con la última cachá e provisiones, me trajo la gran nombrá. Las siete mulas arrancá, taan en un corral qui'hay en "La Hoja Seca", y que lo tienen éi pa los roeos. ¡Las pillamos sin perro!, taan sanitas las siete. Con esto se me golvió el alma al cuelpo y como yo no me atreví, días espúes las diez mulas cargá con el cuero e las muertas jueron arriá por el pueta pá la puerta e "Las Condes". Allá las entregó y como reclamase el tanto prometió por caa mula sana, casi lo apaliaron.

End'entonces no m'hey atrevió a comparecer onde ño Olgúin.

“Mi Generoso Protector”

(CONTINUACION)

Cansina la voz lejana de un hombre venía cantando entre las sombras y la luz de la luna:

EL MINERO ES MUY SUFRIO
SI TIENE QUE PIRQUINIAL,
HAIGA VIENTO U HAIGA FRIO
SE LAS TIENE QUE AGUANTAL.

—Ei llega González, patrón—me dijo Urrutia — ¿no le ije que iba aprovechar la luna? Nu'es na lerdo el hombre p'asoliarse sin razón.

—Sale a encontrarlo e invitalo a descansar.

Obediente Urrutia se desperezó, y seguido de Bienvenido le salió al encuentro.

La luna no daba en esa parte de la huella, así es que de las sombras oí salir extrañado, una risa y una voz juvenil de mujer que decía:

—¡Taita Urrutia!

Eché unas chamizas y un palo al fuego para avivarlo y me puse de pié; a la luz de la hoguera pronto ví nítido el grupo.

Adelante Bienvenido seguido de Urrutia, más atrás González con una mula que traía del bozal, y sobre ésta paquetes y una niña.

Cuando llegaron junto a mí, saltó al suelo de la mula, una muchacha garrida, que sin timideces se acercó diciéndome, mientras hacía una breve inclinación:

—Josefa Urrutia, pa serví a su mercé.

—Complacido en conocerla, e idénticamente a sus órdenes — contesté tendiéndole la mano.

Se ruborizó la moza, y ahora con timidez apenas me tocó los dedos y se hizo hacia atrás acercándose a la mula.

Luego un magnífico ejemplar de hombre de fornidas espaldas y elevada estatura me habló, sacándose el sombrero:

—Juan González, pa lo que guste mandar.

Un fuerte apretón de manos nos unió, mientras yo contento también, me ponía a sus órdenes.

Los invité a sentarse un rato a la orilla del fuego y Urrutia diligente preparó y sirvió té con coñac y tortillas al rescoldo, calientes todavía.

González empezó a hablar:

—El Viernes túe que irme p'abajo, pasé por aquí pá pedirle a Urrutia que se preocupase e la Ismenia que queaba sola. Allá en la casa se le puso a esta chiquilla venir a la mina, ella no conoce estos cerros y quería acompañar a mi mujer que es tía d'ella. Me demoré en la güelta, déi que aprovechara la luna; escansaremos un ratito aprovechando su fineza, ño Contreras, espues par tiremos, la Ismenia ebe estar con cuidao.

—No te apurís por la Ismenia, González — dijo Urrutia.— Yo fui p'allá como a l'oración y me ijo que te tenía como diez cueros e vizcacha. Se ha puesto la toruna e cazaora estos días que vos habís faltao. Le llevé un montón de diarios, d'esos ya leíos por el patrón y se queó recontenta; lo único que la mortifica es la maldita luz e la casa e picira e Vélez. Toititas estas noches ha estao saliendo y Molejón, el quiltró que vos tenís, no sabe más que lloral y aullar a ánima en pena.

Amplia la sonrisa de González con la noticia dejó la idea de un desahogo emocional y replicó, dando la impresión de una avasalladora fuerza latente.

—Agradecido, viejo.

EL TRAGO QUE ME HAS DADO,
ES COMO UN MATE BIEN SEBADO.

—¿Vis, pues, Urrutia? vos tenís la culpa, me salió en verso sin querer.

—ES QUE UN ROSALE PUETA,
NUNCA EJA E FLORECER.

Reímos; después continuó González:

—Chepita, cárgale un mate a ño Contrera y pónelo una gotita di'apiao.

Afanóse la muchacha y sacando un mate y una bombilla empezó a cebarlo. Cargólo primero, apretujando con los dedos pulgares la yerba mate y después con dos terrones a medio quemar de la blanquecina azúcar, casi lo llenó. En seguida, en una cuchara de hojalata recalentó tres torrejitas de cáscaras de limón, las puso en la ribeteada calabacilla y después vertió el agua hirviendo, y concluyó la preparación poniendo unas gotitas de aguardiente:

—Sírvasse, su mercé, y no se vaya a quemar.

En realidad, quemador para el paladar estaba el mate, más el sabor era exquisito y en mi interior agradecí la naturalidad que demostraban mis visitas.

Entre chupada y chupada Urrutia empezó:

—Esta mocosa es nieta mía. Es hija de una hermana de la mujel de González y de Segundo, el hijo qui'anda pal norte. Ese salió minero pampino, le gustan las salitreras, trabajal al sol, y no encuevaos como nosotros. Queó guachita la pobrecita como de cuatro años y se ha criaio o con la Josefa o con la maire e la Ismenia, déi que sea consentía; ¡no sirven las agüelas pa criar nietos!

—¿En qué l'hey faltao, taita, pa que me iga que soy consentía?

—¡Taté callá, niña! ¿que no sabís que hay que achicar lo presente y déi luce más pal porvenir?

Nuevos mates cebados fueron pasando de mano en mano y concluida la corrida González dispúose a partir.

Nos separamos muy amigos. Yo comprometido para ir al otro día a conocer "La Porvenir", y Urrutia a ayudarle en el arreglo de unos barrenos.

No podía dormir, seguía pensando en esta gente tan valerosa y sufrida que ejecuta sus acciones sin darle la más pequeña importancia.

Una mujer que se queda sola en una mina abandonada y en medio de la más espantosa e inhospitalaria se-

rranía. Un hombre que de a pié guía una mula en las sombras de la noche, siguiendo una huella que es difícil de día conocer, y que va bordeando precipicios escalofriantes, traidores pantanos y peligrosas hondonadas; ¡y todo con la tranquilidad impasible del que ejerce un acto vulgar, donde no se va jugando la vida!

¡Qué distinta mi actitud, con la de ellos! Pasivamente me dejaba conducir sin tener ninguna iniciativa, sin tomar jamás una resolución de orden personal. Casi tres meses cavando en la nieve sin llegar a nada positivo... Era evidente que así se pasaría todo el tiempo. Estimulado por mi propia crítica, decidí escribirle al otro día a don Nicanor, exigiéndole la presencia de Peña para que rectificase sus datos y no siguiéramos, como lo parecía, cavando a la sin rumbo.

A pesar de lo tarde que me acosté anoche, me he levantado más temprano que de costumbre; el cielo de una palidez celeste desvanecida, anuncia que tendremos sol.

Desperté a Urrutia sorprendido, y sin entrar en explicaciones, ordené ensillar rápido las mulas.

Trotando donde la huella va de bajada gané tiempo y logré llegar a las minas antes de las siete, y comprobé que a pesar de la hora todos dormían. Mis gritos y protestas furiosas los despertaron y callados, sin murmurar, obedientes, tomaron el camino hacia la cumbre, a la labor; iban achunchados, la falta era demasiado evidente.

Arriba en los cortes tomando determinaciones por mi cuenta, cambié las faenas y ordené otras que me parecieron más razonables.

Mis determinaciones producen dinamismo y mueven algo a estos huasos perezosos, ladinos y sinvergüenzas que ateniéndose a ser supuestos hombres de confianza, sólo han hecho abusos de los temores codiciosos de don Nicanor.

Callados, sin murmurar, conozco que obedecen de malos modos, pero estoy dispuesto a hacerme respetar; ¡hasta cuándo voy a soportar ser un torpe monigote, cómplice consciente de su mala fé!

Era más del medio día cuando llegó el marucho con el rancho; aproveché que estaban reunidos para decirles

que mis inspecciones las haría a cualquiera hora y que si volvía a pillarlos en falta como la de la mañana pararía instantáneamente la faena.

Ordené que "El Chico" llegando, fuese a mi encuentro y partí sin despedirme.

Sin desayuno y sin almuerzo, Urrutia, hosco seguía tras de mí; cuando enfrentamos "La Porvenir" me dijo:

—¿Qué se ha olvidado, patrón, que hoy tenemos que ir al otro lado?

—Primero comeremos algo en nuestro rancho, después iremos a la mina.

Apenas hubimos llegado, Urrutia empezó a preparar algo con que reponernos, tiempo que aproveché para bañarme y cambiarme de ropa.

Reconfortados por fin, partimos con Urrutia rumbo a la faena de González.

A media ladera está la boca-mina; con los escombros y desmontes de los minerales han hecho una especie de terraplén ancho, de unos siete por diez metros, ahí antiguamente tenían las canchas de chancado y selección.

González acondicionó en esas canchas abandonadas su cocina, su fragua, su yunque y su rústico banco mecánico. Una tosca mediagua da sombra grata al apacible conjunto. Hay al extremo poniente del terraplén un boquerón obscuro, como una enorme boca desdentada y en eterno bostezo; es la antigua boca-mina por donde durante siglos pasaron los apires con sus capachos pesados a las espaldas, mientras ellos jadeantes, sudorosos, mostraban su canancio al cerro, que tantas penurias exigía por su riqueza.

Suave, llevadera la zigzagueante huella nos llevó hasta donde ellos estaban. González nos salió al encuentro.

Sin paletó, abierto el cuello y las mangas arremangadas de su limpia camisa de franela, dejaba al descubierto el vello de su pecho viril y de sus brazos membrudos.

—Creí que ya no venía, patrón.

—Algo nos atrasamos, pero a palabra dada, sólo cabe recogida de palabra cumplida.

—Ismenia, ven a conocer a nuestro vecino, — gritó González.

Casi junto con el grito apareció Chepita en la boca-mina y más atrás, con una lámpara minera de carburo en la mano, venía la morena de carnes marmóreas, la que con tanto placer había visto bañarse. Se acercó, y como si nunca la hubiese visto, tendiéndome la mano me dijo:

—Ismenia e González, a sus órdenes señol.

—Del mismo modo señora, ¡para qué repetirle mi nombre cuando Ud. debe saberlo.

Un destello malicioso de sus ojos pardos, y la risa alumbró su cara, mostrando albos, irreprochables, los dientes.

—¡Claro pues, su mercé! Siempre hemos hablado de Ud. con Juan.

Chepita se adelantó tendiéndome la mano.

—¿Trasnochó anoche, on Contreras, que de alba ya no estaba en su choza?

—Si no es bruja, Chepita, ¿cómo supo tanto? Bienvenido no es un perro traidor, no creo que él se lo haya contado.

Rieron al unísono las dos y a mi mirada que permanecía interrogante Ismenia habló:

—Icele, niña, ¿qué no sabís qui'estos cristianos noeosos ven lo que no se les muestra, y déi que capaz que te crea bruja?

—Me levanté a ver salir el sol, y desde aquellos riscos lo ivisé que iba con mi taitita cajón arria.

—¡Que lástima con la explicación, Chepita! ¡Me hubiese gustado tanto que fuese medio bruja!

—Si no es p'hacel mal, como si lo juera. ¡Pía no más!

—No te comprometai, Chepita... Espués no poís cumplil, mira que ño Contreras puee ser maulero pa preguntal y te eja toa colorá e vergüenza.

—Nu'hay cuidao. El caballero es discreto y disimulará.

—Dígame, Chepita; ¿volveré a ver lo que ya ví?

—Too puee suceel, si nó es cuestión e mujel y usté no eja e vel.

—¡No vale! La contestación debe ser clarita, sin dejar dudas.

—Vamos, patrón; — nos interrumpió González que ya preparado nos esperaba en la boca-mina.

Monótona, cansadora la visita; las galerías se parecen demasiado y el olor a aire húmedo, mezclado a los restos de carburo, casi hacen irrespirable esa atmósfera sombría.

—Pronto pedi a González suspendiéramos el recorrido; quería volver al sol para lo cual busqué pretexto en un imaginario dolor de cabeza.

Urrutia y González encendieron la fragua y se dedicaron a componer y a templar barrenos.

La señora Ismenia preparaba un amasijo, Chepita tejía incansable y yo botado en un montón de paja contemplaba sin pensar a Molejón que a grandes mordiscos trataba de cazar sus pulgas.

Cerraba la oración y "La Travesía" (1) empezaba a refrescar el ambiente; viendo que Urrutia y González, terminada la tarea se estaban lavando las manos, resolví partir, más, apenas insinuada la despedida la señora Ismenia irrumpió:

—On Contrera, Ud. no se mueve de aquí hasta que no si'haiga servío unas sopaipillas, d'estas que yo hago con papas en lugar de zapallo.

Perezozo no me hice de rogar, ¡era tan fácil el camino!, ¡estaba tan cerca, y por último podía esperar la luna para irme! Acepté, pero puse como condición que se me permitiese mandar a buscar algunas cosas a la casa de madera.

Pronto Urrutia estuvo de vuelta, y entre todos empezamos a preparar la comida.

Aprovechando las últimas luces del día, reunidos alrededor de una mesa, comimos campechanos, casi en familia; ¡jamás me había sentido tan a mi agrado y con tal confianza!

Terminada la comida, mientras ellos se daban sus rondas de mate y yo me servía mi taza de té, Urrutia dijo:

—Que Ismenia nos cuente lo de la luz, que dice haber visto en estos días en la casa e pieira e Vélez.

—Yo diré primero lo que se sabe del caso, y después Ismenia nos contará lo que ha visto — dijo González.

Dicen que el guaina pariente e on Peiro Vélcz, espues que hubo enterraos los cuatro cadáveres y al perrazo, tomó apegualá una tras otra las mulas cargadas con la plata y se jué cajón arria, rumbo pa Mendoza. El mozo que era cristiano, lo que hubo andao un rato, se acordó que los hombres queaban en tierra sin bendecir, y entonces del recao e las lomas bayas, di'adonde tuavía se divisaba la casa de piedra, se golvió hacia ella y la bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo y siguió su camino.

Desde entonces dicen que terminada la oración, cuando empieza la noche, una lucecita que es la bendición del guaina, empieza a caminar desde las lomas bayas hasta que llega a la casa e pieira, éi se pierde. Icen que es el único alivio que tienen los cuatro infelices asesinados que están en tierra sin consagrar.

Yo, que no se distinguil cuando termina l'oración y empieza la noche, m'hey queao aquí mismo mirando desde antes que el sol s'entre hasta que no se vé ni lo negro di'una uña, no una sino varias veces y nunca hey logrado ver naa.

Urrutia es de los últimos que ha visto filones en esta mina y tampoco jamás ha poío ver la famosa lucecita, que es una bendición pa cuatro ánima en pena.

Terminó González y todos callados, cariacontecidos nos mirábamos esperando que Ismenia hablara. Esta empezó solemne:

—Por el alma e mi marío y por la salvación eterna e los dos, juro que lo que voy a contar lo hey visto cinco noches seguias.

La primera tarde que queé sola, por recelos m'entré pa la ruca antes que terminase l'oración. Ya era de noche, y no se véida naitita cuando Molejón empezó esesprao a lairar y espues a aullar a ifunto; ¡por Diosito que me dió mieo! No sé di'aonde saqué coraje, y tomando un par de pieiras salí sin luz a la boca-mina pa corretial a Molejón; en la otra mano llevaa la imágen del Santisi-

mo Socorro; la virgen que me regaló tu maire, Juan, cuando nos casamos.

Lo que sintió mis pasos arrancó Molejón y yo me queé sin poer moerme e la boca-mina; recién había salio e las lomas bayas una lucecita que venía por la huélla, subía y bajáa como un cristiano, no se moía ná erecha; se emoró muchazo en llegar a la casa e pieira, éi desapareció. Molejón ejó e lairar y yo sali ispará pa la ruca. Me costó hartazo conciliar el sueño; ¡por fin entre rezo y rezo no supe cuando me queé dormía!

Al otro día con la luz del sol se me espantó hasta el recelo y me hice la voluntá de ver si era cierto lo de la lucecita. Cuando llegó l'oración me juí otra vez pa la ruca, pero ahora amarré a Molejón a la entrá e la boca-mina. Me pasó lo mesmo, empezaron los aullíos y no púe contenelme, sali a la boca-mina, la lucecita empezaba a bajal las lomas bayas y Molejón con las cuatro patas abiertas, tendió el hocico y el pescuezo al cielo, aulla que aulla. De nuevo la luz se perdió en la casa e pieira, y como si un hechizo hubiese terminao, Molejón dejó de aullar y yo pudé correr pa mi ruca. Lo mesmo se ha repetío toas las noches hasta hoy día, desde que vos, Juan, te juiste pal bajo.

En la cara de todos los oyentes había convicción y terror a una verdad sobrenatural; sólo yo, escéptico, hombre de la ciudad y de este siglo, me permitía sonreír.

—No se ría, on Contreras — me dijo Chepita — que con estas cosas naiden se puee jugar.

Complacido acepté el reto y amatonándome dije:

—Juro que si la luz aparece en las lomas bayas yo iré solo a su encuentro.

Todos quisieron disuadirme, más yo, picado en mi amor propio, no acepté desistir.

Cerró la noche en estas discusiones e Ismenia atisbando la luz decía:

—No aparece, voy a quedar de mentirosa.

De repente el ululante aullido de Molejón irrumpió en la soledad de los cerros, llenando de pavor los espíritus.

En las faldas de las lomas bayas una pequeña lucecita oscilaba.

De pie, sacándome la poncha, dispuesto a desafiar el relente de la noche, en provecho de mi agilidad, calé mi fieltro negro para partir. Urrutia y González pretendieron acompañarme, Chepita e Ismenia con los ojos llorosos me rogaban que no fuese. Como transacción acepté que todos me esperasen a este lado del estero. Los aullidos de Molejón, desesperantes traspasaban los oídos. Tomé una vela, fósforos, mi linterna y con mi revólver en mano empecé el descenso. Atrás, como a veinte pasos me seguía el grupo, mientras Molejón seguía atronando el aire con sus aullidos fatídicos. Al atravesar el estero me encontré con Bienvenido que me saludaba refregándose en mis polainas. Me alegró el encuentro, y sin el menor temor en el alma le dije:

—Vamos, Bienvenido, tu me acompañarás.

De memoria sabía el camino. no había peligro, por eso decidí llegar sólo hasta la piedra de Velez; ahí esperarí la lucecita. Me hubiese gustado que alguien tomase mi pulso para comprobar el dominio que hasta ese momento tenía sobre mis nervios.

Sólo me separaban de la casa unos cuarenta pasos cuando divisé como a una cuadra la luz que avanzaba, chica, rojiza, dejaba la impresión de una luciérnaga. Bienvenido que empezó a aullar y a ulular como Molejón, escondiéndose entre mis piernas, turbó algo mi entereza; seguí avanzando dispuesto a todo. Llegué a la casa de piedra y me metí en ella, acurrucándome en un rincón, Bienvenido a mi lado seguía aullando, la lucecita parecía que avanzaba tambaleándose, de pronto me pareció oír rezar, los pelos se me pusieron de punta y entendí por lo helado donde estaba mi espina dorsal; Bienvenido a mi lado daba unos aullidos silenciosos de desesperante terror, la voz se hizo clara, decía:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

No pude contenerme, extendí el brazo y apreté el botón de mi linterna en dirección a la luz que avanzaba, el grito pavoroso que siguió me aterrorizó en tal forma que la apagué sin querer; los ruidos de alguien que arrancaba

cuesta abajo gritando despavorido y los ladridos de Bienvenido que lo seguía, volvieron la tranquilidad a mis nervios...

Repuesto, encendí el cabo de vela que iba a dejar encendido y solo, sin saber lo que había pasado, partí de regreso.

En el camino recuperé por completo mi dominio; cuando llegué donde me iban a esperar, sólo estaba Ismenia. Al verme me dijo:

—Se han llevao pa la mina un cristiano sin sentío, yo qué esperándolo pa ecírselo.

Se tomó de mi brazo sin decirme una sílaba y así, junto uno al otro ¡qué deliciosamente suave era la zizagueante huella que nos llevaba a la boca mina! Largo rato en silencio, después habló ella:

—Hay encuentros en la vía que se proucen tarde, sólo son una fataliá. La mujel que se casa con un hombre lo es pa la eterniá, nunca naa ni naiden los puee separar, si él se va a l'infierno debél d'ella es seguirlo.

No Contreras ¡no me turbe más! ¡éjeme tranquila!, Juan es güeno y yo soy d'él, ya no puee ser di'otra laya, no me siga con los ojos y no muestre atenciones pol quien es indina d'ella. Sería infelíz pol toa mi via si González supiera como me vió y lo que sus ojos me ícen. Y ahora no se hable más d'esto que sólo en la oscuriá m'hey atrevío a ecirle — y antes que pudiese reaccionar se soltó de mí, corriendo a todo lo que le daba en direcció a la boca mina donde se divisaba luz y se sentían ya las voces de los hombres.

Disminuí mi paso, necesitaba pensar, lo que me había dicho Ismenia era demasiado turbador para mí. Me sentía contento y desgraciado, más, había algo que aliviaba mi corazón, algo que me hacía presentir que yo no llegaría a ser un ladrón de cariño, algo que inconsciente comprendía que era noble. Resolví hacer un esfuerzo y dejar estos pensamientos para más tarde.

En el círculo de luz, rodeado de Urrutia, González, Chepita e Ismenia, en la cama de paja, "El Chico Alvarado", recuperado hacía poco el sentido pálido, desencajado, con los cabellos pegados a la frente por la traspiración,

nos miraba a todos, aún asustado. Cuando me divisó en el grupo se dirigió a mi diciéndome:

—¡Ud. tiene la culpa, ño Conteras!, si nu'estoy loco ni muerto es por milagro. ¡Quizás como estoy aquí! ¡ebo ebérselo a San Judas Tadeo, a quien le alcancé a hacer una manda!

—González, ¿por qué no le sirve a Alvarado un traguito de ese apiao que tiene para el mate, y así repuesto nos pueda contar lo que le ha pasado?

Se le vinieron los colores a la cara a Alvarado con el trago y empezó su historia:

—Cuando llegué a las nieve en la tarde, espúes di'un viaje por la cumbre por culpa d'Ismael que se las dá e conocer en metales, m'encontré con la noeá que su mercé habéida dejao orden que me viniése al retiro a ponelme a sus órdenes. Sin pensar en el camino, espúes e escansar un rato, partí p'abajo. Cuando llegué a las lomas bayas no se véida ni a un paso e distancia, entonces prendí la vela que tréida y le hice un farol con un p'cazo e diario pá protegerla del viento. Al poco andar, déi mi'acordé e la casa e pieira e Velez y me comenzó a entrar recelo, pero no aflojé, seguí p'abajo. Cuando ya estaa cerca e la casa e pieira el susto que tenía era el repatagüino e grande, éi empecé a rezar en alta voz pa arme valor. Yo que rezo y'el perrazo e la casa e pieira que empieza a aullar; ¡por Diosito!, me llegué a ponel tartamúo pa rezar, pero no aflojé, seguí p'al bajo con el escapulario en una mano, la vela-chonchón en l'otra y rezando, mientras el perrazo aullaa eajo e la pieira. Seguí mi camino; cuando enfrente la casa el perrazo adelantando un ojo lo obrió pa verme y me iluminó como un sol y lo que me hubo caíao lo cerró y salió lairando etrás e mí. ¡Por mi maire qué susto y que manera e correr la mía! Ya me créela a salvo cuando cuatro bultos, las cuatro ánimas me salen atajal... ¡ei mesmo me esmayé! Gonzále ebe haber salo a mis gritos y me libró del perrazo y de las ánimas.

Durante toda la narración la risa era incontenible y el pobre Alvarado más serio que una momia, parecía que pensaba si no estarían siguiendo los sustos.

Me desayunaba cuando Alvarado llegó a donde estaba diciéndome:

--Oiga, patrón, ¿va a creer qui'el ardiloso di'Urrutia quiere hacerme creer que los sustazos de anoche no fueron ná cierto? Yo creo que con eso estoy bien castigao porirme p'abajo sin su permiso. ¿Qué ice, su mercé?

—¡Bién, hombre! Andate al trabajo con Urrutia, yo no subiré, tengo que escribir.

Estoy dispuesto a empezar mi almuerzo cuando llega Chepita con un plato de sopaipillas; la invito, acepta. Su alegría contagiosa ha muerto mis cavilaciones imprecisas sobre el camino que debo tomar.

Junto a ella voy riendo a "La Porvenir" Ismenia no está, ha ido a armar las trampas de las vizcachas. Me voy al nuevo pique de González y allí solos los dos le digo:

—González, soy hombre joven y sin ninguna experiencia, pero aquí (señalando el corazón) llevo el respeto por lo ajeno y el ideal de ser toda la vida un hombre moralmente bueno. Le digo todas estas cosas para que comprenda porqué me alejo de Uds., y no se figure que son desaires o falta de un alma bien puesta.

Sonrióse y me dijo:

—Patrón, esperaba esta explicación. Los hombres nunca dejan de entenderse, Ismenia todo me lo ha contado, hasta la conversación de anoche, ella es una buena mujer y Ud. es todo un hombre. No hay por qué ejar de verse.

Emocionado lo abracé y sin saber lo que hacía dije:

—Creo que mi interés es la Chepita.

Más franca y amplia la sonrisa de González asintió:

—La Ismenia y yo creemos lo mismo.

Me despedí turbado, sin hacer caso a los llamados de Chepita y partí rumbo a mi casa de madera.

No me di cuenta cuando Urrutia llegó. Eran tantas mis cavilaciones que no lo sentí.

—Patrón — me dijo — le traigo una buena noticia. Entre la nieve esmontá e los cortes que usted puso, hey encontrao estas colpas — y me mostró dos piedras de bronce morado y amarillo, riquísimas en apariencia. Era tal mi desaliento y desgano que le dije:

—Mañana veremos esto, Urrutia, por ahora cuéntame algo que tengo ganas de olvidar...

La Mina Candelilla

Lo que yo conozco d'esta historia se lo oi a mi maire, la que se lo habéida oío al indio que se salvó e la maldición.

On José el Carmen Oñate era el dueño e la mina Candelilla, mina e cobre y plata muy nombrá por sus alcan- ces cortaos. Este patrón era dueño e una posá e carretas que conchaviaan mercaerías pal camino real a Valparaíso y pal Sur; era ricazo el hombre y muy aficionao a las minas, tenía unos laboreos di'oro pa Melepilla, pa Marga-Marga y pa la cuesta e la costa. On José el Carmen era casao pero no habéida tenío na hijos, sólo le queaba como pariente un hermano qui'era paire en l'iglesia e Santo Omingo y'al que mentaan Fray José Olores Oñate. Aemás en su casa se habéida criaao un güaina al que le ecian José Antonio pol apelatío. Era un secreto que toítitos conocían qui'era hijo e On José el Carmen en una india mulata de Melepilla.

Cuando On José el Carmen jué dueño e toas las barras e la mina Candelilla. espió a toítita la jente y espúes trajo tres indios al cargo di'un viejo y del mentao José Antonio. Les costó acostumbrarse al traajo eajo e la tierra, pero como son sufrios y amachaos como ellos slos, al fin salieron con la suya. Por otra parte el viejo daa remedios de yerbas y se conquistó l'amistá e los otros comarcanos, sólo José Antonio continúa amurrao sin meterse con naiden. ¡Salió como e costumbre con la suya la Candelilla! En una siguiéra angosta que habéidan bucho pa tantear dieron con un reventón, éi l'enfrentaron con una galería y la mina empezó a rendir plata qui'era vicio.

En llegando la riqueza llegó la viveza pal guaina, lueguitito mostró las patas y se conoció qui'era hombre e malos intintos, tomaor, taure y mujerero y como el indio

viejo, "el abrujao" como le mentaan, resultó agüelo d'él, le alcagüetiaa toitito ¡Se alzó el mozo como potro enmontañao y no habéida quien lo omara!

On José el Carmen con tantos quihaceres muy a lo lejos aba sus güeltas por la mina, y como no tomaa más datos que los qu'ellos mesmos le aban, déi que no las parara e los estruje que l'estaan sacando e los rinde. Los indios manejaos por el viejo "abrujao" callaan, y'él guaina se aba la vía más regalá y gastaora, se juntaa con una chimi-chuma e taure y por toitas partes andaa apegualao con una mulata chivata.

Lo interrumpi:

—¿Qué es eso de rinde, y de mulata chivata y de chimi-chuma? ¡Me tinca que estás inventando palabras, Urrutia!

—¡Güen dar, patrón! Nu'estoy na tan aelantao como pa inventar, eso quea pal "Chico Alvarao", que una vez jué a onde on Aranguiz qui'estaa almorzando y le preguntó al "Chico".

—¿Que te servis, hombre?

—Desaguzado — le contestó señalándole un plato con perdices, haciéndose el bien hablado.

—¡Güeno!, rinde es rendimiento, chimi-chuma es tupición e gente y mulata chivata son esas chinas anegrá, e carnes apretá, que llegan a ser vuelte pal olfato e lo enbras que son.

Otra vez ¡güeno!, se agotó el reventón y'a José Antonio se le acabaron las fiestas, l'apuesta a lao y lao, y los regaloneos refregaos con la mulata carnúa y pa piól, pa completal lo malo, a on José el Carmen le dieron el dato de lo que hacía José Antonio. Se vino di'un viaje pa la cordillera y armó la trifulca regrande a penceazos. ¡Jué tanto qui'hasta el indio viejo tocó su parte!

Quitó su rabia el hombre, y como le pieran perdón los ejó e nueo traajando.

Le pusieron empeño en el laboreo buscando la veta perdía y'él guaina enamorao era el que más empeño le hacía; encontrándola poía golver a la vía di'ante. Traajaron semanas y semanas y ¡ni rastros e la veta! José Antonio taa flaco, seco, con los ojos hundios, parecía ca-

laera con cuero, la ropa le queaba naando y tenía una fi-jeza en el mirar que aba mieo, el viejo abrujao le aba remojos en yelbas y le hacía sus sortilegios pero ¡enútil el guaina no alentaa. Trabaja como macho y se alimenta repoco, déi que s'estaa consumiendo solo; lo único que poía salvarlo era golver a la querencia e la mulata entallá y pa eso la mina no aba cangallas.

En uno de los viajes d'inpeución qui'hacía on José el Carmen les ejó un indio guainita, que lo mentaan Samuel; era pa que les hciere la comía.

Pol este se supo espues too lo que habéida pasao.

Cuando el indio viejo vió que se poía morir el nieto, lo convió una tarde, cordillera aentro y'ei s'estúo secretiando con él...

Golvió contento José Antonio, ensilló esa misma tarde su pingo y se las echó pa Santiago y sin pasar a las casas se jué a ver a Fray José Olores Oñate a Sto Omingo.

No se sabe como lo engañó pa conseguirse cuatro caos e vela e cera d'esas que sirven de testigo cuando consagran l'hostia y'el vino en la misa. Asi mesmo se consiguió o se robó un incensario d'esos que usan cuando exponen al Señor pa misa e gloria. Espues se pasó al Hue-lén y se queó esperando que él sereno cantase la media noche. Sólo entonces recogió tres puñaos di'ortiga, d'esas que crecen en la fosa de los que no son enterraos ná en sagrado, espues se las echó pa la mina.

Al otro día era Viernes y los indios secretiándose entre ellos no traajaron en toilito el día. Cuando era como l'oración José Antonio y'el indio viejo mandaron al guainita Samuel cajón abajo a que juera a encontrar a on José el Carmen. El indiecito qui'era noeoso como él solo y que estaa parándolas qui'algo raro iba a pasal, s'enmon-tañó y se queo éi escondió.

Icen que a la media noche justita taan en la boca-mina los cuatro indio y José Antonio.

Prendieron los cuatro caos e vela e cera, testigos e la Consagración, y los colocaron como en un velorio, haciendo José Antonio é ifunto ¡Hartazo rato tuvieron los indos murmurando más quejas que palabras! Espues caa indio jué ejaando en el suelo el cacho e vela encendió y ca-

llaos se jueron perdiendo por la boca-mina pa entro. Lo que José Antonio queo solo s'enderezó y tomando el incensario que estaa a sus pies se paró y'empezó a ecir:

—Señor del'infierno, rey de l'oscuriá, yo te conjuro a que vengas a mi llamao y'ofresco darte mi alma si me das lo que te pío.

Espués echó tres puñaos di'azufre en el incensario, tres puñaos de bosta seca e mula retinta y tres puñaos di'ortiga molia, de los que habéida traío del Cementerio e los condenaos. Espués tomó dos e los caos e cera que tenéida encendíos, los que estaan cruzaos de derecha a izquierda y los puso juntos aentro el incensario. Ensegui-ta s'empezó a sentir el olól a azufre y'él humo hediondo e la mezcla e brujos que habéida hecho, y poniéndose en la mitá e la distancia e los dos caos e vela que estaan ardiendo ijo:

—Satanás, rey del mal, yo te reverencio y quemó por tí: la bosta di'un animal estéril, el azufre que siempre te acompaña y l'ortiga que florece del cuerpo di'un condenado. Satanás, Satanás, acude a mi conjuro, éi tá tu vela, éi ta la mia.

Y movía el incensario pa toítitos laos y pa toítitas partes jué humarea hedionda, José Antonio seguía llamando a Satanás pero este no aparecía.

¡Como iba a venir si habéida testigo humano! ¡El indio Samuel taba mrando!

Se acabó la humaera y ná e Satanás, José Antonio se puso furioso y cuando al rato el indio viejo abrujaó apareció en la boca-mina, di'un golpe del incensario lo mató, en dei los otros indios arrancaron mina aentro perseguios por José Antonio. Más atrás siguió Samuel, haciendo lo posible por que no juesen a pillarlo. Ice que en una galería abandoná habeidan hecho la ruca. Cuando llegó cerca e la ruca sintió conversa y gatiando se allegó a mirar. Eí vió a José Antonio que platicaa con un hombre emponchao e negro y de patilla recortá que se cubria con un sombrero guarapón, retinto también; e lo blanco e los ojos parece que le salía luz, déi que lo negro del ojo se viera más renegro; ¡platicaron el montón de rato! y después José Antonio se sacó sangre del brazo izquierdo y'el

hombre negro una pluma como del'ala di'un ganzo y'un rollo e papel ceniciento; toítito lo sacó e debajo e la poncha y José Antonio qui'era leido firmó el papel ceniciento y como se pararan pa internarse en la mina el guainita se arrancó. Al rato se atrevió a golver a seguirlos mina aentro. Ice que el malo con la luz e los ojos'alumbraa como si hubiese estao al sol. Lo que llegaron a la encrucijá e dos galerias, ei se paró el malo y dándole el trasero a la roca, di'una patá abrió un boquerón como e quince pasos, ei no más queó a la vista una veta e plata virgen qui'era pa golverse loco e tanta riqueza.

—¿Tai conforme? — ijo el malo.

—Conforme — ijo José Antonio. Ei mesmo esapareció el emponchao. Aprovechando una especie e clariá que habéida queaó el guainita arrancó hasta la boca-mina y s'enmontañó.

Al amanecer sintió que un ginete llegaa a too el correl del caballo. Era on José el Carmen que habeida sabío por su hermano fraile en las andanzas que estaa José Antonio y conociendo al indio viejo, las paró que algún sacrilegio regrande iban a hacel y partió a mata caallo pa impeirlo.

Cuando se esmontó en la boca-mina, lo primero que vido jué el cadáver del viejo y'el incensario, catió al tiro que llegaa tarde, s'enjureció el hombre, llegaa a patial e rabia, por último ijo:

—Señol, aunque me castigáis accee a mi pedío, es di'un paire que quere castigar a su hijo por los sacrilegios que hace con su Dios. — Y alzando la mano erecha maldijo:

“En el nombre del Padre, en el nombre del Hijo y'en el nombre del Espíritu Santo, por cien años maldita sea esta mina que espertó avaricia. Que se agüe por ese tiempo y ahogue a los herejes qui'aentro están” — y golvió a alzar la mano erecha. — “En el nombre del Padre, en el nombre del Hijo y'en el nombre del Espíritu Santo. Amén”.

Lo que ijo Amén se sintió un temblor y de la boca-mina embezó a salir un agua negra, retinta, que toítito lo que tocaa iba tiñendo falda abajo, hasta que llegó al

estero. El cadáver del indio fué arrastao por las aguas. On José el Carmen recogió el incensario y como alma en pena montó en su mulato y golvió pa la ciudá....

Las rocas negras end'entonces se han empezao a desteñir y golverán a su color cuando se termine el plazo e la maldición.

¡Parece que falta poco!

“Mi Generoso Protector”

(CONTINUACION)

Varias semanas han pasado. El tiempo diluyente de todas las penas, que tranquiliza todas las inquietudes y trae a realidad todas las pasiones, ha calmado mi espíritu humillado, me ha devuelto la confianza en mi mismo y ya no tengo problemas para las semanas que aún me quedan que pasar por estos lados.

Chepita viene casi todos los días a ver a Urrutia, charla, ríe, lee revistas, teje, juega a la "brisca", trina y gorgojea todo el tiempo. Contenta el corazón esta mocita con su alegría contagiante; me trata de tú, me saca la lengua y hace unos mohines tan graciosos que no queda más remedio que reirse.

Ismenia mantiene la malicia sonriente de sus ojos pados, malicia natural, creo yo, me trata como hermano y hasta se permite darme sus consejos.

González, ¡hombre admirable! ¡Cuántas cosas no sabe de los trabajos nortinos, de sus sierras!, como él las llama; tiene este hombre una confianza en sí mismo, una fé en su propio esfuerzo y en la lealtad que me dejan pasmado. ¿Como la habrá adquirido? ¿Quien le habrá enseñado esa manera de ser?... ¡Me tiene entusiasmado!

Urrutia es pasa seca, de las buenas, como dice Gonzalez; arrugado por todas partes de viejo, está sano por dentro y por fuera y es más dulce y bueno que el azúcar.

Las colpas que Urrutia encontró en los desmontes de nieve que yo había ordenado, las remití a don Nicanor y al mismo tiempo le di cuenta de todas las determinaciones que había tomado y las razones que tenía para haber procedido en esa forma.

Su carta-contestación es la que me ha abrumado todo este tiempo, ¡en fin! el mal rato ya está dijo y las de-

terminaciones tomadas. Copio a continuación la dichosa carta.

"Nicanor:

No puedo comprender como has tenido el atrevimiento, la desfachatéz de no cumplir mis órdenes terminantes, respecto a los trabajos que te tengo encomendado.

Es ridícula tu pretención de insinuarme consejos e indicarme resoluciones que a tu juicio crees conveniente. Te perdono esa insolencia porque creo que tu intención ha sido buena, aunque torpe por lo ingenua y candorosa.

Te ordeno seguir al pié de la letra las indicaciones de Peña, él irá cada dos semanas a ver los trabajos y me comunicará si se cumple o nó estrictamente lo que ordeno.

Aunque hasta el momento no te he asignado sueldo, dado lo mucho que me debes, tienes para conmigo mayores obligaciones que un empleado, por consiguiente no olvides el respeto que debes tenerme y no te metas a opinar en lo que no tienes ninguna beligerancia; redúcese a cumplir al pié de la letra tus deberes de empleado respetuoso.

Te saluda tu patrón.

N. CONTRERAS.

El feroz caballazo de esta carta me anduvo atontando, sin embargo, no creo haber dado signos exteriores que manifestasen qué espantosa procesión me andaba por dentro.

Restablecí ese mismo día las antiguas faenas y los Alvarados continuaron cortando nieve y más nieve.

Me hice el propósito de reflexionar con calma y tiempo lo que haría en definitiva y ya más tranquilo contesté en la siguiente forma su carta:

"Patrón Nicanor:

Diligente y respetuoso he dado cumplimiento estricto

to a sus órdenes. Espero la llegada del jefe, señor Peña, para que confirme la presente.

Con todo respeto y consideración lo saluda.

NICANOR

Al otro día llegó Peña; se mostró correcto a pesar que no podía disimular el orgullo que le causaban los poderes con que llegaba investido.

Habló con los Alvarados, hombres que se habían tomado como de confianza por la recomendación de él; la conversación la tuvo llamándolos a un lado, de modo que ignoro de que se ha tratado.

Al irse me dijo que siguiendo por el corte que él les había indicado a los Alvarados pronto llegaríamos a la riqueza. Me tendió la mano y se fué.

Los Alvarados siguen respetuosos en sus palabras y ademanes, pero tienen un sonsonete al hablar, sobrador y cachadorcito que me tiene todo el tiempo con el carácter agriado.

Pasan las semanas y no hay novedades en el derrotero de Peña; en lo que respecta a mi vida mi resolución está tomada.

No estudiaré si no lo puedo hacer por mis propios medios económicos, cuento con que don Nicanor me pagará algo por estos siete meses de cordillera, por poco que sea esa será mi base monetaria para alimentarme y sostenerme en los primeros tiempos; después confío en Dios y en mi voluntad...

He recibido una carta esta mañana. Me anuncia que no se puede venir hasta fines de Marzo o a principios de Abril ¡Que le vamos a hacer! Por ahora aguantarse.

Urrutia que viene llegando de buscar la correspondencia y provisiones me trae la nueva que ya se va a empezar el rodeo de Cordillera, que la caravana de huasos viene ya por los cajones arriba.

Al rato pasaron varios de a caballo, seguidos de una cuadrilla de perros y de una yegua del cabestro. Entre

ellos iba Peña; se acercó a saludarme satisfecho y protector, lo invité a bajarse y agradecido se negó, me dijo que ellos eran muchos y que llevaban de todo.

Dos días después pasaron de vuelta diseminados por las laceras del cajón y arriando cuando animal encontraban, muñares, caballos y vacunos. A Peña no lo ví con ellos. Sus gritos ásperos, el ladrido de los perros y las verdaderas hazañas de equitación que hacían por entre las lajas movibles y los riscos de abruptas pendientes, hacían extraordinariamente pintoresco el espectáculo. Yo lo veía por primera vez. Pasaron al trote como en guerrillas y llevando sus caballos por pendientes inverosímiles, luego el chivateo se fué apagando y la soledad volvió a reinar en la quebrada.

La mula de Urrutia también la arriaron cordillera abajo. Negrura se libró por que estaba amarrada en el cobertijo que le tengo en el "ojillo".

Como era tarde y el rodeo iba a pararse en "La Hoja Seca" Urrutia ensilló a Negrura y se fué en busca de su mula.

Había cerrado la oración cuando llegó. Venía feliz, traía además un regalo de Peña, seis pares de criadillas recién cortadas, aún con cuero. Comprendí después su alegría, las preparó al rescoldo y tuvimos un exquisito bocado.

—Patrón, fijese que Peña consiguió acorralar al Astúo lo encajonó pa los farellones e "La Hoja Seca", mañana tempranito lo van a laciár.

—¿Qué es eso del Astúo?, supongo será un toro.

—Se lo goy a contál, patrón.

“El Astúo”

Pa mediaos e Marzo sí'hace el gran roeo cordillerano. La guasería s'encarama cordillera aentro por el fondo e los cajones que llega a dar grima. Espués de dos o tres días, cuando creen que ya se han encumbráo lo bastante y'han llegao al punto e reunión, s'esparraman estendiéndose y tomando caa cual su puesto. Un grupo pa las cumbres, otro pa los faldeos, otro pa los bajos, ¡por toítitas partes!; espués esos grupos se van achicando porque tienen que seguir las nuevas quebrá y faldeos que se van formando pol la cumbre e los cajones. Déi se vienen cordillera abajo, gritando, haciendo lairar los perros y no ejando que se quée ni'un animal atrás, ya sea mular, vacuno o caballar. Animal que no va con el roeo a güelta di'año tá alzado y es muy redificil acorralalo o pillalo al lazo.

Hace como diez año atrás se les refaló un ternero de casi novillo; en d'entonce renunca han poio acorralalo, ni lacialo, ¡ni que tuviera el malo en el cuerpo el tal vacuno!; ¡tiene más malicia qui'un cristiano!

"El Astúo" li'han dao por apelatio y les ha hecho más perrerías que toitos los otros juntos. El año pasao andaba con una tropilla como de unas quince vacas. Pa Semana Santa lo ivisé, yo andaa con unos gringos guanaquiando.

En el último rodeo lograron metelo al corral e "La Hoja Seca", pero se les arrancó con la tropilla, espués de goltiarle un güen peazo e corralón.

Toítitos los años se palabrean pa saber pol qué lao andaba, y espués se eligen los guasos más di'a caballo y mejor montaos pa ilse pa los cerros o cordillera onde lo han divisao, ¡enútil!; El Astúo se las juega y se las güelve a jugar, ¡es animal muy rediablo! Con su tropilla se va encajonando pa entro y se mueve por las piores serranías; pasa por onde ni los guanacos se ivisan, ¡las huifas que

el buitre encorbatao le va a estripar un ternero!, nunquita se han encontrao huellas que alguna de sus vacas haiga perdido una cría, y eso que se pelea con los guanacos pa andar por las alturas. Si se le ivisa y uno anda sin perro, es más mejol ejarle la huella libre o arrancarlas cuesta arriba; estas bestias indomables sólo cargan cuesta abajo o en derecho. En la tropilla alzá andan vacas e más e siete años y una novillá rebonita; llegan a tener brillante el pelaje; ¡son una bendición e Dios!

Este año el jutre, el dueño e l'hacienda ha ofrecio cien pesos y una poncha maipina de respuntes y ribetes al que le acorrale o le pille al guía e la tropilla, al Astúo. De "La Santa Carolina" y de "El Herraco" han venio pa este roeo guasos aniñaos, los ha tréido la nombrá del premio.

Este año icen que naiden sabía pa qué lao s'encontraba El Astúo. En la repartición e los cajones se formó la pica-sena regrande.

Los de ajuera querían elegir cajones pa sus perros y gente; ecían que l'inorancia del paraero del Astúo era pa que a los de casa les tocara esos cerros, y los de ajuera tuvieran que hacer el traajo e roeo por otros cerros y por la pura pieira no má.

Los contentaron rifando los cajones. Ei en "La Hoja Seca" taba el regoltijo regrande; icen que Peña, un Menese y'el viejo Alvarao se ejaron quer pa el lao e "Las Condes" y que e la cumbre rodieron al Astúo p'al Arrayán y lo jueron encajonando tan rebién estos guasos lainos, que no lo llevaron ná pa los corrales, sinó que lo ejaron que se arrancara por "La Hoja Seca" p'arriba, pero por el fondo el cajón; así jueron lleando la tropilla sin ejar que ninguno se subiera por las laeras e la quebrá; cuando hubieron pasao una parte que llaman l' "Angostura" se ejaron qué al fondo e la quebrá y'ei los tienen metíos como en un bolsón, nu'hay más salia que esa mesma angostura que ebe tener como sus veinte pasos d'ancho y la están cuidando los guasos mañeros con sus perros.

"La Hoja Seca" más allá e l'Angostura s'ensancha en un manchón de talhuenes, olivillos y guayacanes; ese manchón tá rodiao por farellones e punta que nu'hay

quien los puea subir; éi está encerrá la tropilla. Tan esperando que aclare pa entrar y meterles lazo, marca y cuchillo.

—¿Qué le parece, patrón, que lo espierte bien temprano y vamos a ver lacial al Astúo y su tropilla?

—Conforme.

No aclaraba cuando estábamos en pie; dejé a Urrutia preparando el desayuno y ensillando las mulas, y me fui en busca de González para convidarlo. Lo encontré encendiendo la fragua. A mi invitación me dijo:

—Le agradezco, patrón, que sí'haiga acordao de mí en esta ocasión, pero he visto tantas veces algo pareció que pa mí ya no tiene novedá, por otra parte es tan salvaje el final que no me gusta verlo. A Ud. que no lo ha visto le conviene conocerlo, le aconsejo que no espere esayuno, váyase al tiro que "La Hoja Seca" está retirá.

Siguiendo los consejos de González apuramos las mulas, y a pesar de todo llegamos tarde.

Urrutia consiguió que le contaran el hecho y él me lo certó a mí.

—Encajoná la tropilla, se quearon Menese y'el viejo Alvarao cuidando l'Angostura, y'el guaso Peña se jué a contar y'a pedir ayúa. Naiden quiso venir, se isculparon con el traajo que le iban a dar las bestias que estaan acorralá. Se golvió Peña con una cuelga e criadillas, ispuesto a cuidal entre ellos tres l'Angostura pa que no se les escapase la tropilla; e güelta venía cuando lo encontré yo y le mandó el regalo a su mercé. Pol lo que cuentan, llegando Peña y espués que les contó lo mal que le habeida ido, se ispusieron a pasar la noche y'hacer too lo que les pareció e proecho p'atajar la tropilla que con seguriá les iba a hacer una de las suyas.

Hicieron cuatro fogatas grandazas, dos más aelante y dos más atrás entreverá, e móo que casi cubrían toa l'Angostura, en después pusieron los caballos uno a caa lao e la salía y se convinieron en hacer rondas; uno di'a caballo más aelante e la fogata taría lauchiendo por si la tropilla se acercaba, el otro se ocuparía del juego y la leña,

y'el otro escansaría, listo pal primer aviso. En toítita la noche no se sintió ningún moimiento, la tropilla interná en los matorrales ramoneando no dió señales e vía. Icen que estaa Peña y'el viejo Alvarao a caballo tratando e ivisar la tropilla cuando la lairería e perros avisó el peligro: el lote e vacunos con El Astúo a la caeza se lanzó por l'Angostura en una atropellá que no hay Cristo que la pare. Peña y Alvarao se tiraron chivatiando con toa la perrería tratando de desviarlos a una laera, ¡jué inútil!, lo poco que se esvieron le jué fatal al caballo e Menese. El Astúo que lo vió que maniao le tapaa el camino, se le tiró caeza gacha con sus cuernos como ahuja, y al mesmo tiempo Peña le lanzó el lazo que lo pescó di'un asta y'a media caeza; el viejo Alvarao al lao e Peña, se tiró a la sin rumbo y'enlazó al segundo animal que cayendo esvió un poco al resto e bestias enfurecias, que en carrera sin sentío se esparramaron por l'Angostura ajuera.

Cuando Peña enlazó al Astúo que s'iba contra el caballo e Menese que estaba amarrao a las rocas, se sintió una crujiera terrible, seguía e relinchos y bramíos que llegaa a dar mico; el caballo e Peña llegó a arrastrarse aguantando la pará. Apenas aclaró un poco la polvaera se ivisó el reoltijo regrande. El viejo Alvarao tenía maní una vaca, mientras él laera arriba aguantaba al pegual; la bestia llegaba a echar espumarajo, botá y tratando de efenderse e los perros; más allá El Astúo con un cacho menos y'al parecer espalétao no poía moerse entre la tupición de perros y laciao además di'una pata por Menese que quizás como aguantaba con el lazo en un quillay. Poquito más allá, casi al laito el toro, Menese ivisó su caballo que con too el triperío ajuera, el hocico abierto y ios ojos en blanco, aba tiritones que le sacaban l'última sangre; la pobre bestia lo miraa ando callaos relinchos. S'enjureció el hombre y casi sin hacer preparatíos capó ei mesmo al Astúo. La vaca que habeida laciao el viejo Alvarao hubo que matala, el animal enjureció era un peligro muy regrande. Sacaron las maneas y sus lazos y los guasos se jueron contentos, e jando botá la pareja enbravecía que tantísimo los habeida burlao.

Li'aseguro, patrón, que El Astúo se ejará morir ei mes-

mo; estos animales ensoberbecíos y montaraces no aguantan ejar e ser lo que han sío.

—Sigamos, Urrutia, vamos a ver cómo quedó.

Zizagueando bajamos la ladera de "La Hoja Seca" y seguimos por el bajo entre matorrales cajón arriba; el fondo iba sensiblemente disminuyendo, encajonándose el cauce cada vez más. De pronto, como poniéndose de pie, las laderas se acercaban bruscamente y arriba, como a setenta metros de altura, queda un "salto del soldado".

Hemos llegado a la Angostura; aquí la quebrada junta sus laderas dejándolas más cercanas arriba que en el cauce, las aguas deben escurrirse como debajo de un puente; el fondo se ensancha sin transición, creando una plazoleta enmontañada de olivillos, quillayes, talhuenes, huayacanes y otras especies de la flora cordillerana; la mancha verdosa llega hasta los farellones que casi verticales van formando los contornos de una hoja seca, origen del nombre y nacimiento de la quebrada.

En ese corral natural fué donde Peña y sus compañeros habían encerrado la tropilla bravía y acordillerada. No había más salida que la estrechez ya conocida.

Cuando llegamos al campo de la lucha aún humeaban restos esparcidos de las cuatro fogatas, la quebrazón de los ramajes en los matorrales de uno de los costados indicaba la ancha huella, que en la huida la tropilla indomable iba dejando, conquistada ya su libertad.

En el costado opuesto fuera del cauce, el caballo muerto estaba tapado con ramas, también víctima de la refriega.

Un poco más arriba, por el cauce, en la parte más angosta, entre una mancha raliada de guayacanes y junto a los primeros contrafuertes del farellón El Astúo reoplaba inermemente, botado sobre un flanco trasero y con las extremidades delanteras tendidas entre los destrozos del ramaje, gacha un poco la cabeza mostrando al cielo el muñón sanguinolento de una de sus astas, se moría el soberbio vencido. Algunos girones cubiertos del grumo de la sangre coagulada pendían en lugar de sus orejas, desde la cuenca de un ojo vacío mostrábase sangriante la huella de los mordiscos con que habían descubierto los

huesos de la cabeza. El morro partido y en parte carente de él, dejaba ver a veces sus dientes, mientras sus narices unidas por efectos de la lucha, destilaban una espuma rojiza. Del único ojo que le quedaba, escurría en pequeñas cantidades un líquido incoloro, lágrimas diría yo, que se mezclaban con la sangre que aún manaba de los mordiscos. A ratos, como para ayudarse a respirar, abría el hocico destilando una baba verdosa manchada de rojo, y entre sus cuartos traseros la herida infamante seguía sangrando.....

Al sentir, por el ruido de nuestros pasos, que llegábamos a su lado, dió un leve mujido y movió su cabeza amenazante, y sus manos y su cuerpo indicaron el inaudito esfuerzo que hacía por pararse. Me conmoví más aún, y para no producir un sufrimiento inútil me alejé en dirección de su compañera en la que ya las moscas empezaban su festín.

Que Peña y sus compañeros hubiesen permitido que los perros destrozasen así a ese soberbio animal, era algo que llevaba mi indignación al extremo de temer no poder contenerme; por eso, para no encontrarlos, cuando volviesen a descuerarlo, me fui a mis labores por la huella de la cumbre.

“Mi Generoso Protector”

(CONTINUACION)

El epilogo de la historia del Astúo me sublevaba la sangre. No podía comprender un salvajismo tan primitivo, y una lucha tan desleal e injustificada.

Asqueado me fui a las labores. Aquí los Alvarados seguían en su lucha con la nieve, buscando el inencontrable reventón del huaso Peña; varias veces ya han cortado de lado a lado el planchón, las rocas que quedan a la vista no dan señales, ni de la más pequeña muestra de metales.

De cada fracaso el huaso Peña se disculpaba diciendo:

—Me parece qui'es poquito más arria, o poquito más abajo.

No se acuerda si vió abajo del reventón la alacénita. Esta ha sido reconocida por él y es lo único que se ha podido ubicar. Con una lupa he examinado todo el polvo que contiene y no he encontrado ni la más insignificante puntita de bronce amarillo o morado. Este dato he preferido callarlo, la carta de don Nicanor es imperdonable y debo cumplir sus órdenes, no metiéndome en lo que no me ha dado beligerancia.

De vuelta de las labores paso donde González y les cuento el final del Astúo, la indignación por el exceso de crueldad es unánime, pero no se ciegan, todos al unísono ponderan y aplauden el valor impasible y el desprecio a la vida con que estos hombres han pretendido pillar la tropilla de vacunos alzados, que capitaneaba El Astúo, toro de diez años jamás laciado ni llevado a corral.

Todos comprenden que la hazana la han intentado, no tanto por el premio como por el honor que significaba para ellos tal acción. Ser los mejores hombres de a caballo y los más corajúdos.

Me causa admiración ese innato sentido de la justí-

cia en esta gente que tan poca ilustración demuestran tener. Me siento orgulloso de estos compatriotas humildes y ni me atrevo a compararlos con aquellos que tan herido me tienen...

Urrutia diligente vino a buscarme y como casi siempre que paso a visitarlos me quedo a comer, trajo la ayuda en viveres que yo he puesto como condición para aceptarles su invitación.

La comida ha sido alegre; nada turba el bienestar que en todos produce el descanso después del día de trabajo. Molejón no ha vuelto a aullar a difunto, ni la terrorífica lucecita de las lomas bayas ha vuelto a aparecer.

Me despido antes que termine del todo la última claridad, y nostálgico seguido de Urrutia, me voy a la casa de madera.

Me quedan aún cuatro semanas que pasar en estos lados. ¡Dios me asista!

“La Candelilla Negra”

De felicitar a Urrutia estaba el asado al palo que me había preparado para el desayuno, y lo iba a hacer cuando llegó a mi lado, pero él adelantándose me dijo:

—¿Quiere ejarme su mercé, que lo acompañe pa las nieve?, quiero palabrial un negocio con Ud. y déi quiere hacerlo onde naiden oiga ni una palabra d'el.

—Bien, pues hombre, eso sí que te adelanto que si se trata de algún derrotero pierde las esperanzas n interesarme.

—A su tiempo lo verá, patrón.

Me intrigó, pero no hice ninguna pregunta y callado me puse a preparar mi partida, y una vez listo, seguí de Urrutia, empecé mi acostumbrado camino.

Desde el alto de "La Porvenir" un pañuelito blanco me saludaba, mientras yo, montado en Negrura pasaba frente a la mina por este lado del cajón. No me gusta presumir, y a pesar de esto, a veces creo que Chepita me quiere más de lo conveniente a nuestra hermanable amistad, ¡sería una desgracia muy grande! Con esta idea se me llenó la cabeza y seguí ensemismado mi camino. Cuando llegamos a la casa de piedra colorada Urrutia me dijo:

—Oiga, patrón ¿porqué no nos esmontamos un rato pa echar la palabrial e que le hablé?

Sin contestarle acepté su insinuación y ya en tierra empecé a internarme en la casa de piedra. Urrutia me seguía llevando las mulas de las riendas, las amarramos en un orcón que alguien, quizás cuanto saños atrás clavó ahí con ese objeto. Nos sentamos en unos poyos de piedra y Urrutia empezó su exposición:

—¿Si'acuerda, patrón, e lo que le conté e la mina Candelilla?

—Si, hombre, me acuerdo de todo incluso del viejo indio "abrujao".

—Gueno, ayel cuando usted se vino a las nieve yo me las eché pal lao e la mentá mina. Se ha enmontañao remucho esa parte del cerro, me costó y túe que rozar muchaso antes e dar con la boca-mina. Nu'hay ningún peñasco negro, por eso me andúe perdiendo, toititos tan color tierra cenicienta o coloraosos como laja. Yo me asomé a la boca-mina y nu'hay ná agua, se ivisa como un cuarto e cuaira pa entro y nu'está na aterrá hasta onde yo alcancé a ivisar, me faltó valol pa internarme, déi ecii hablar con usted.

Yo, hace más e setenta años que conozco esa mina, me he pasao semanas enteras, catiando en los mismos cerro, conosci los peñascos negros y cuando estaba más guaina, la pila e veces estúe en la boca-mina, tirando pieiras a las aguas retintas que se ivisaan di'ajuera.

Que algo raro pasa en "La Candelilla" nu'hay pa que iscutirlo, la mina está abandoná remuchos años, ahora nu'es de naiden. Ud., patrón, que tan hombronazo se mostró con las apariciones e la casa e pieira e Velez es capas de acompañarme a entrar a la mina y si vemos que está seca la peimos pa nosotros dos, un cuarto pa Ud. y los otros tres cuartos pa mí. Yo hey visto en los esmontes lo criaeros en que encontraan plata y'estoy reseguero que si está seca, el minero que se haga dueño se hace recontra rico. ¿Que ice, patrón?

—Si es ese el negocio que me ibas a proponer, estoy dispue to a acompañarte, eso sí que sólo lo haré si vamos mitad y mitad, la que me corresponde no es para mí, es para don Nicanor, pués todo lo que yo haga en asuntos de mina por estos lados a él le pertenece, ya me lo tiene bastante advertido.

—Bien, pues, patrón, no vamos a igustarnos por eso, el asunto es que Ud. me acompañe y acepte el plan que tengo pa ir.

—Veamos el plan primero y después te diré si lo acepto.

—Yó quería que naiden se diera cuenta d'estas andanzas, déi si nos va mal, naiden puede reirse de nosotros. Pa eso he pensao que lo mejor era que en "La Por-

venir" creyeran que Ud. hace como e costúmbre su viaje por las nieve y que yo me queo como casi toítitos los días con Bienvenido en la casa de madera.

Bien di'alba Ud. sale en Negrura, se esmonta aquí en esta casa e pieira y deja la mula amarrá, ejándole un guen pienso, espués s'encumbra y caminando cargao un poco al lao allá e la cumbre se va cajón abajo pa juntarse conmigo en el bajo e "Las Torcazas", déi nos vamos junto pa la mina.

Yo después di'un rato que Ud. haiga partío pa las nieve, me voy pal bajo e "Las Torcazas", llevando en un saco cordeles, lazos y'el cocaví y como le igo, lo que nos juntamos nos vamos pá "La Candelilla". Aentro e la mina no nos vamos a emorar más di'un par di'horas, déi que Ud. puce llegar a las nieve como a las tres y naiden se da cuenta e na.

—Yo no veo necesidad de tanto misterio para algo que a nadie puede llamarle la atención, por otra parte tu plan me costaría por lo menos, seis horas de caminata a pié.

—Patrón, en cuestiones e minas, todo precaverse es poco; si no quiere caminar tanto. Ud. me espera aquí, y yo salgo en mi mula como si fuera pa "La Puertas", del bajo e "Las Torcazas", me vuelvo a buscarlo y espués que hagamos la entrá a la mina lo vuelvo a traer aquí.

—Lo mismo puedo hacer yo con mi mula Negrura.

—No le conviene, patrón. Los Alvarao al verla suá, entrarían en averiguaciones y cuando supieran que Ud. habéida salío al alba e la casa e maera, iría el ardiloso del Chico con el cuento a onde on Nicanor.

Prefiero tu primer plan — dije admirando el coraje y la entereza del viejo, y aceptando por no ser menos que él.

Ya de acuerdo, decidimos seguir nuestro camino. Es increíble como la codicia estimula el espíritu de los hombres. Urrutía para todas mis objeciones tenía contestación preparada, y todo lo había pensado y previsto. Me desconsuela ese afán de posesión y acaparamiento que se despierta ante las expectativas de una riqueza grande. Don Nicanor hombre culto y rico, Urrutía viejo, pobre de solemidad, personas tan diferentes habían reaccionado lo

mismo; desconfianza codiciosa y astuto egoísmo, ¿de qué deleznable barro estamos hechos!

Urrutia había llegado en su previsión hasta tener ya en la casa colorada el pienso de mi mula, lo había traído escondido y lo dejó cuando ya de acuerdo partimos rumbo a la nieve, después de haberle dicho que aceptaba su plan.

Cuando llegué a las nieves encontré a los Alvarados en gran alborozo. Según ellos se había realizado una hazaña que por fin permitía encontrar el reventón.

Todos querían hablar al mismo tiempo, por último se convino que hablase "El Chico Alvarado" autor del feliz acontecimiento. Empezó:

—Anoche túe medio aliperiao, déi que me levanté antes que aclarase, me preparé una aguita e paico y'en sintiéndome bién me las eché pa las nieve, mientras los otros niños queaban esayunándose. Cuando llegué al alto y miré pa las faenas, lo primero que vide jué un condol picotiano en la nieve, al tiritito me di cuenta qui'era el ave cuidadora y que onde picaba taba el reventón, me fijé bien y me apuré tratando qui'el condol no me rochara. En el caletón chico, onde ejamos las herramientas pesqué una pala y le juí e frente, cuando me ivisó se enjureció el animal y se me vino a la carga a sacarme los ojos y'en déi no poer ecir yo, onde estaa la riqueza, le di un paletazo en la caeza y me tiré d'espalda pá esquivarlo, ¡por un pelito no me acertó un feroz aletazo que me largó!, aprovechando que estaba medio atontao le acerté un palazo acostillao por las alas, ejó el plumerío al querer aletiar y'ei mesmo cayó a tierra, me le juí encima y tomando la pala a lo hacha di'un golpe a toitita juerza le corté la caeza. ¡Por Diosito como saltaa y'esparramaa el plumerío el cuerpo el pajarraco! Tuo un guen rato ando barquinazos con el peazo e cogote que le queaba y con las alas abiertas, igual que si juera a volar. Ei onde murió lo ejé pa que lo vean Ud. y on Nicanor.

—Si es cierto lo que ecís, "Chico Alvarao" — dijo Urrutia — ¡puchas el alcance que habey hecho! la propina regrande que te va a dar on Nicanor. Yo estaba resguardo que mientras no mataran al condol no sacaban na con tal cavando niee.

Y miraba con sus ojillos que parece que exprimían malicia.

Todos contentos emprendimos el camino al lugar de la épica lucha entre "El Chico Alvarado" y el cóndor guardador de los metales.

Arriba, encima del primer corte con que habíamos atravesado el planchón, ahí encontramos las huellas de la batalla; las plumas disparadas en todas direcciones eran juguete del viento, la cabeza cortada bajo la gorguera del feroz palazo de Alvarado, con el pico abierto lanzaba el último grito de auxilio, el que no alcanzó a salir; más allá el cuerpo con las alas extendidas y las patas al cielo, resaltaba en la blancura de la plataforma de nieve.

No había dudas. El Chico decía verdad.

En todas las caras había una sonrisa, la superstición era ahora una fuente de energías, de voluntad para los nuevos trabajos.

Iba a preguntarle a "El Chico" donde lo había visto picotando, cuando Urrutia acercándose me dijo:

—¡Que es raro, patrón! Nu'hay ni'una gota e sangre.

Me sorprendió la observación y tomando el cuerpo del animalucho me puse a examinarlo.

¡Oh malicia humana!

Pronto comprendí el engaño. Hice destripar el cóndor y dentro encontramos una bala de carabina. alguien lo había herido y desangrándose había venido volando quizás de adonde, hasta caer agotado, muerto en esa parte de la cordillera. Alvarado que lo encontró y estando solo había inventado esa fábula, posiblemente para conseguir una propina y para esto había engañado hasta sus propios hermanos.

La de pifias y burlas que se armó fué una batahola escandalosa, por último empesaron a tirarle pedazos de nieve endurecida. El Chico, corrido arrancó para la ruta del bajo sin querer volver a mis llamados y sin dar ninguna explicación.

Casi al mismo tiempo el cóndor, el planeador negri, el visitante diario, llegó empezando sus magestuosos vuelos elizoidales sobre lo alto de los farellones, ponía así, aún más en evidencia la farsa de "El Chico Alvarado".

Desde entonces éste sintió aumentar en forma inaudita su fama de eterno mentiroso.

Pasadas las risas, las faenas empesaron nuevamente su curso normal y económico.

Un poco más temprano que de costumbre partí de regreso; en la ruta del bajo "El Chico Alvarado" le contaba su historia al marucho, pero ahora por lo que alcancé a oír tenía muchos agregados más.

Lo amonesté enérgicamente y el se disculpó que lo había hecho para animar a sus hermanos que hablan de abandonar los laboreos, están cansados de tanto tiempo en las nieves, sin bajar y sin tener ninguna diversión, a pesar de la fama del Chico estoy por creer que algo de verdad debe haber en esto.

De vuelta pasé donde González y le conté la historia del cóndor. Todos rieron divertidos con las mentiras y las disculpas de El Chico.

Temprano me despedí y nos volvimos con Urrutia a la casa de madera, a preparar nuestro viaje de mañana a la mina Candelilla.

Decidí que Urrutia llevase al bajo de "Las Torcazas" una mochila, en la cual puse:

Mi linterna eléctrica, con su correspondiente repuesto de ampolleta y pila, tres cargas de carburo para mi lámpara minera, tres lazos acollerados, que daban más de treinta metros de largo, dos velas de esperma, dos cajas de fósforos, un báculo de aluminio de tres secciones atornilladas, punta de fierro y gancho superior, una cantimplora con agua y otra más chica con coñac. El peso total no alcanzaba a doce kilos. Además llevaba algunos sandwiches y un termo con café cargado, y mi hilo de "Adriana", un saquito chico con harina cruda.

Aclarando salí de la casa de madera rumbo a las minas, cuando hube llegado a la casa de piedra colorada, me desmonté y entré a Negrura, le saqué la rienda dejándola con jáquima y desensillada. Ambas cosas las escondí en un hueco, que era difícil encontrar para alguien que no conociese su existencia. Amarrada así Negrura y con su buen pienso, no había temor de que se fugase.

Comprobé en mi cintura la Smith y Wetson y mi pu-

ñal de excursión, llevaba además, en una cantimplora como un litro de agua azucarada.

Penosa, pesada senti la subida a la cumbre yendo a pié y moviéndome sin huellas entre las lajas resbaladizas. Arriba el viento mañanero era helado, trasminante y de bajada la caminata era agradable, ante de dos horas ya divisaba el bajo de Las Torcazas; llegué casi junto con Urrutia, lo cual fué motivo de gran admiración para él, pues yo no le conté que el camino de subida lo había hecho en Negrura al trote casi todo el tiempo.

Descansamos un rato, me tomé un trago de café y partimos a La Candelilla. Pronto llegamos al portezuelo y de aquí en menos de diez minutos de subir entre matorrales llegamos a la boca-mina, que enmontañada dejaba ver los destrozos que Urrutia había hecho para encontrarla. De los peñascos negros no había la más remota señal. El sol no daba en esos momentos en la entrada, de modo que muy poco se divisaba para el interior.

Nos preparamos, Urrutia me entregó la mochila, cargamos la lámpara minera, armé mi báculo y mi linterna, puse ésta en mi cinturón y llevando en una mano el báculo, en la otra la bolsita con harina y la mochila a la espalda empezamos nuestra exploración. Urrutia se afirmaba en un bastón que había hecho de una rama de huayacán y en la otra mano llevaba la lámpara minera.

Eran las nueve de la mañana cuando dimos los primeros pasos boca-mina adentro. El galibo de la galería de entrada tendría un metro setenta de alto, por un metro cuarenta de ancho, la pendiente de bajada la calculé en venticinco por ciento.

Del sol a la sombra, a pesar de la lámpara de carburo, y de mi linterna la visión era muy difusa; los primeros pasos indecisos, temerosos, esperando la acechanza de un peligro que sabíamos podía existir y cuya naturaleza ignorábamos, fueron lentísimos, balbuceantes, como niño que empieza a andar. Yo con el báculo y Urrutia con el bastón golpeábamos las paredes previendo alguna falla: pesaba como lápida sobre nuestros espíritus, sobre nuestro valor y audacia, un recuerdo obsesionante: esas galerías tenían más de un siglo de abandono, y lo peor cu-

biertas por el agua. Silenciosos, ensombrecidos por tal recuerdo, continuábamos nuestra vacilante e indecisa bajada. Habíamos caminado como docientos pasos cuando parándome dije:

—¿Que diablos significa esto, Urrutia?

Una voz temblorosa contestó tras de mí:

—No nombre a ese, patrón.

Me volví, y a la luz de mi linterna vi el rostro de Urrutia, pálido, cadavérico, con sus pequeños ojos agrandados por un susto indomitable.

—¿Qué tienes miedo, viejo?— le pregunté cariñoso.

—Siento algo como penetro, patrón, toy tiritando.

—Tu tienes la cantimplora chica, tómate un trago de coñac.

Sentí el gorgoretar que hacia el líquido al tragárselo y después la voz menos temblorosa dijo:

—Me siento más mejol, es onde no hablábamos, patrón. ¿Va a creer que se me figuraa que el que iba adelante no era na Ud.?, qui'era ese que enante mentó que me llevaa pal infierno, ¡pa qué ecirle lo que hey rezao! ¿Se ha fijao en el color de las rocas?

—No, — y junto con la respuesta acerqué mi cuerpo y con él la linterna a las paredes, mirando extrañado, eran negras retintas, opacas, de una negrura mayor que la tinta china, que cuanto pueda imaginarse, descolgué la linterna y pasé su luz por todas las rocas que estaban a mi alcance, costados, cielo, piso, todo negro, del negro más absoluto ¡era emocionante!

El color pesaba como una mortaja, como una colgadura fúnebre, me sentí molesto y también me tomé un trago de coñac.

—Préstame tu martillo catiador, Urrutia.

Y el viejo ya menos asustado me pasó su martillo de pirquinero.

Dí un golpe con fuerza en una parte saliente de la roca, saltó esta en pedazos y segundos después el eco me volvía el sonido del golpe.

—¿Sintió el quejido? — me dijo Urrutia acercándose más aún.

Sin hacerle caso me agaché y recojí un pedazo de ro-

ca, la reconocí en el acto, era sienita con pecas de piritita de fierro. Las aguas estancadas de la mina se habían teñido de negro al disolver quizás que sal, y estas aguas a su vez habían impregnado la superficie de las rocas que estuvieron en contacto con ella; de ahí el color negro escalofriante de la galería; explicado a mi satisfacción el fenómeno, el control de mis nervios seguía en mi poder y volviéndome a mis primeros pensamientos, los que me habían obligado a pararme, le dije a Urrutia:

—Viejo, déjate de tonterías y atiende bien a lo que te digo. Esta galería labrada en una roca durísima y que mantiene constante el mismo galibo y pendiente, no puede ser la entrada primitiva, no hay caserones, no hay piques laterales, no hay nada que indique labores mineros de exploración, esto sólo puede ser una galería lanzada a medio cerro para encontrar una veta perdida o un desagüe a una faena inundada, pero tampoco puede ser esto; la pendiente está en contra.

—A mi lo que me extraña es que nu'hay ni una enmaderación.

—¿Para qué va a tener enmaderación si no la necesita? ¿Tienes tú noticia de otra boca-mina o de algo que pueda haber sido eso?

—No, patrón, no conozco na, a no ser la pieira onde chifla el que Ud. mentó cuando nos paramos aquí, que también ta en este cerro, pero mucho más pa arriba.

No quise perder el tiempo en más indagaciones y resolví continuar nuestro avance. Así se lo manifesté a Urrutia, diciéndole además que eso no significaba olvidar las precauciones.

Como cuarenta metros más allá la galería doblaba a la izquierda y aumentaba la pendiente. La vuelta explicaba el eco que Urrutia había llamado quejido; antes de continuar, en la misma curva hice en el suelo una flecha con harina, marca que indicaba la salida, al mismo tiempo ví la hora y anoté en mi libreta:

“Entrada — 9 A. M. Primera curva: 9 horas 25 minutos”.

Previsto así cualquier posible olvido continuamos descendiendo; a los seis minutos justos nos vimos detenidos,

la galería terminaba en un pozo como de dos metros de profundidad. Amarrado en un lazo me dejé caer, temía que el fondo no fuera resistente, y con mi mano estirada desde abajo casi topaba el radier de la galería.

Nuestra situación era: al frente y a los costados rocas, a los pies un pozo de dos metros de profundidad que a ninguna parte llevaba, ya nos íbamos a desalentar, cuando mirando hacia arriba vimos un pique vertical que parecía sin fin; en balde alumbramos, nada se divisaba, la obscuridad era más potente que nuestra luz, ¡y esas paredes opacas que la absorbían sin reflejar ningún destello!

Decidi explorar aunque fuera solo una parte del pique. No me conformaba a abandonar así una aventura que recién empezaba.

Me saqué las polainas y los bototos, atravecé mi báculo sobre el pozo y sin dejar mi mochila, ayudado de pies y manos y por Urrutia logré introducirme en la tronera, no otra cosa era el negro pique, tenía una sección de 0,80 m. por 0,70 m, más o menos, y no era completamente vertical, tenía una pequeña inclinación hacia el terro, empesé mi avance; la luz de mi linterna iluminaba todo a mi alrededor, abajo la lámpara de Urrutia alumbraba su cara lívida, con la boca abierta, mostrando sus colmillos y mirando anhelante, silencioso mi ascensión, parecía un ser de pesadilla, la cabeza de un fauno petrificado de terror; arriba las obscuridades impenetrables defendían tenaces la incógnita que yo pretendía descifrar.

Afirmado de mis pies y rodillas, girando en pequeños ángulos para cada avance y moviéndome siempre a favor de la débil pendiente, haciendo esfuerzos unidos y alternados, pié izquierdo con mano derecha, pié derecho con mano izquierda, seguía mi ascensión, sin vacilar y sin temor. Por fin una de mis manos, buscando en las rugosidades de las rocas algo saliente de que asirse, solo encontró el vacío. Me aseguré bien y ya con las manos libres descolgué la linterna y alumbré, poco más arriba de mi cabeza se abría una galería, ahí terminaba la tronera, un poco de esfuerzo más y estaría en ella.

Cuando Urrutia vió que desaparecía la luz del pique empezó a gritar:

—Patrón, patrón ¿que pasa?

—¡Cállate, hombre! Ya estoy en la plataforma y aprontate a subir.

De mi mochila saqué los lazos acollerados y tendiéndome boca abajo, asomándome al pique le grité:

—Ahí va el lazo. Amarra en el todas las cosas, menos el báculo que lo dejarás donde yo lo puse.

El peso me dió a conocer que Urrutia había cumplido mis órdenes, lo recojí y al final llegaron a mis manos: mis zapatos, mis polainas, el bastón de huayacán que había hecho él y un saquito que ignoraba que Urrutia traía.

Nuevamente la punta del lazo hizo su camino hacia abajo; grité:

—Amarra la lámpara, Urrutia.

—No, patrón. Yo no me queo a oscura aquí y la llevaré en la mano cuando suba.

—¡No seas bruto, hombre! ¿te figuras que te voy a subir a pulso?; necesito que tengas las manos libres para que te ayudes de ellas.

—Yo no me queo a oscura, patrón.

—¡Bueno el animal bien grande!... Urrutia, oye bien, ahí va un cordel, amárrate el lazo a la cintura bien firme, de tu misma cintura te amarras el cordel y de este la lámpara, en forma de que quede como a un metro de ti; ten cuidado que la llama no vaya a quemar el cordel. Cuando estés listo avísame y has lo que te ordeno aunque no lo entiendas.

Se demoró la voz en llegar, por fin dijo:

—Ya, patrón, me amarré el lazo a la cintura, ei mesmo me amarré el cordel y di'una de las puntas que tiene como dos metros de largo amarré la lámpara.

—Bien, ahora cuando yo te diga ¡ya!, has lo posible por subir afirmándote en el báculo y después valiéndote de tus rodillas, pies y manos.

Atravesé el bastón de Urrutia para sujetarme, amarré la mochila a él, en forma que el lazo al pasar sobre

ella quedase separado de la roca y así evitar rozamientos peligrosos y grité:

—Urrutia, que la amarra del lazo te quede a la espalda.

—Ei la tengo, patrón.

—Atención... ¡ya!

Puse en tensión el lazo y lo fui recogiendo despacio, habría recogido como dos metros cuando sentí la voz de Urrutia:

—Y'estoy en el cañón de pieira, patrón. Ayúeme espacito no más.

Seguí recogiendo lazo, esta vez un poco más rápido.

—Voy rebién y la luz atracito. ¡Qué mejol!

Llegó por fin arriba, y como un enorme matuasto pasó en cuatro patas por encima de mi mochila y de su bastón, se sentó a la orilla acezando, y antes de recoger su lámpara me dijo:

—Nu'estaba en los libros del finao Rosale este caso, déi que no tenga versainas que ecirle y no me quea más:

QUE A UN HOMBRE TAN REFIERO
HAY QUE SACARLE EL SOMBRERO,—

y me lo sacó saludándome.

No pude menos de sonreírme.

—Apúrate que el tiempo pasa — y anoté en mi libreta: "9 horas 55 minutos al final de la tronera".

Urrutia se preparaba para seguir avanzando y yo con harina hice mi segunda flecha indicando que la salida, esta vez, iba hacia abajo.

La nueva galería era más amplia y su pendiente, esta vez hacia arriba, muy pronunciada. No habíamos andado más de setenta pasos cuando la galería desembocó en otra que era de labores efectivos. Al llegar nos detuvimos, marcamos la tercera flecha y sacando mi libreta escribí: "Tercera galería, primera de labores: 10 horas 5 minutos, dirección N. E.—S. O."

La galería a la cual empalmaba la que acabábamos de recorrer, quedaba dividida, en esa parte, en dos direc-

ciones; decidimos seguir el ramal N. E. Pronto extrañamos el aire que aquí se respiraba, era húmedo, pesado, dejaba un malestar en las narices y en la garganta, parecía que estaba mohoso. En casi toda su extensión tenía enmaderación y las vigas, pie derechos y travesaños se conservaban en perfectas condiciones, pero como todo lo de la mina, de un color negro retinto y opaco. Saqué mi puñal y astillé un pedazo de un pie derecho y se lo pasé a Urrutia para que reconociese la madera.

—Es espino, patrón; yo nunca he visto alguno del que se pudiera sacar un palo tan relargo.

Un poco más allá había una enmaderación baja y me puse a observarla y con sorpresa comprobé que no tenía pernos, clavos ni tirafondos, ni ninguna amarra de fierro. La enmaderación era íntegra de madera, unida por medio de cuñas, cuyos esfuerzos eran concurrentes a esa unión.

No había duda de que este sistema de enmaderación era obra de los indios, de los incas, así se explicaba que el tiempo y el agua no hubiesen deshecho el conjunto, lo que indefectiblemente hubiese acontecido si se hubiesen empleado elementos de cualquiera especie y que fuesen confeccionados con fierro.

Urrutia se impacientaba por mi afán de observación.

Continuamente la galería se ensanchaba como en camerones y en algunas partes en pequeñas galerías de veinte, cuarenta y hasta cincuenta metros de longitud, posiblemente seguían derrames de la veta principal, cada diez o quince minutos dejábamos marcada la flecha de harina, lamentando no haberlas numerado.

Eran cerca de las once. Llevábamos por este ramal casi una hora de camino ascendiendo, cuando Urrutia tomándome de un brazo me dijo:

—Oiga, patrón;— y se puso la mano en la oreja en la actitud de escuchar.

—No oigo nada — le dije.

—Me pareció oír silbar, patrón, y en cuando en una misa abandoná si oye silbar es que la muerte anda cerca y uno de los que escuchan tiene que morir.

—¡Leceras. Urrutia! sigamos adelante.

Anduvimos como diez minutos más, cuando percibí que una corriente de aire se movía dentro de la galería, la llama de la lámpara de Urrutia se inclinaba constantemente en la misma dirección que llevábamos. Me extrañó y no quise decirle nada al pobre viejo ¡Estaba tan abrumado con sus supersticiones!

Poco más alcanzamos a andar cuando una ráfaga, que nada permitía prever, apagó la luz de Urrutia y un silbido estridente, como de un poderoso silbato se dejó oír, fué cosa de un instante, cesó de golpe.

El grito de Urrutia parece que le arrancaba la vida, se aferró a mi cintura, diciendo a cada instante:

—Patrón, vamos a morir.... Patrón, vamos a morir.

De un empujón me desprendí de él, se acurrucó en el suelo murmurando algo, encendió su lámpara y lo hice beber a la fuerza un largo y reconfortante trago de coñac; yo hice lo mismo, también lo necesitaba, el susto me había helado el cuerpo, me pilló completamente desprevenido el tal silbido, que debe tener su explicación natural.

—Vamos — le ordené autoritario.

—No, patrón; morimos si avanzamos, ese jué el aviso.

—Bien, espérame aquí.

En el infeliz viejo pudo más el terror que el apego a la vida, rengueando, casi muerto de susto, tomó la lámpara y humilde como perro, gimiendo siguió tras de mí.

Pronto empezó a sentirse un débil silbido intermitente en intensidad, pero no se terminaba: débil, fuerte, muy débil, fuerte, muy fuerte, y así continuamente.

Llegamos a un desmonte, la galería estaba tapada. Había como cinco metros de altura de rocas amontonadas, resolví subir por las rocas para ver si por encima había pasada.

Temiendo que Urrutia se asustase más aún; si se apagaba la lámpara, sin decirle lo que iba a hacer se la cambié por mi linterna, y él como autómatas, acurrucado sin impedir nada me dejó hacer.

Con ella en una mano empecé a trepar; iría como por la mitad cuando se apagó la lámpara, la solté ya que de nada me servía y me propuse seguir a oscuras. En mi esfuerzo por avanzar puse mi mano en una hendidura,

senti viento entre mis dedos y se concluyó el silbido, retiré la mano y el silbido volvió a dejarse oír. En el acto lo comprendí todo. Estaba en la antigua boca-mina aterrada; por ciertos intersticios se colaba el viento produciendo los silbidos que variaban en intensidad junto con su velocidad. Esta antigua boca-mina estaba en "la piedra en donde chifla el diablo". No había para que indagar más.

Bajé, encendí la lámpara, a la cual nada le había pasado por el golpe, remecí a Urrutia que parecía atontado y le dije:

—Volvámonos.

Se rió estúpidamente y me dijo:

— Gueno, patrón.

Antes de partir anoté: "Primitiva boca-mina 11.30 A. M. debe estar piedra donde chifla el diablo, parte alta del cerro".

Cuando llegamos a la galería número dos, de donde habíamos partido, eran sólo las doce, así lo anote en mi libreta.

Urrutia, que durante todo el tiempo de vuelta venía callado, habló después de haberse comido unos sandwiches y tomado café caliente de mi termo.

—¡Por Diosito que'hey pasao susto, patrón! Reciencto se me vino el alma al cuello.

—Afuera te explicaré todo, hombre, y así comprenderás que no es el diablo el que silba y no tiene por qué morirle nadie por eso.

—¡No sea así, patrón! Nu'haga risa e la experiencia, que si los viejos saben sus cosas es por que el tiempo se las ha enseñao, y eso les ha costao sus güenos costalazos.

—Bien, hombre. Arriba, vamos al otro ramal — y apunté: "12.10 P. M. partida por el ramal S. O."

Ibamos en bajada y más en confianza, los caserones y galerías laterales eran muy pocos, adelantamos por esto rápidamente. Como a los ciento cincuenta metros la galería doblaba casi en ángulo recto y esta vez la pendiente era hacia arriba y el galibo más pequeño, no había en esta parte enmaderación, por lo que se veía. En mi libreta anoté: "Galería número cuatro, 12.30 P. M." y marqué la flecha indicando la dirección de salida.

Esta galería tenía una pendiente demasiado fuerte, casi cuarenta y cinco grados, teníamos que subir afirmándonos en las salientes de la roca, felizmente fué corta, a lo más diez metros. Desembocamos en una parte en que la galería era casi horizontal, con un pequeño declive hacia abajo, la dirección también cambiaba un poco, se inclinaba más a cuerpo de cerro.

Marqué la flecha y apunté en mi libreta: "Galería número cinco, desviación de la número cuatro, cambio de pendiente, suave hacia abajo, 12 horas cuarenta minutos".

Avanzábamos rápidamente, cuando un grito estridente de Urrutia, el mismo que le había oído cuando el silbido, me heló la sangre en las venas, me ericé por completo y al divisar la causa de su horror sentí que traspiraba helado: "en el piso de la galería dos esqueletos nos cerraban el paso".

Estaban completos, parecía que se habían acostado a dormir uno junto al otro y ahí vino la muerte y les quitó las ropas y las carnes, sin dejar ningún vestigio de ambas.

El horror que causaban era sobre todo por el color de sus huesos, negros azabachados, sin brillo. En las calaveras apenas distinguíamos las cuencas vacías y en la unión de sus huesos no se notaba solución de continuidad, parecía un todo, que en cualquier momento podía ponerse de pié y salir andando. Esta suposición era horripilante, no se tenía seguridad si eran esqueletos o eran hombres desnudos de una flacura inverosímil.

Urrutia, pegado a las rocas, abierto los brazos, con las rodillas un poco encogidas y con los ojos que se le saltaban de las órbitas de terror, era un fantástico ser cavernario clavado en el muro; de su rostro que parecía en trance de muerte caían lentas gotas de traspiración y de sus labios resecos, salía como un murmullo su voz de agonía:

—"Negros los esqueletos de los condenados... Negros los esqueletos de los condenados" — y seguía repitiendo incansable las mismas palabras.

Me santigué y rezando un Padre Nuestro, empecé a amontonar los huesos a un lado de la galería.

Cuando terminé me di vuelta a mirar a Urrutia, este

sentado en el suelo se tomaba las últimas gotas de coñac. No puede contenerme y solté una estrepitosa carcajada, descansaron con esto mis nervios en tensión y hasta a Urrutia le hizo bién, pues pareció sonreír.

Recoji la lámpara de carburo y me dispuse a continuar. Al ver mis preparativos Urrutia se puso de pié y me siguió rezongando; la pendiente hacia tierra se hacía más acentuada y la galería se iba estrechando, pronto llegamos al final.

Esta vez no me dió susto y Urrutia al divisarlo no gritó sino empesó de nuevo con su cantinela:

—“Negros los esqueletos de los condenados... Negros los esqueletos de los condenados”.

Donde terminaba la galería habia dos esqueletos negros, con sus huesos en desorden, al lado de unos fierros mezclando el negro con el moho rojizo, todo sobre un montón de escombros.

Me acerqué y rezando por los difuntos amontoné sus huesos a un lado, quise tomar los fierros y lo único que conseguí fué ensuciarme los dedos, tomé una piedra del desmonte y extrañado de su peso saqué mi cuchillo y la raspé; brillante el corte, comprendí estupefacto que estaba ante la gran veta, la riqueza fabulosa; me acerqué al frontón de la galería y raspando dejé al descubierto brillando una veta que venía de arriba abajo y que tendria, en esa parte, unos cuarenta cm. de ancho, de plata virgen, plata a cincel. Llamé a Urrutia que alejado me miraba y le pasé la piedra y le mostré la veta, cuando vió y se dió cuenta lanzó como un quejido y empezó a saltar y a gritar:

—¡Sabinita!, ¡Sabinita! ¡On Romo!, le voy a poner un espacho que tenga un mostraor que llegue a su casa hasta Santiago — y seguía saltando moviéndo los brazos y diciendo cosas incoherentes.

Se me apretó el corazón ante la idea: ¿Se habría vuelto loco Urrutia? o sería algo momentáneo. Lo dejé saltando...

Saqué mi libreta y anoté: “Junto al segundo par de esqueletos encueniro la veta grande a la 1.25 minutos”.

Apenas terminaba de escribir cuando Urrutia, tomándose de un brazo me dijo:

—¿Quiéstay escribiendo éi, guacho alentao?

Como un chicotazo me purpureó el rostro el insulto y sin poder contenerme, de una botetada, fué Urrutia a caer sobre el hueserio, ahí se quedó sentado un rato, y yo me citando pensaba:

¿Qué hacer?

No había duda que Urrutia estaba loco. Mi linterna en su poder, la lámpara de carburo encendida desde las nueve de la mañana, para pocos minutos más tendría luz. Retirarme solo no era para mí un problema, tenía dos velas en mi mochila, pero a Urrutia ¿cómo lo sacaba. Interrumpió mis cavilaciones su vozarrón:

—No te olvidís, tres cuartos de la mina son míos, el otro es pa vos, entiende, pa vos, no pal viejo boquiabierto de on Nica, viejo avariento que sólo ve y oye por el guaso Peña; te repito, pa vos, que sos alto hombre y sufrio como pocos, pa vos que pasais miserias y aflicciones como nosotros los pobres; dos goletos de agencia te tengo guardao, sé que empeñaste pa hacerle un regalo a la Chepita, por eso, por agracimiento, un cuarto pa vos. Pal viejo cicatero e tu paire ni lo negro di'un uña. Viejo sinvergüenza que te explota como sirviente en lugar de dar gracias a Dios que seay su hijo.

Calló, y sus palabras fueron para mí la más pavorosa de las aventuras que venian ocurriendo....

Conciliador traté de guiarlo y le dije:

—Volvámonos, Urrutia, que se nos está haciendo tarde, y dame la linterna para cambiarle pila que ya debe estar por agotarse.

—Toma tu linterna — me dijo, y sobre el suelo estalló la ampolleta y el lente hecho pedazos.

Aún me armé de paciencia.

—Vámonos, hombre, que no podemos quedarnos aquí más tiempo.

—¿Que no oiste el silbido? Uno de nosotros solo puede salir vío de aquí, y ese soy yo, que tengo a quien hacerle falta. Vos, guacho abandonao, no tenis ni quien te eche de menos. Te voy a matar y naiden lo va a saber, van

encontrar tu mula y vos no aparecerís por ningunita parte — y antes que me diera cuenta una piedra del demonte me botó el sombrero, rozando mi cabeza; lo recogí tranquilo y pensé:

Seguir exponiéndome a los peñascos de Urrutia no me parecía prudente y en cambio sí, alejarme alejándolo del montón. Empecé a retirarme, las piedras (plata) llovían a mi lado, felizmente sin tocarme. Urrutia avanzó y al pasar frente a la luz vi que llevaba en la mano un largo puñal; era torpe lo que estaba haciendo al retirarme y decidí proceder, rápidamente le salí al encuentro y revólver en mano le grité:

—Suelta el puñal o te mato como a un perro a balazos.

Por toda respuesta hizo ademán de avanzar, entonces disparé al aire por sobre su cabeza. Creyó que había errado y furioso se lanzó sobre mí; no me quedó más remedio y le disparé a las piernas.

Cayó junto a la lámpara; se pasaba la mano izquierda por los ojos como si despertase y miraba a todas partes; cuando vió el puñal en su mano lo miró extrañado y divisándome a mí lo botó lejos. Le hablé:

—¡Carajo!, ¿pretendes aún asesinar-me?

Me miró, agachó la cabeza y nada dijo. Se arremangó la pierna izquierda de su pantalón y vi que de la pantorrilla le escurría la sangre. Sacó un pañuelo del bolsillo y en él estrujó las últimas gotitas de coñac y se amarró la pantorrilla herida.

Quedóse un rato en silencio, después trató de enderezarse y no pudo ponerse de pié. De pronto sorpresivo miró hacia el fondo y gritó:

—Arranque, patrón, s'está inundando la mina.

Sin preocuparme de Urrutia me acerqué al frontón y vi que de arriba, junto a la veta salía un chorro de agua negra, tinta china, vi también que el chorro parecía que aumentaba y comprendí lo que había pasado.

El disparo hecho al aire y que dirigí sobre la cabeza de Urrutia, había pegado sobre una débil capa de rocas que retenían las aguas, y éstas se precipitaban por el agujero, agrandándolo cada vez más. Para mí era evidente que

en esas mismas partes se había producido la antigua inundación, así se explicaba que hubiese pillado a los cuatro mineros en esa galería, única donde había trabajo; en esas reflexiones estaba cuando se produjo un desprendimiento y el chorro aumentó considerablemente, comprendiendo la inminencia del peligro, pensando sólo en mí, arranqué hacia la salida.

La voz de Urrutia me detuvo:

—No me abandone patrón, no me deje con los condenaos. Ayúdeme y nos salvaremos, olvíelo too, debí haber tao loco.

Volví, le ordené a Urrutia tomar la lámpara y cargándolo sobre mis hombros empecé la fuga. No podría y sería inútil narrarla. Sólo recuerdo que se nos spagó la lámpara, que tuvimos que encender velas, que pasamos la tronera vertical y que junto con nosotros llegó el agua a la galería número uno, que aquí empezó una carrera con la muerte y que nos salvó la fuerte pendiente de subida. Llegamos a la boca-mina no más de cinco metros adelante que el agua.

Acondicioné a Urrutia en un alto y como diese señales de desmayarse le di el café que quedaba en mi termo. Como aún le salía sangre, le amarré fuertemente la pierna encima de la rodilla y me dispuse a hacer la segunda parte de mi cansadora tarea.

Eran las cuatro y media. Junto a Urrutia dejé todos los impedimentos y partí en busca de González. A pesar de la marcha forzada faltaba un cuarto para las siete cuando llegué a La Porvenir. Le pedí a González que fuese a buscar a Negrura a la casa de piedra colorada, que la ensillase y que yo lo esperaría en el bajo de "Las Torcazas", le indiqué donde estaban silla y rienda. González accedió a todo, pero no pudo menos de reflexionar en alta voz:

—Estas son cosas del viejo loco.

Montado en la mula de Urrutia, llevando el botiquín y algunos alimentos volví a la boca-mina de La Candelilla.

Dormía cuando llegué, esperé un rato antes de despertarlo, me veía obligado a hacerlo, pues debía ir a esperar

a González. Corrido y turbado, comido y bebido, dijo sentirse perfectamente bien. Créi conveniente no hacerle curación alguna hasta que llegara González. Al rato partí a la cita, poco tuve que esperar; al trote de Negrura llegó González, le dije que no se desmostase y que me siguiese, así llegamos al lado de Urrutia. La luna seguía ayudándome en estas peripecias.

Sin darse por extrañado y sin pedir explicación revisó la herida y dijo:

—No es grave, la bala salió; es cuestión de tiempo y curaciones, llevémoslo a la ruca.

Montamos a Urrutia en su mula, yo en Negrura y González de a pié partimos a la casa de madera, cuando íbamos bajando González divisó a la luz de la luna el agua negra que escurría de La Candelilla y dijo:

—Urrutia, ¿te habis fijao que hay agua negra en la mina?

—Sí, hombre, el patrón lo hizo, pero yo tengo la culpa. Lo que estemos escansando te lo contaré toilito.

Cuando llegamos a la casa de madera encontramos en ella a la Ismenia y a la Chepita, nos tenían té listo, luego prepararon un asado al palo y yo que ya sentía el cansancio del día tan tragedioso, abrí dos botellas de vino y reunidos los cinco, Urrutia contó todo lo que había pasado. La falta de las explicaciones naturales infundió terror en los presentes.

—Yo, Urrutia— dijo González— creo en todo lo que les ha pasado, sólo dudo en lo de la plata virgen, creo que vos tabai muy asustao pa conocerla y ño Contreras no tiene experiencia en metales. Mira que si juese cierto lo que ecís, pa hacerse millonario sólo habría que desaguar la mina.

—No, González, el gusto e la riqueza jué lo que me golvió loco y si no hubiese sío por el mieo e morir habría treído las pieiras abandoná que habeidan.

—Yo no discuto — dije, y puse sobre la mesa cinco piedras que había recogido para tirárselas a Urrutia, antes de verle el puñal.

Tomó las piedras González y después de hacerles varias raspaduras se puso de pié y dijo:

—¡Por Jesucristo que es cierto! Esta es la riqueza más grande que he poío contemplar. Que naide diga una palabra sobre estas cosas, yo mañana bajo y arreglo esto con la lealtá que Dios le da al hombre que merece ser hombre.

Aceptada por todos la idea de González, se determinó además decir que Urrutia se había herido limpiando mi revólver.

González quedó de venir temprano antes de irse a curar a Urrutia.

“Mi Generoso Protector”

(CONCLUSION)

Como ritornello que nunca terminase, seguía la obsesión en mi espíritu: "Los locos y los niños dicen la verdad".

Sentado en el umbral de mi pieza esa fría mañana, oía el delirio de Urrutia, a quien le había improvisado una cama en el comedor, herido en una pierna a bala tenía un poco de fiebre. Decía:

—Si es hijo de on Nica, mirelo, con eso basta. Yo lo sé por los Alvarao y desde que lo ví, déi lo entendí...

La revelación turbaba mi espíritu hasta lo imposible....

González apareció de improviso delante de mí.

—A sus órdenes, patrón, voy pa el bajo pa lo que guste mandar.

—Agradecido. Dele un vistazo a Urrutia que parece que tiene fiebre, lo he sentido hablar.

Aproveché el tiempo preparando desayuno, así cuando González terminó lo pude invitar a tomarse una taza de té.

Urrutia y González salen juntos, el primero cojiando y afirmado en el brazo del otro.

—Patrón, en una semana más su ayudante estará como nuevo. No tiene ná e fiebre y las heridas coloraditas pronto empezarán a cerrar.

—Sí, on Nica. Me siento bastante bien, juera e tener la pierna envará. Su mercé puee ir a las niees, yo me pueo lo más bien agenciármelas solo, y como la Chepita ebe venir, nu'hay pa qué preocuparse e mí.

—González — dije — ¿por qué no me hace un servicio?, en lugar de ir a pié váyase en la mula de Urrutia y le lleva una carta a don Alfredo para que él me mande con Ud. la correspondencia.

—Me convendría, patrón, siempre que no sea atraso para Ud. que la correspondencia llegue mañana, pero pensándolo mejor le doy las gracias, estoy más libre a pié.

—Bien pues, González, y ya que va por esos lados, corréteeme para acá a Negrura y así hace un viaje y dos mandados.

Cada cual se fué a sus quehaceres, yo a las nieves, González a la puerta y Urrutia en la ruca.

No había ninguna novedad; los Alvarados seguían sacando nieve y encontrando en el fondo la roca plomiza que en todas partes se hallaba.

Era cerca de la una cuando llegó el marucho con el rancho, seguido de Peña. Me saludó amable, dentro de la sequedad de trató de un huaso insociable.

—Lo convidó con rancho — me dijo — éi en las prevenciones traigo algo que li'ha de gustar.

—Le acepto agradecido, Peña.

— No se vaya ná temprano pa la ruca e madera, quéese conmigo a ver si le damos el bajo al misionero que nos está haciendo trabajar de más.

Y me mostraba una carabina que traía en Landolera.

—¿Y por qué le dices misionero, Peña?

—Ve, ñol, ¿que no se ha fijao qui'es negrusco y'anda con el babero blanco lo mesmo qui'ellos?

Nos hicimos a un lado guareciéndonos del viento y del sol y nos dispusimos a almorzar. Nos repartimos un pollo fiambre, huevos duros, pan, sal y vino. Extrajo después de las maletas prodigiosas de las provisiones, un melón escrito, que elegido por un concedor como él, tenía que estar exquisito.

—¡Qué lástima, Peña, que hayamos tomado vino!

—¡Güen dar! ¿Y eso qué tiene?, no vé que el melón es carne, ¿y qué li' hace el vino a la carne?

Como deseaba comerlo me convencí en seguida.

Una grata siesta aumentó nuestro bienestar.

Como a las cuatro de la tarde Peña me dijo:

—Voy a ir a buscarle su Negrura por que nos vamos a subir sobre los farellones pá estar más cerca del pájaro.

Serían las cinco cuando empezamos la repechada. Peña adelante y yo admirado siguiéndolo. Subir de a caña-

lo por esas pendientes me parecía maravilloso. Desmontamos al lado de una gran roca y Peña amarró con un mismo pedazo de látigo a la mula y al caballo.

—Dei nõ se van; una mula y'un caballo que no se conocen caa uno tira pa su lao, dei no se mueven.

Arrastrándonos nos acercamos al borde del abismo y parapetados en un peñasco esperamos que el condor viniese, como de costumbre, a volar sobre las labores cuando caía la oración.

Pronto llegó; Peña empezó a disparar. El ave magestosa movía un poco la cabeza a cada disparo y seguía impasible su planeo, sin mover ni una sola vez las alas.

A cada fracaso los juramentos de Peña iban subiendo más y más de tono, eran impropios para oídos de mujer.

—No me quean más que tres balas, ¡puchas el pájaro maldito!

—Deme un tiro a mí, Peña. Está muy nervioso; descanse un rato y después dispara los otros dos.

—Hágale un tanteo, a lo mejol usté le achunta.

Descargué la carabina, la limpié y la volví a cargar y acordándome de los concursos de tiro al blanco esperé que el condor en sus vueltas viniera enfrentándome y haciéndole los puntos lo seguí un rato, teniéndolo a tiro, y disparé. Con las alas extendidas, moviéndolas violentamente, dando una especie de sacudones con la cabeza, se vino a tierra, en un planeo irregular; fué a caer cerca de nuestras cabalgaduras, allá corrió Peña sin esperarme. Cuando logré llegar a su lado el condor ya había muerto, la bala le había dado en toda la gorguera y tenía casi cortado el pescuezo.

—¡Por mi maire el disparo lindo y que va a valer plata! — me dijo Peña.

Callado no le hice caso, mi mente estaba demasiado embargada de otros sentimientos para preocuparme de la muerte de un condor.

Amarró el ave a la grupa de su caballo y me dijo:

—Nos vamos a ir por el alto. Tá muy empiná la bajá por aquí y usté no debe estar acostumbrado a esto.

Le dije que me era indiferente y él, sin hacer caso de

mi descortesía, tomó el camino de la cumbre en el regreso.

Al rato Peña empezó a carraspiar, comprendí que algo quería decirme.

—Oiga, patrón, (lo de patrón me puso en guardia); ¿tiene interés en que on Nica sepa que Ud. mató el pájaro?

—No solo no tengo interés, sinó que por mí, ojalá no lo sepa.

—¡Ta regüeno entonces! On Nica se está sintiendo conmigo pol que los Alvarados no encuentran el reventón, déi que si le llevo el pájaro se le quite el sentimiento y'es hombre tan regüeno que yo no quiero que se enoje conmigo.

—Conforme; Peña, tú matastes el pájaro y se acabó.

—Nu'estaa equivocao con Ud. Chóquela con on Peña.

Nos dimos un apretón de manos.

—Un servicio con otro se paga. Le voy a ecir qui'ando haciendo por estos laos, pero punto en boca, esto es sólo pa nosotros dos.

Don Nica recibió una carta en contra e Ud. y me mandó pa que lo llevase di'un viaje hasta la puerta, éi lo va a esperar él onde on Arangue. Me ijo que no lo eja-ra pasar a la casucha e tablas. Si le es necesario pasar yo no hey visto ná.

Me conmoví en mi loca indignación y dije:

—Gracias, Peña. Si quiere hacerme un servicio yo lo espero en el camino y Ud. pasa a decirle eso mismo a Urrutia; no tenga cuidado, es hombre de confianza, le aviso porque está herido y debe estar su nieta cuidándolo y no me gustaría que la viese don Nica.

—Hace bien — me dijo Peña — por ese lao viene el cuento.

Como lo habíamos convenido me quedé esperando en el camino.

Cuando Peña volvió me dijo:

—Tá mejol el viejo, y que esté sin cuidao mandó a ecir.

Aprovechamos toda la luz de la luna. Cuando se entró ya íbamos llegando a "La Cabrería". Aquí Peña pidió

permiso para desmontar. El hombre dormía, se levantó, encendió fuego y Peña preparó el té.

Yo no quise tenderme; tenía demasiadas preocupaciones para conciliar el sueño.

Antes de aclarar desperté a Peña, me lavé la cara y después de tomar té volvimos a partir. Como a las ocho llegamos a la casa de don Alfredo. Debajo del parrón don Nicanor se desayunaba.

Me quedé afuera esperando su llamado.

Peña entró con el condor en la mano.

Sin pretenderlo empecé a oír.

Don Nicanor felicitaba a Peña por la muerte del condor cuidador; después le preguntó:

—¿Y el carajo?

—Ei juera está.

—¿Pasó a la casa

—No, no pasó.

—¿Se resistió a venir?

—No, no dijo ná.

—¿No te dije que lo tenía amansado? Dile que entre.

Siguiendo a Peña entré y divisando a don Alfredo, sonriendo lo saludé y le tendí la mano, después me la metí al bolsillo y me hice el indiferente, quedándome de pié.

—¿Y a mí no me saludas? — gritó colérico don Nica.

—No saludo a quien me llama carajo detrás de mí.

—Ja... Ja... Ja... ¡con que oíste! No te exaltes, muchacho, que carajo en mi boca no es insulto.

—Lo comprendo — le repliqué con ironía y acepté con repugnancia su mano.

—Siéntate a tomar desayuno con nosotros, siéntate, Peña.

—Gracias, tomé ya — y permanecí de pie, mientras Peña contento se sentaba a desayunarse por segunda vez.

—Enmontañado y arisco parece que te tiene la cordillera — me dijo después de un rato.

No contesté.

Concluido el desayuno don Nicanor me llamó aparte y me dijo:

—Llevarás esta carta a la Victoria y me traerás la contestación.

—¿Y así voy a ir a Santiago? — dije mostrando mi indumentaria.

—¿Qué tiene? Por esos lados no tienes novia que perder.

La temperatura de mi rabia era muy grande, más logré contenerme.

—Andate en el auto y trata de alcanzarme. Yo con Peña vamos a la casa de madera, ahí te esperaremos.

Obedeci, tenía mi propósito.

Cuando doña Victoria supo que yo la buscaba, salió presurosa y, siempre buena, me abrazó con cariño. Los empleados rodeándome me hablaban con interés y me miraban extrañados de verme tan hombre, me decían.

Me bañé y me afeité, y después traté de ponerme un traje viejo, pero me quedaba sumamente estrecho. Tuve que conformarme con cepillar el que llevaba.

Acepté algo que comer y le pedí a doña Victoria que apurase la respuesta, al mismo tiempo le dije que me permitiese ir en el auto a unas diligencias particulares que tenía que hacer, exponiéndole que no podía ir a pie por lo sucio que andaba. Complaciente, a todo accedió.

Tres cuartos de hora después de haber llegado, estaba en condiciones de partir de vuelta, estaba seguro que si me apuraba los alcanzaría antes de "La Hoja Seca", pero otras cosas me interesaban más que eso.

Mi primera visita fué a "La Casa de Huérfanos"; gracias a que encontré a un discípulo empleado en la Estadística conseguí los datos que buscaba. En resumen:

"Juan, hijo de Juana Briceño. Muerta.

"Padre desconocido.

"Traído a esta casa por su abuela, Melania Cáceres, el 18 de Abril de 1900. Edad: tres días.

"Retirado con consentimiento de la abuela, el 7 de Enero de 1904, edad cuatro años, por doña Victoria G. de Contreras.

Le pregunté al chauffer si sabía la casa de Dionicia,

la mujer que hacía más de treinta años les lavaba a los Contreras. Hacia allá partimos.

Vivía en la calle Martínez de Rozas al llegar al callejón de la Torreblanca, se puede decir casi en el campo. Entramos por San Pablo y doblamos por el callejón, golpeando en la última puerta.

Pregunté por la Dionicia; detrás del muchacho que abrió la puerta la divisé. Cuando me vió empezó a gritar:

—¡Si es don Nicanorcito! ¡Vengan, chiquillos, vengan! Pase, Nicanorcito — y moviéndome con dificultad por entre los cordeles cubiertos de alba ropa, suspendidos por el centro por fuertes coligües, avancé; un enjambre de mocosos me rodeó curiosos. Eran como de dos a catorce años, y alcancé a contar once alrededor de mí.

La Dionicia, cruzados los dedos, me miraba complacida diciendo:

—¡Que ha envarnecido y que hombre está hecho este niño! Si parece que ayer no más lo ví con pantalones cortos, — y seguía mirándome sin cansarse.

—Tengo que hablar con Ud. Dionicia y quiero que me diga todo lo que sepa de lo que voy a preguntarle.

—Si ha de ser pa su bien, hijito, pregunte no más, pero mejor que pase pa la ranca y se sirva una sandillita o un melón. Tan fresquitos, llegaron anoche no más.

La seguí a un portón que comunicaba el sitio con la calle Martínez de Rozas. A la entrada habían hecho una amplia ramada de totora, a ambos lados del portón, montones de sandías y melones invitaban a los agobiados caminantes, rendidos por el sol y la tierra, a pasar a descansar, a reponerse con la refrescante y sabrosa pulpa. Un poco más adentro rústicas bancas de álamo se arribaban a lo largo de mesas tan rústicas como ellas.

—Dionicia, vengo de “La Casa de Huérfanos” y he obtenido estos datos; se los leí.

¡Pobre Dionicia! Las lágrimas le nublaban la vista.

Rato demoró antes de dominar su emoción, por último dijo:

—Hijito, no trate de saber más de lo que ya sabe. Son historias de pobres, llenas de miserias y de penas. ¿Pa qué se va a turbar la cabeza con cosas tan viejas y que ya

pasaron? Lo han educado, lo consideran, que los sufrimientos de su madre sirvan para eso siquiera. On Nicanor lo quiere, doña Victoria lo mimra más que si fuera hijo d'ella. Olvide lo que le hayan dicho, concluya de hacerse hombre y después, si tiene plata, averigua donde está enterrá su madre y le compra una linda sepoltura y de vez en cuando le va a rezar.

Me conmovieron hasta lo más hondo los palabras de la Dionicia y sentí también que las lágrimas cuajadas en mis ojos no me dejaban ver.

—No, Dionicia. No es de hombre emprender una tarea y dejarla a medio camino. Me he puesto a indagar quiénes fueron mis padres y tengo que saberlo; por otra parte tú ignoras cómo se está portando don Nicanor conmigo.

—Bueno, hijito, que Dios y tu madre me perdonen si hago mal al faltar a una promesa.

Yo y mi hermana le lavamos la ropa a los patrones Contreras desde que don Nicanor taba chiquillo, espues se murió don Ramón, se murió doña Sinforosa y la casa queó en poder de misía Rosita, la hermana mayor de don Nicanor, ella y la Andreita, que hacía de llavera, corrían con todo. Una vez que se enfermó la Andreita misía Rosita me pidió que le llevara a la chiquilla más grande que tuviera pa que le ayudase en los quehaceres. Yo no tuve no más que hijos hombres; le dije a mi hermana Melania y así entró a la casa e los Contreras la Juanita, mi sobrina.

Lo demás se entiende solo. Cuando nos vinimos a dar cuenta tuvimos que llevar a la Juanita pa Buñ, donde mi hermana Domitila, pa que su padre, que era un carrilano muy arrebatado e genio, no supiese lo que pasaba y se juese a desgraciar.

La pobre Juanita no pudo resistir la enfermedad y murió en el hospital. Apenas lograron salvarte a tí la vida. Con la recomendación de la monja conseguimos que te admitieran en "Los Huérfanos"; a la casa no te podíamos traer, tu abuelo que estaba en Valparaíso cuando murió la Juanita no sabía na la verdad. Plata no había

pa mandarte a criar, no nos queaba otro camino que seguir.

Don Nicanor se casó como dos meses antes que muriera la Juanita y no quiso saber nada de nadie.

Tu abuela te iba a ver todos los Domingos, l'entró como pensión, no se podía conformar con que estuvieras en "Los Huérfanos", decía que la Juanita se le aparecía en sueños, pidiéndole que te sacara de ahí.

Habían pasado como tres años y doña Victoria no tenía familia, los doctores la vieron y dijeron que si tenía hijos se moría. Con esta noticia le golvió la salud a la Melania. Me contó lo que quería hacer y yo le aconsejé que se confesara y él le contara al padre lo que pensaba hacer, él la iluminaría pa lo que conviniese. Hicimos una manda a las ánimas del Purgatorio pa que nos juera bien, y las ánimas nos ganaron la manda.

El mismo confesor se encargó de hablar con doña Victoria y ésta después de rogar y cargociar como medio año consiguió llevarte a su casa.

A tu abuela Melania le dió por quererte demasiado, cuando llevaba el lavado iba conmigo; me esperaba en la esquina y si te divisaba se le caían las lágrimas de pena. Ahora está en Buin, cuidando a la Domitila que está muy enferma.

La emoción vivísima que me embargaba me llegaba a hacer tragar saliva para retener las lágrimas, comprendí que no podía hablar. Me puse de pie, abracé a mi tía Dionicia besándola y sin decir una palabra partí....

Mi cabeza parece casa de locos, el enredo de mis ideas y sensaciones es mayor que el que la razón pueda resistir.....

¡No sé qué hacer!

En la indignación que los acontecimientos me producen, sobresale como un Aconcagua entre pequeñas colinas, la voluntad inexorable de no aceptar por un día más la tutela de "*Mi Generoso Protector*".

Esto significa:

I.—Los estudios por este año deben olvidarse.

II.—¿A dónde voy? Donde mis parientes es imposible, debo por consiguiente buscarme una pensión; para pagarla al principio, por el momento, dispongo de algunos objetos de uso personal, que son de mi exclusiva propiedad, los he adquirido con mi dinero. Dispongo de mi libreta de Caja de Ahorros con las economías de lo que me daba la liberalidad de doña Victoria y con el sueldo de siete meses de enclaustramiento en la cordillera; este trabajo estoy dispuesto a cobrarlo y este dinero será la base de mi liberación.

¿Y si don Nicanor no acepta el desconocimiento de su autoridad? ¡No creo!, tengo demasiadas buenas cartas en mis manos para que se atreva a jugar conmigo.

Por otra parte yo no debo darme por aludido de nuestro parentesco. Así podré defenderme sin que pretenda respeto que no le debo.

En cuanto a mi familia todos mis desvelos serán para ella. Apenas regrese lo primero que haré será conocer a mi abuela.

Así en soliloquio, abstraído iba arreglando y tomando determinaciones para mi vida cuando una voz me trajo a tierra.

—¿Qué hubo, señor? ¿Que se quedó dormido? Hace rato que llegamos y no se baja.

Estaba al frente de la casa de don Alfredo y no me había dado cuenta.

Después de almorzar y sin apresurarme partí en Negrura a la casa de madera. El camino hasta "La Cabrería" iba en su mayor parte a la sombra, con irme despacio hasta esa parte, llegaría cuando ya hubiese refrescado el camino con sol. Iba cerca de los Baños de La Cal, cuando me pareció divisar adelante un hombre que caminaba a pié, creí reconocer a González, apuré a Negrura y tuve el gusto de juntarme con él, después de saludarnos empezó su exposición:

—Me ha ido bien y mal: veamos lo malo primero. Don Lindorfo trató conmigo a razón de 28 pesos el metro de avance en la estocá que estoy siguiendo, la sección es de 1,70 m. por 1 m. Fui a pedirle un abono de unos setecientos pesos a cuenta. Me hizo la liquidación y en vista

del alcance negó su firma y sólo quiere pagarme a veintidos pesos. Como la plata me era indispensable acepté el abuso, avisándole que me retiraba y que mandase a medir y a recibirse de lo que le pertenece. Mañana viene el encargado y pasado mañana bajo con camas y petacas. Aún no he decidido lo que voy a hacer, pero pienso irme al Norte y convidar a Urrutia, la Ismenia se quedará en casa de su madre. Ahora lo bueno: Con los setecientos pesos hice los pedimentos y soy dueño de La Candelilla legalmente solo, pero como hombre leal en igualdad con Ud. y Urrutia.

Aquí llevo una escritura con tres copias que debemos firmar ante dos testigos, la que se pasa por la Notaría cuando se estime conveniente.

Y Ud. don Contreras ¿qué hace por aquí? Cuénteme lo que le ha pasado.

Conté toda mi historia completa, mi vida entera; cuando hube terminado el único comentario que me hizo fué:

—¡Andamos con suerte! Nos vamos pal Norte y'a guelta di'año volvemos a trabajar La Candelilla.

Se me ensanchó el corazón al oírle, no había duda: esa era la solución.

Quitado todo peso de intranquilidad, contentos seguimos a la casa de madera.

En "El Ojillo" me dijo:

A pesar de ser tan tarde váyase solo, yo atravieso por aquí, mañana temprano lo espero para saber como le ha ido.

Bienvenido cariñoso salió a recibirme, Urrutia en la ramada que servía de cocina, me esperaba, cuando me divisó se puso de pie ayudado por dos palos que le servían de bastones, después del Buenas Noche me dijo:

—Tá enojao el hombre, tenga cuidao. Tuavía tá en pie esperándolo.

Me sonreí y seguí adelante.

En la misma puerta del comedor me desmonté y largué a Negrura que se fué a la cocina a esperar que la desensillasen.

Alrededor de la mesa estaban sentados don Nicanor, a

un lado Peña y al otro taita Alvarado. Como no quedaba ninguna silla en que sentarse permanecí de pié.

Tomando la respuesta de doña Victoria se puso a leerla, cuando hubo concluido me dijo:

—Estoy descontento de tí, hombre.

—¡Magnífico!

—¿Cómo magnífico?

—Evidente, como esto debe ser otra injusticia de su parte me permitirá buscar una explicación que hace tiempo esperaba.

—Ja...Ja... ¡Con que estamos táctico! La mejor defensa es el ataque. Pero aquí no valen triquiñuelas — y poniendo su mano velluda sobre la mesa me mostró los dos boletos de agencia que me guardaba Urrutia.

—¿Qué es esto? — me preguntó colérico.

—Dos boletos de agencia.

—¿Y con qué derecho empeñas?

—Con el derecho del que dispone de lo suyo y para suplir el olvido de un hombre tan generoso como Ud. que no me paga ni me fija sueldo y me tiene siete meses sin un centavo para mi bolsillo.

—¿No te he entregado plata para la mina?

—Yo no formo parte de la mina.

—A mí no se me contesta así— y poniéndose de pié dió con la zarpa velluda un feróz golpe en la mesa.

—Si es por meter bulla en la mesa, yo lo hago más fuerte.

—¿Qué significa la constante presencia de una moza en esta casa

—Viene a ver a su abuelo, y ¡no hay cuidado!, ¡que yo no soy hombre que abuse de una muchacha sin experiencia!

—¿De dónde has sacado esa soberbia para contestarme?

—De la plena conciencia de lo que valemos mutuamente.

—¿Con qué derecho te comparas a mí, huacho alzado, criado de limosna?

—Es lo único que me cuesta perdonarle a mi abuela Melania, debió dejarme en "Los Huérfanos", y en cuanto a compararme a Ud. no lo haré jamás.

—Se sentó el hombre secándose el sudor una y otra vez...

—Necesito que me diga que sueldo me va a pagar mensual.

—Fijalo tu mismo.

—¡Muy bién! Me avalúo en cincuenta pesos más que "El Chico Alvarado", por consiguiente son cuatrocientos pesos, en siete meses dos mil ochocientos. Le ruego me cancele, no quiero estar ni un día más bajo sus órdenes. Las cuentas están en orden y cualquiera de los hombres de confianza que con Ud. se sientan, puede revisar las cosas por inventario.

—Haces mal, hombre, en estar tan soberbio.

—Cuando se ha acumulado humillación sobre humillación y se ha recibido una carta como la que Ud, escribió, no queda más camino honorable que la calle.

—Bién, que cada cual siga su destino. Peña, recibe esas cosas.

Una hora después estaba desocupado y con un cheque en el bolsillo.

No pude menos de meditar y mientras meditaba pasó con mis recuerdos una caravana de tristezas que me dejó llorosos los ojos...

Así termina mi primera experiencia de vida cordillerana.

Desde ahora en adelante me llamo Juan Briceño.

G. M. CASTRO.

M. CASTRO S.

"CORDILLERA ADENTRO"

por **JUAN MODESTO CASTRO**

(Edición de 1000 ejemplares)

Portada de **ENRIQUE CORNEJO**

En prensa:

AVENTURAS DE "EL PROFESOR PERNEKFF"